

ALMANAQUE

1912



MARIANO
FELEZ
WEM: 1911

LA
ILUSTRACION
ESPAÑOLA Y
AMERICANA

BIBLIOTECA



Vertical text or markings on the left side of the page, possibly a page number or reference code.

AÑO LVI

La Ilustración Española y Americana

REVISTA DE BELLAS ARTES, LITERATURA Y ACTUALIDADES

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN MADRID

Un año, **35** pesetas. — Seis meses, **18**. — Tres meses, **10**.

PROVINCIAS

Un año, **40** pesetas. — Seis meses, **21**. — Tres meses, **11**.

En **PORTUGAL** rigen los mismos precios, á razón de 180 reis por peseta.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, **50** francos. — Seis meses, **26**. — Tres meses, **14**.

AGENCIAS DE LA EMPRESA EN AMÉRICA Y ASIA

(Pagaderos en oro por anticipado.)

Un año, **60** francos. — Seis meses, **35** francos.

Los Sres. Agentes de esta Empresa, en América, quedan autorizados para fijar el importe que, en la moneda circulante en cada país, equivalga á los expresados precios, atendiendo al coste de las letras sobre Europa.

En los días **8, 15, 22 y 30** de cada mes aparece un número de 16 páginas, muchas de ellas con selectos grabados, reproduciendo los sucesos de interés general, cuadros notables de todas las escuelas, monumentos arquitectónicos antiguos ó modernos, retratos de los personajes de reconocida notoriedad, etc. La sección literaria, confiada á los más distinguidos escritores, contribuye de manera eficaz á hacer de esta publicación una verdadera enciclopedia de nuestra época. Cuando la abundancia ó el interés de los asuntos artísticos ó de actualidad lo reclama, se distribuyen Suplementos, gratis para los Sres. Suscriptores.

Á las personas que deseen conocer esta publicación se les facilita número de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración: Preciados, 46, Madrid.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



AZUCENA

Cuadro de Maximino Peña.



GRANDES ALMACENES
DE ROPAS HECHAS
PARA CABALLEROS,
SEÑORAS, NIÑOS
Y NIÑAS : : : :

Precios fijos.

Preciados, 3
MADRID



El Águila

Precios fijos.

: : : : ÚLTIMAS
CREACIONES DE
LA MODA e PÍDASE EL
CATÁLOGO GENERAL



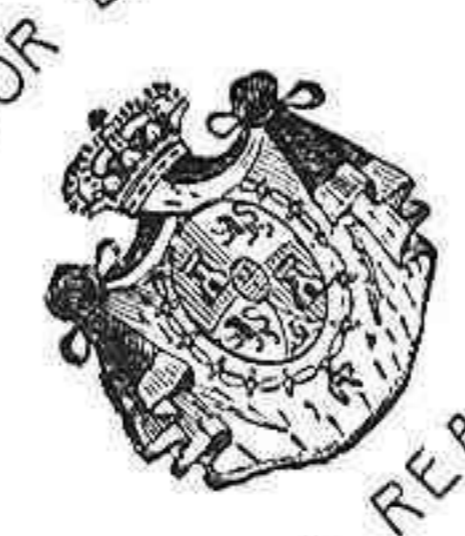


JULIÁN GONZÁLEZ FRAYLE

sucesor de serra.

CASA ESPECIAL
EN ABANICOS ANTIGUOS
DE TODAS ÉPOCAS

PROVEEDOR EFECTIVO

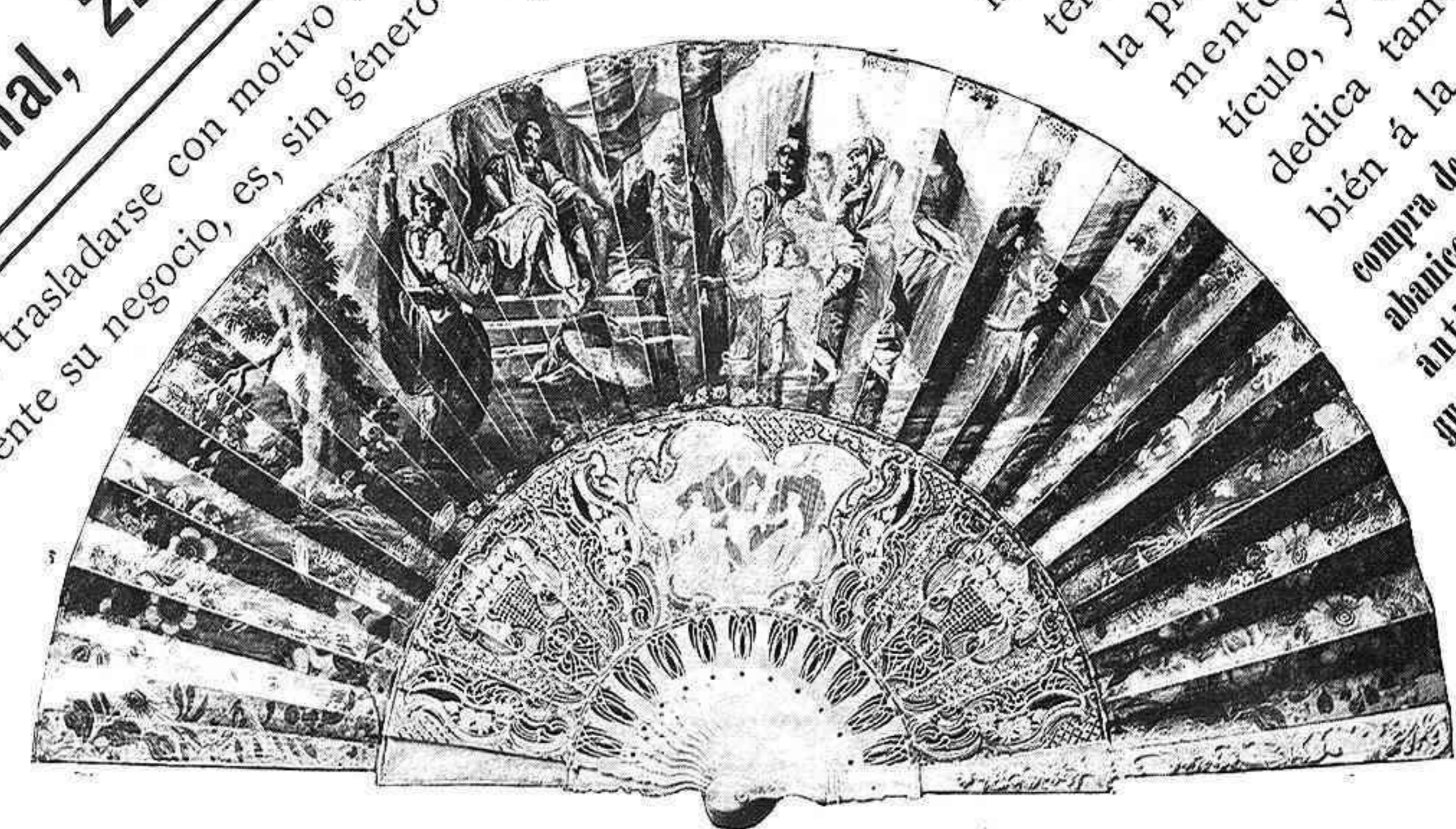


DE LA REAL CASA

GRANDES NOVEDADES
EN ABANICOS, SOMBRILLAS
Y PARAGUAS

... :: Arenal, 22 duplicado, MADRID. (Antes Caballero de Gracia, 15.) ::

Esta antigua Casa, que al trasladarse con motivo de la Gran Vía al elegante Establecimiento en que hoy se halla, ha ampliado considerablemente su negocio, es, sin género alguno de duda, la que mejor y más variada colección de abanicos antiguos posee. En ella se admiran verdaderas preciosidades en esta clase de abanicos de todas las épocas, y mejor que todo cuanto pudiéramos decir, dan idea las presentes fotografías que reproducen dos ejemplares, escogidos al azar, de los muchísimos que componen el extenso surtido de esta Casa, la primera, indiscutiblemente, en este artículo, y que se dedica también a la compra de abanicos antiguos.



Perfumeria Inglesa.



LA MEJOR SURTIDA

EN PRODUCTOS EXTRANJEROS

GARANTIZADOS

3, Carrera de San Jerónimo, 3, Madrid.



EL GAITERO



*Sidra
Champagne*

RECONOCIDA SU PURE-
ZA POR CUANTOS LA-
BORATORIOS FUÉ ANA-
LIZADA

*Fabricantes: Valle, Ballina y Fernández (S. A.)
Villaviciosa (Asturias).*

ALMAÑAQUE

DE

La Ilustración Española y Americana

PARA EL AÑO

➤ 1912 ◀

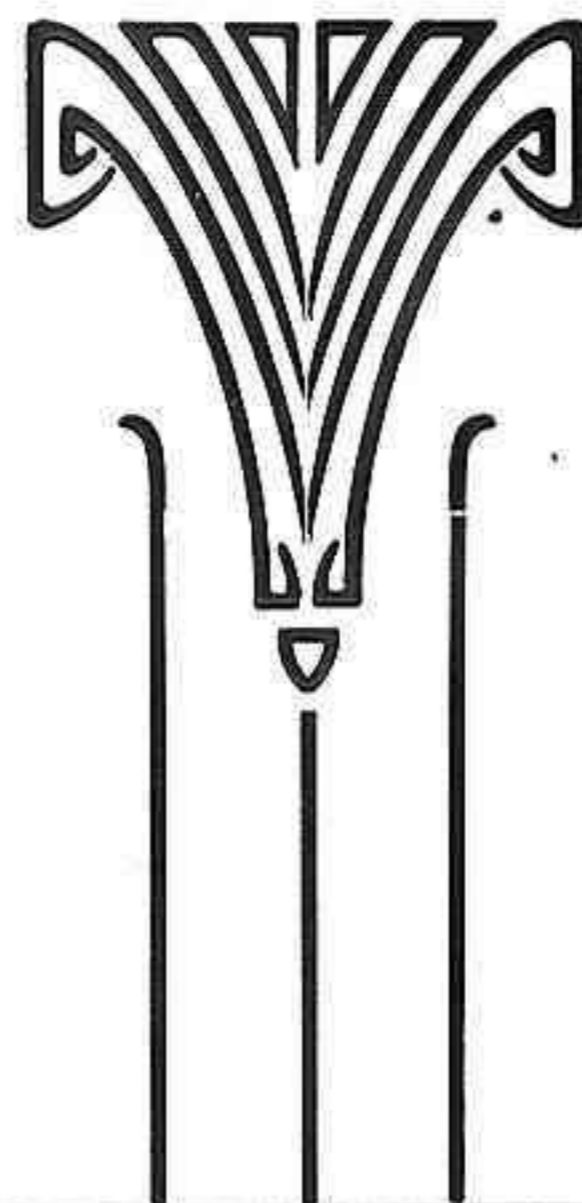
ALMANAQUE

1912

DE

LA ILUSTRACIÓN

ESPAÑOLA Y AMERICANA



DIRIGIDO Y COMPUESTO

por

D. Antonio Garrido

CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES

Acebal (D. Francisco), Álvarez Quintero (D. Serafín y D. Joaquín), Aza (D. Vital), Barrau (D. Laureano), Benedito (D. Manuel), Blanco-Belmonte (D. M. R.), Bonnat (D. A. R.), Cánovas y Vallejo (D. José), Casero (D. Antonio), Ciarán (D. Alfonso), Cuenca (D. Carlos Luis de), Delgado (D. Sinesio), Espí (D. Manuel), Félez (D. Mariano), Fernández Mota (D. Fernando), Fernández Shaw (D. Carlos), Ferrant (D. Alejandro), Francés (D. Juan), Fresno (D. Fernando), García (D. J. G.), Garrido (D. Antonio), Gil D. Rodolfo, Gutiérrez Gamero (D. Emilio), Huertas (D. Ángel D.), Jiménez Aranda (D. José), Lacoste, Larrubiera (D. Alejandro), Laserna (D. José), Mélida (D. E.), Méndez Bringa (D. Narciso), Menéndez Pidal (D. Luis), Moreno (D. Mariano), Moreno Carbonero (D. José), Muñoz de Baena (D. Jaime), Osete (D. Antonio), Palomero (D. Antonio), Pardo Bazán (Condesa de), Pedrero (D. Mariano), Peña (D. Maximino), Pérez de Guzmán (D. Juan), Pérez Zúñiga (D. Juan), Pradilla (D. Francisco), Quirós (D. Gonzalo), Répide (D. Pedro de), Sánchez Gerona (D. José), Sandoval (D. Manuel de), Santa María (D. Marceliano), Seiquer (D. Alejandro), Sellés (D. Eugenio), Sentenach (D. Narciso), Souto (D. Alfredo), Vera (D. Vicente), Villena (D. Manuel), Zozaya (D. Antonio).



MADRID

Establecimiento tipográfico "Sucesores de Rivadeneira"

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20.

1911

Año XXXIX



ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY



ÍNDICE GENERAL

TEXTO




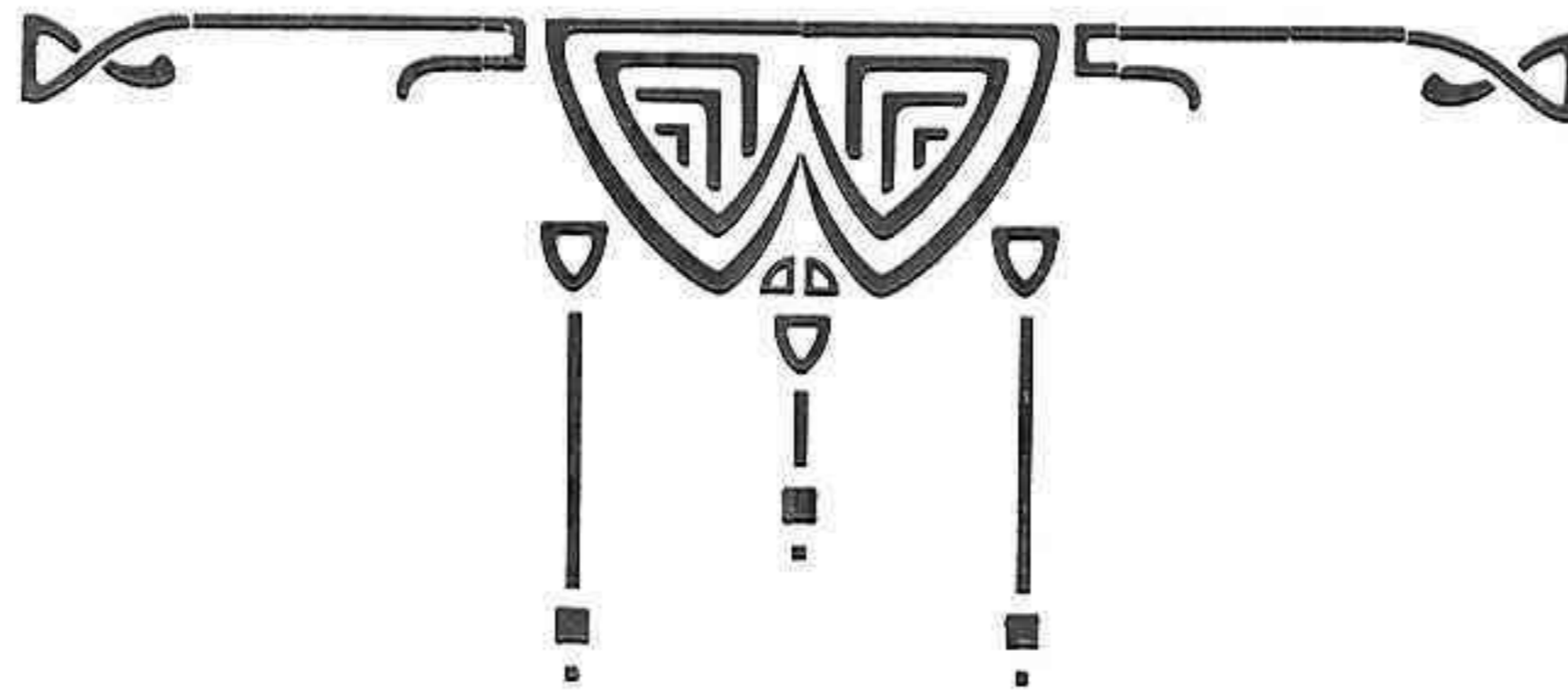
Páginas.	Páginas.		
Año religioso, por D. M. J. G.	9	Folletín, por D. S. y D. J. Álvarez Quintero.	69
Anuncios astronómicos, por D. Manuel Villena. . .	9	Noche, poesía, por D. Antonio Palomero.	72
Santoral	11 á 22	Las tres estrellas, poesía, por D. Rodolfo Gil.	74
El espectro de los cometas, por D. Vicente Vera. . .	25	Diálogo agresor de las Artes plásticas, por D. José	
Las setas, por D. José de Laserna.	29	Cánovas y Vallejo.	76
Así sucedió en mi aldea, por D. Francisco Acebal. .	32	Aires de fuera, por D. Sinesio Delgado.	80
Inacción, poesía, por D. Manuel de Sandoval. . . .	36	Tarde de invierno, poesía, por D. Antonio Casero. .	83
El error de las hadas, por la Condesa de Pardo Ba-		La Arcadia feliz, por D. Alejandro Larrubiera. . . .	85
zán.	38	La caza del oso, poesía, por D. Juan Pérez Zúñiga. .	87
La niña del Potosí, por D. Pedro de Répide.	41	El primer día del amor humano, por D. Eugenio	
El somnifugo, por D. José Sánchez Gerona.	44	Sellés.	88
De ayer, poesía, por D. Antonio Osete.	47	El castigo de Efiltes, poesía, por D. M. R. Blanco-	
La alegría de viajar, poesía, por D. Carlos Fernán-		Belmonte.	91
dez Shaw.	50	Remedio soberano, por D. Emilio Gutiérrez Gamero. .	95
El sillón del director, por D. Vital Aza.	53	Noche mil y dos, por D. Antonio Zozaya.	98
Ó reinas ó santas, por D. Juan Pérez de Guzmán. .	58	Tanagras, poesía, por D. Narciso Sentenach.	102
El terrible pesimismo, por D. A. R. Bonnat.	63	Vegetando, por D. Carlos Luis de Cuenca.	104
Melonada, poesía, por D. Gonzalo de Quirós. . . .	65	Para llenar un hueco, por D. Antonio Garrido	106

GRABADOS



Páginas.	Páginas.		
Ilustraciones del santoral, por Mariano Félez. . . .	11 á 22	Extravagancias de la moda femenina (1860-1911). . .	42
Flores, cuadro de Maximino Peña.	23	Sentidos corporales: El olfato, por Narciso Méndez	
Aparición de la Virgen de las Mercedes á San Pedro		Bringa.	43
Nolasco, cuadro de Alejandro Ferrant.	24	Ilustraciones de "El somnifugo", por Sánchez Ge-	
Haciendo novillos, fotografía de Haeckel.	27	rona.	44, 45 y 47
Al borde del precipicio, cuadro de Alejandro Seiquer.	28	La favorita, cuadro de Grivaz.	47
Las escardadoras, cuadro de Laureano Barrau. . . .	31	Retratos de Monna Lisa (<i>La Gioconda</i>), cuadro de	
Ilustraciones de "Así sucedió en mi aldea", por Fer-		Leonardo de Vinci.	48 y 49
nández Mota.	32, 33, 34 y 35	Ilustraciones de "La alegría de viajar", por Pedrero. .	50 y 51
Ilustraciones de "Inacción", por Pedrero.	36	Actrices y actores, por Fresno.	52
Tríptico, por Erolí.	37	Los mejores amigos, fotografía de Reid.	55
En el campo, cuadro de Luis Menéndez Pidal. . . .	39	Los naturalistas, cuadro de Jiménez Aranda.	56
Camino de la fuente, cuadro de Alfredo Souto. . . .	40	Sentidos corporales: La vista, por Méndez Bringa. .	57

Páginas.		Páginas.
Ilustraciones de "Ó reinas ó santas".		Actrices y actores, por Fresno.
58, 59, 60 y 61		82
Actrices y actores, por Fresno.		Sentidos corporales: El tacto, por Méndez Bringa.
62		84
La primavera, cuadro de Juan Francés.		Ilustración de "La Arcadia feliz", por Espí.
64		85
Ilustración de "Melonada", por Pedrero.		La comunión de las monjas, cuadro de Enrique Mé-
65		lida.
El voto, cuadro de Francisco Pradilla.		90
66		Actrices y actores, por Fresno.
Lectura de Anacreonte, cuadro de Francisco Pradilla.		93
67		Idilio holandés, cuadro de M. Benedito.
Sentidos corporales: El gusto, por Méndez Bringa.		94
68		Sentidos corporales: El oído, por Méndez Bringa.
Ilustración de "Folletín", por Pedrero.		97
69		Ilustraciones de "Noche mil y dos", por Méndez
Ilustración de "Noche", por Pedrero.		Bringa.
72		99 y 101
Actrices y actores, por Fresno.		Ilustración de "Tanagras", por N. Sentenach.
73		102
Ilustración de "Las tres estrellas", por M. Santa María.		Actrices y actores, por Fresno.
74		103
"Gil Blas de Santillana", cuadro de Moreno Carbo-		Viñetas varias.
nero.		30 y 83
81		



PRELIMINARES

AÑO RELIGIOSO

CÓMPUTO ECLESIAÍSTICO

Áureo número.	13	Indicción romana.	X
Epacta.	XI	Letra dominical.	G F
Ciclo solar.	17	Letra del Martirologio romano.	I

FIESTAS MOVIBLES

Dulcísimo Nombre de Jesús.	14 de Enero.
La Sacra Familia.	21 de Enero.
Septuagésima.	4 de Febrero.
Sexagésima.	11 de Febrero.
Quincuagésima.	18 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	21 de Febrero.
Pascua de Resurrección.	7 de Abril.
El Patrocinio de San José.	28 de Abril.
Letanías.	13, 14 y 15 de Mayo.
Ascensión del Señor.	16 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	26 de Mayo.
La Santísima Trinidad.	2 de Junio.
Sanctissimum Corpus Christi.	6 de Junio.
Sacratísimo Corazón de Jesús.	14 de Junio.
Purísimo Corazón de María.	16 de Junio.
La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.	7 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	18 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	6 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	10 de Novbre.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	26.
Adviento (Primer domingo de).	1 de Dicbre.

TÉMPORAS

I.—El 28 de Febrero y 1 y 2 de Marzo.	III.—El 18, 20 y 21 de Sepbre.
I.—El 29 y 31 de Mayo y 1 Junio.	IV.—El 18, 20 y 21 de Dicbre.

DÍAS DE AYUNO

Todos los de *Cuaresma*, excepto los domingos.
 Los viernes y sábados de *Adviento*; advirtiéndose que cuando la fiesta de la *Purísima Concepción de Nuestra Señora* cae en viernes ó en sábado, se anticipa el ayuno al jueves inmediato.
 La vigilia de *Pentecostés* (con abstinencia de carne).
Miércoles, viernes y sábado de cada una de las cuatro *Témporas*.
 Vigilia de *San Pedro y San Pablo* (con abstinencia de carne).
 Vigilia del apóstol *Santiago*.
 Vigilia de la *Asunción de Ntra. Señora* (con abstinencia de carne).
 Vigilia de *Todos los Santos*.
 Vigilia de *Navidad* (con abstinencia de carne).

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la *Cuaresma*, ni aun los domingos.
 Debe renovarse la *bula* todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven *deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los domingos de Cuaresma y todos los viernes del año.*

VELACIONES

Se abren el 7 de Enero y el 15 de Abril, y se cierran, respectivamente, el 20 de Febrero y el 30 de Noviembre.

DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA

El 4 y 27 de Febrero; 9, 10, 17, 29 y 30 de Marzo; 10 de Abril; 30 de Mayo, y 1 de Junio.

ANUNCIOS ASTRONÓMICOS

que deben insertarse en los calendarios de Castilla la Nueva, correspondientes al año bisiesto 1912.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID

LONGITUD.. 0^h 14^m 45^s,09 al O. de Greenwich.
 LATITUD... 40° 24' 29",7 N.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODÍACO

21 de Enero, <i>Acuario</i> .	23 de Julio, <i>Leo</i> .— <i>Canícula</i> .
19 de Febrero, <i>Piscis</i> .	23 de Agosto, <i>Virgo</i> .
20 de Marzo, <i>Aries</i> .— <i>Primavera</i> .	23 de Sepbre., <i>Libra</i> .— <i>Otoño</i> .
20 de Abril, <i>Tauro</i> .	23 de Octubre, <i>Escorpio</i> .
21 de Mayo, <i>Géminis</i> .	22 de Noviembre, <i>Sagitario</i> .
21 de Junio, <i>Cáncer</i> .— <i>Estío</i> .	22 de Dic., <i>Capricornio</i> .— <i>Invierno</i> .

CUATRO ESTACIONES

PRIMAVERA.—Entra el 20 de Marzo á las 23 horas 29 minutos.
 ESTÍO.—Entra el 21 de Junio á las 19 horas 17 minutos.
 OTOÑO.—Entra el 23 de Septiembre á las 10 horas 8 minutos.
 INVIERNO.—Entra el 22 de Diciembre á las 4 horas 45 minutos.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA

ABRIL 1.º *Eclipse parcial de Luna*, visible en Madrid.

El principio de este eclipse será visible en toda Europa y África, en casi toda el Asia, en una pequeña parte de las dos Américas, en

parte de la Australia, en todo el Océano Índico, en casi todo el Atlántico, en el Mediterráneo, en una pequeña parte del Mar Polar Ártico y en gran parte del Antártico.

El fin de este eclipse será visible en toda Europa y África, en gran parte de Asia, en una pequeña parte de la América Septentrional y en casi toda la Meridional, en todo el Océano Atlántico é Índico, en el Mediterráneo, en una pequeña parte del Mar Po'ar Ártico y en casi todo el Antártico.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 3º de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 54º de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).

Las circunstancias principales de este eclipse, para Madrid, son las siguientes:

Principio del eclipse á las 21 ^h y 27 ^m . . .	} Tiempo medio civil de Greenwich.
Medio del eclipse á las 22 ^h y 14 ^m	
Fin del eclipse á las 23 ^h y 2 ^m	

Valor de la máxima fase, ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte austral del limbo, 0,183; tomando como unidad el diámetro de la Luna.

ABRIL 17. *Eclipse total de Sol*, visible como parcial en Madrid.

El eclipse principia, en la Tierra, á las 8^h y 54^m,3, tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 42° 26' al O. de Greenwich y latitud 6° 46' S.

El eclipse central principia, en la Tierra, á las 10^h y 1^m,2, tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 61° 20' al O. de Greenwich y latitud 5° 6' N.

El eclipse central á mediodía sucede á las 12^h y 3^m,8, tiempo medio civil de Greenwich, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 1° 2' al O. de Greenwich y latitud 46° 58' N.

El eclipse central termina, en la Tierra, á las 13^h y 7^m,7, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 89° 35' al E. de Greenwich y latitud 57° 21' N.

El eclipse termina, en la Tierra, á las 14^h y 14^m,6, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 67° 9' al E. de Greenwich y latitud 45° 54' N.

La línea del eclipse central atraviesa á la Península Ibérica desde un punto situado á 33 kilómetros al S. de Oporto, hasta otro situado á 7 kilómetros al E. de Gijón, y los puntos más importantes de España donde el eclipse total es visible, son: Cacabelos y Toral de los Vados.

Las circunstancias principales de este eclipse para Madrid, donde es parcial, son las siguientes:

Principio del eclipse á las 10^h 26^m y 22^s,2. }
Medio del eclipse á las 11^h 43^m y 42^s,2. } Tiempo medio civil de Greenwich.
Fin del eclipse á las 13^h 16^m y 12^s,7. . . }

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada del Sol, 0,910; tomando como unidad el diámetro del Sol.

El primer contacto de la Luna con el disco solar se verificará en un punto del limbo del Sol, que dista 92° de su vértice superior hacia la derecha (visión directa).

El último contacto de la Luna con el disco solar se verificará en un punto del limbo del Sol, que dista 23° de su vértice superior hacia la izquierda (visión directa).

Este eclipse será visible en toda Europa, en parte de Asia, África y de las dos Américas, en el Mediterráneo, en gran parte del Océano Atlántico y del Mar Polar Ártico.

SEPTIEMBRE 26. *Eclipse parcial de Luna*, invisible en Madrid.

El principio de este eclipse será visible en parte de Asia, en la Australia, en el Estrecho de Behring, en gran parte de la América

Septentrional y en una pequeña parte de la Meridional, en todo el Océano Pacífico, en una pequeña parte del Índico y en gran parte de los Mares Polares.

El fin de este eclipse será visible en gran parte de Asia, en casi toda la América Septentrional, en la Australia, en el Estrecho de Behring, en el Océano Pacífico, en parte del Índico y de los Mares Polares.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 8° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa)

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 50° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte boreal del limbo, 0,118; tomando como unidad el diámetro de la Luna.

Principio del eclipse á las 11^h 4^m,1 . . . }
Medio del eclipse á las 11^h 44^m,9 . . . } Tiempo medio civil de Greenwich.
Fin del eclipse á las 12^h 25^m,6 . . . }

OCTUBRE 10. *Eclipse total de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia, en la Tierra, á las 10^h 57^m,4, tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 76° 7' al O. de Greenwich y latitud 12° 34' N.

El eclipse central principia, en la Tierra, á las 11^h 59^m,2, tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 92° 37' al O. de Greenwich y latitud 3° 37' N.

El eclipse central á mediodía sucede á las 14^h 0^m,1, tiempo medio civil de Greenwich, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 33° 15' al O. de Greenwich y latitud 35° 0' S.

El eclipse central termina, en la Tierra, á las 15^h 13^m,3, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 47° 6' al E. de Greenwich y latitud 52° 29' S.

El eclipse termina, en la Tierra, á las 16^h 15^m,0, tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 29° 20' al E. de Greenwich y latitud 43° 39' S.

Este eclipse será visible en una pequeña parte de África y de la América Septentrional, en toda la Meridional, en parte del Océano Pacífico, en gran parte del Atlántico y del Mar Polar Antártico.

Horas á que se verifican las fases de la Luna, en Madrid, el año bisiesto 1912.

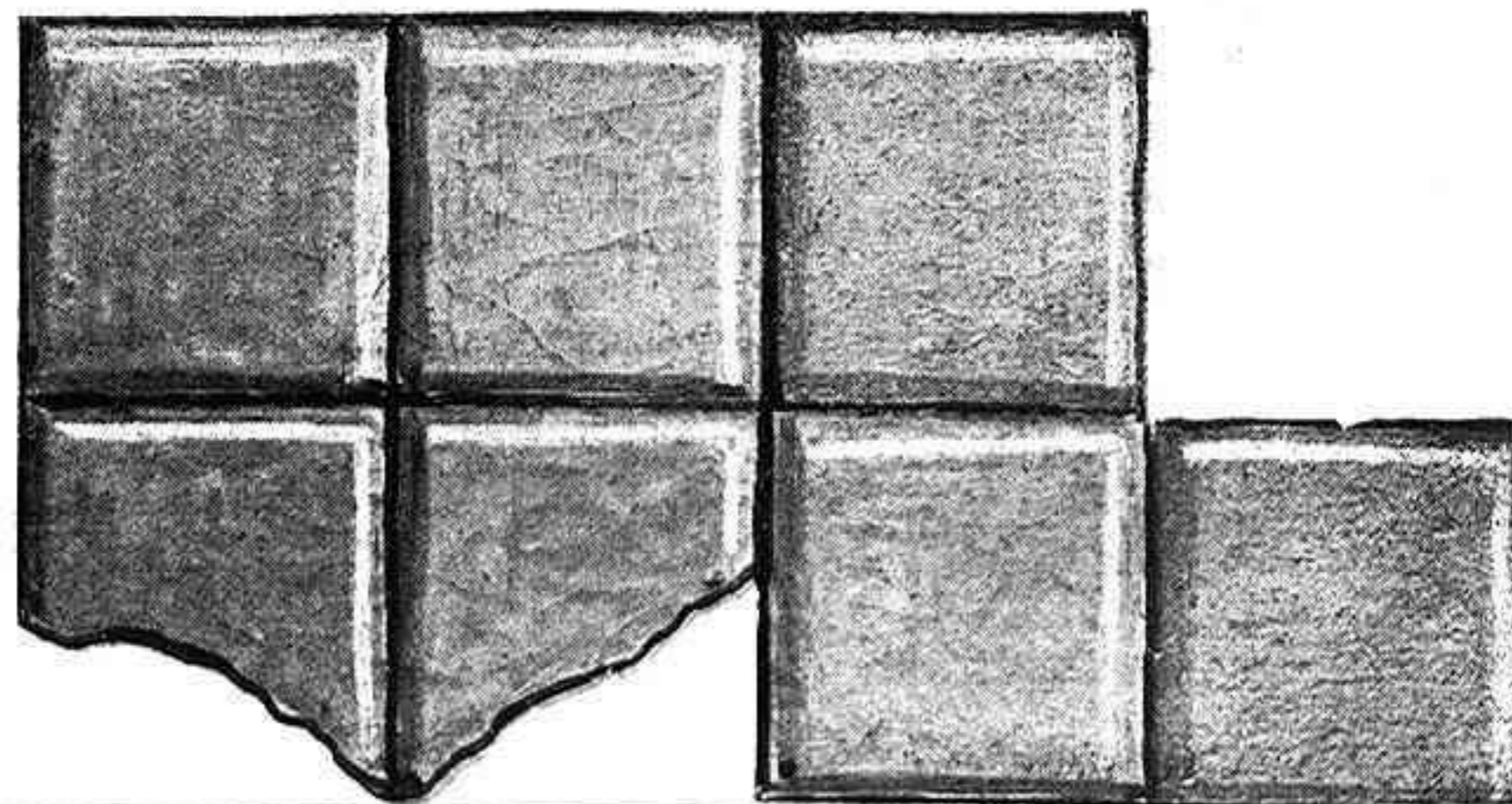
ENERO	{	Día 4.—13 ^h 30 ^m , en Cáncer.—Llena.		{	Día 7.—16 ^h 47 ^m , en Aries.—Menguante.
		11.—7 ^h 43 ^m , en Libra.—Menguante.			14.—13 ^h 13 ^m , en Leo.—Nueva.
		19.—11 ^h 10 ^m , en Capricornio.—Nueva.			21.—5 ^h 19 ^m , en Escorpio.—Creciente.
		27.—8 ^h 51 ^m , en Tauro.—Creciente.			29.—4 ^h 28 ^m , en Acuario.—Llena.
FEBRERO	{	Día 2.—23 ^h 58 ^m , en Leo.—Llena.		{	Día 6.—4 ^h 17 ^m , en Tauro.—Menguante.
		9.—24 ^h 51 ^m , en Escorpio.—Menguante.			12.—19 ^h 58 ^m , en Leo.—Nueva.
		18.—5 ^h 44 ^m , en Acuario.—Nueva.			19.—16 ^h 57 ^m , en Sagitario.—Creciente.
		25.—19 ^h 27 ^m , en Géminis.—Creciente.			27.—19 ^h 59 ^m , en Piscis.—Llena.
MARZO	{	Día 3.—10 ^h 42 ^m , en Virgo.—Llena.		{	Día 4.—13 ^h 23 ^m , en Géminis.—Menguante.
		10.—19 ^h 56 ^m , en Sagitario.—Menguante.			11.—3 ^h 49 ^m , en Virgo.—Nueva.
		18.—22 ^h 9 ^m , en Piscis.—Nueva.			18.—7 ^h 55 ^m , en Sagitario.—Creciente.
		26.—3 ^h 2 ^m , en Cáncer.—Creciente.			26.—11 ^h 34 ^m , en Piscis.—Llena.
ABRIL	{	Día 1.—22 ^h 5 ^m , en Libra.—Llena.		{	Día 3.—20 ^h 48 ^m , en Cáncer.—Menguante.
		9.—15 ^h 24 ^m , en Capricornio.—Menguante.			10.—13 ^h 41 ^m , en Libra.—Nueva.
		17.—11 ^h 40 ^m , en Aries.—Nueva.			18.—2 ^h 6 ^m , en Capricornio.—Creciente.
		24.—8 ^h 47 ^m , en Leo.—Creciente.			26.—2 ^h 31 ^m , en Tauro.—Llena.
MAYO	{	Día 1.—10 ^h 19 ^m , en Escorpio.—Llena.		{	Día 2.—3 ^h 38 ^m , en Leo.—Menguante.
		9.—9 ^h 56 ^m , en Acuario.—Menguante.			9.—2 ^h 5 ^m , en Escorpio.—Nueva.
		16.—22 ^h 14 ^m ; en Tauro.—Nueva.			16.—22 ^h 43 ^m , en Acuario.—Creciente.
		23.—14 ^h 11 ^m , en Virgo.—Creciente.			24.—16 ^h 12 ^m , en Géminis.—Llena.
JUNIO	{	Día 30.—23 ^h 30 ^m , en Sagitario.—Llena.		{	Día 1.—11 ^h 5 ^m , en Virgo.—Menguante.
		Día 8.—2 ^h 36 ^m , en Piscis.—Menguante.			8.—17 ^h 7 ^m , en Sagitario.—Nueva.
		15.—6 ^h 24 ^m , en Géminis.—Nueva.			16.—20 ^h 7 ^m , en Aries.—Creciente.
		21.—20 ^h 39 ^m , en Libra.—Creciente.			24.—4 ^h 30 ^m , en Cáncer.—Llena.
		29.—13 ^h 34 ^m , en Capricornio.—Llena.			30.—20 ^h 12 ^m , en Libra.—Menguante.

NOTA. Todos los anuncios se refieren á tiempo medio civil de Greenwich.



- 1 Lun. *Fiesta*. LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR; san Fulgencio Ruspense, san Basilio y san Justino, obispos; santa Martina, virgen y mártir, y santa Eufrosina, virgen.
- 2 Mart. La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; san Isidoro, ob. y mr., y san Macario.
- 3 Miérc. San Antero, papa y mr., y santa Genoveva, virgen, patrona de Paris.
- 4 Juev. Santos Aquilino, Trifón y Prisciliano, mrs.; Tito y Timoteo, ob., y santa Benita, mr.
- 5 Vier. San Telesforo, papa y mr., y san Simeón Stilita.
- 6 Sáb. *Fiesta*. LA EPIFANÍA Ó LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera, arzobispo de Valencia.
- 7 Dom. San Julián y san Raimundo de Peñafort.—*Abrense las velaciones*.
- 8 Lun. Santos Luciano, Teófilo, Eladio, y compañeros, mrs., y san Severino, abad.
- 9 Mart. San Julián, mr., y su esposa santa Basilisa, virgen.
- 10 Miérc. San Guillermo, arz.; san Nicanor, diácono y mr., y san Gonzalo de Amarante, conf.
- 11 Juev. San Higinio, papa y mr.; san Alejandro, ob., y san Anastasio, monje.
- 12 Vier. San Benito Biscop, abad; san Arcadio, mr.; san Martín, canónigo, y san Alfredo, abad.
- 13 Sáb. Santos Gumersindo, presb., y Siervo de Dios, mrs.
- 14 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús; san Hilario, ob. y doctor, y san Félix de Nola, presb. y mr.
- 15 Lun. San Pablo, primer ermitaño; san Bonifacio, ob., y santos Mauro y Macario, abades.
- 16 Mart. San Fulgencio, ob., conf. y docto.; san Marcelo, papa y mr., y Marcelo, ob.

- 17 Miérc. San Antonio, abad; san Mariano, diácono, y san Fortunato y compañeros, mrs.
- 18 Juev. La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mr.
- 19 Vier. San Canuto, rey; san Mario, santa Marta y san Audifaz.
- 20 Sáb. San Fabián, papa, y san Sebastián, mrs.
- 21 Dom. La Sacra Familia; san Fructuoso, ob., y santa Inés, virgen, mrs.
- 22 Lun. San Vicente, patrón de Valencia, y san Anastasio, mártires.
- 23 Mart. San Ildefonso, arzobispo de Toledo; santa Emereciana, virgen y mr., patrona de Teruel, y san Martirio, monje.
- 24 Miérc. Nuestra Señora de la Paz; san Timoteo, ob. y mr., y santos Tirso, Eusebio y Metelo, mrs.
- 25 Juev. La Conversión de san Pablo, apóstol; santos Ananías, Máximo, Marino, Donato y Sabino, mrs., y santa Elvira, virgen.
- 26 Vier. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda romana.
- 27 Sáb. San Juan Crisóstomo, ob. y doctor, y san Julián y compañeros, mártires.
- 28 Dom. San Julián, obispo y patrón de Cuenca; san Valero y san Tirso, mártir.
- 29 Lun. San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora; san Valero, obispo, y san Mauro, mr.
- 30 Mart. San Lesmes, abad, patrón de Burgos, y santa Martina, virgen.
- 31 Miérc. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced; santos Ciro, Saturnino, Victor y Tirso, mrs., y santa Marcela, viuda.



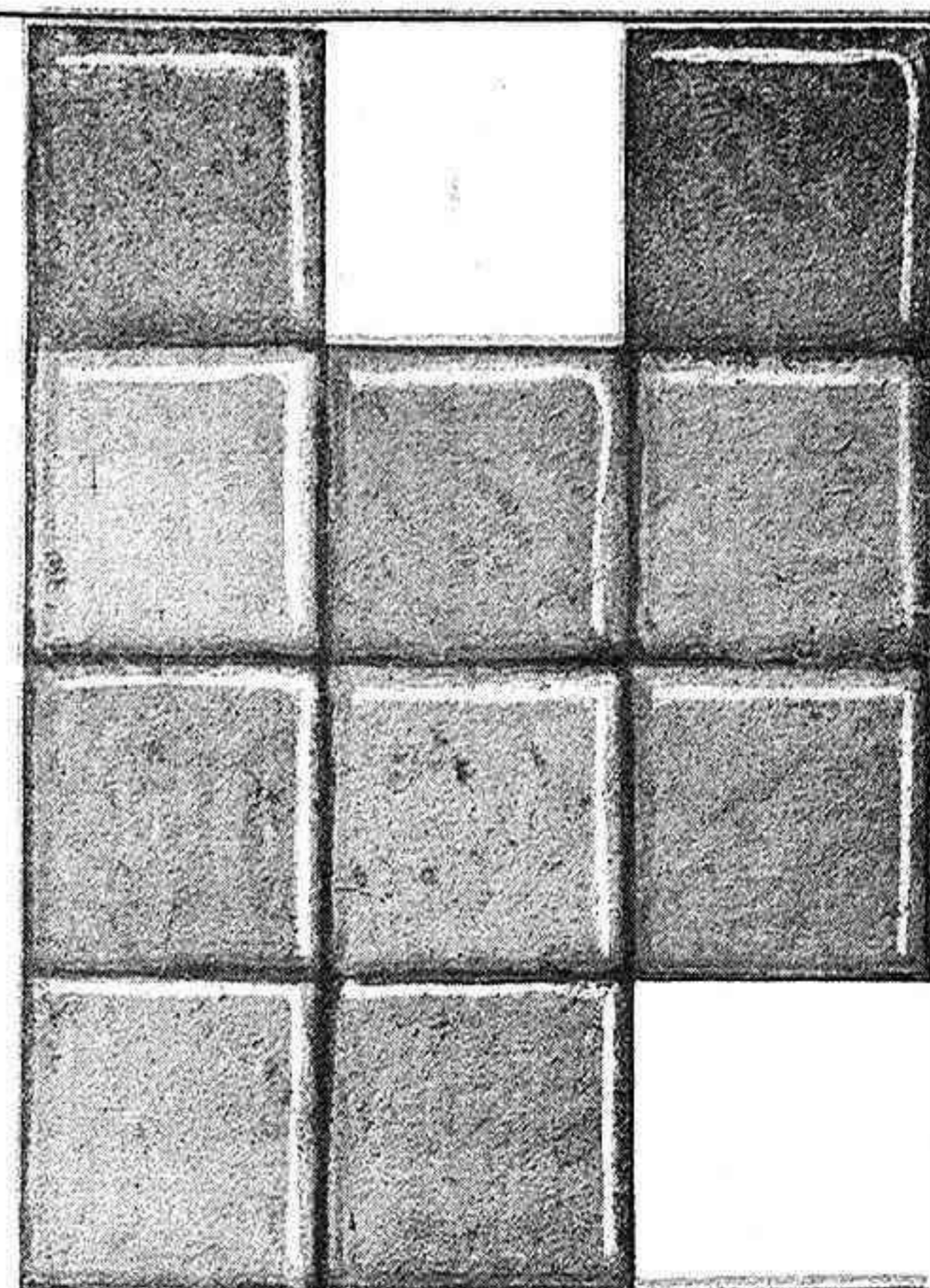


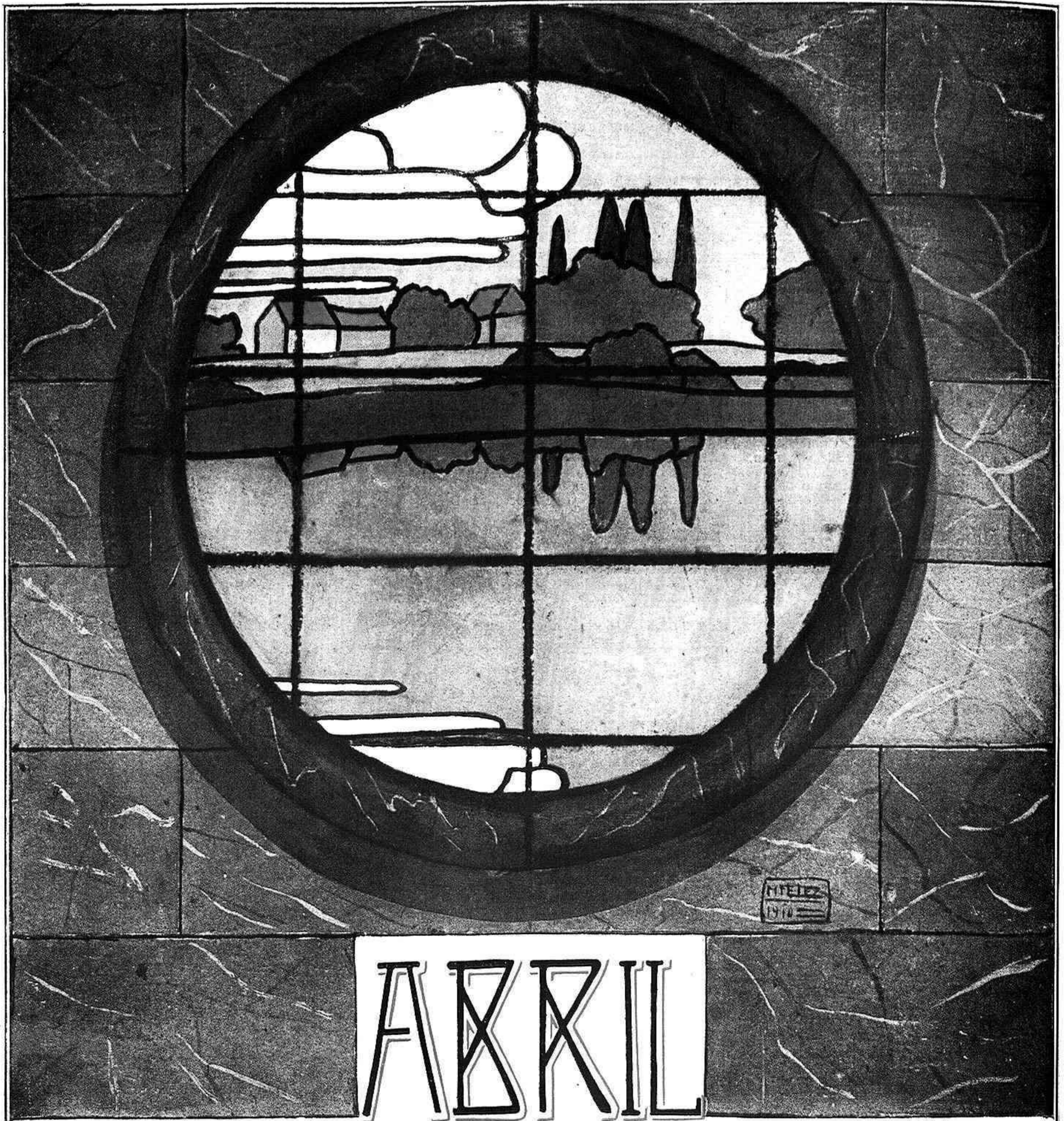
F e b r e r o

- 1 Juev. San Ignacio y san Cecilio, patrón de Granada, obs. y mrs.; santos Severo y Pablo, obispos, y santa Brigida, virgen.
- 2 Vier. La Purificación de Nuestra Señora (vulgo *La Candelaria*), y san Cornelio, centurión romano.
- 3 Sáb. San Blas, ob. y mr., y el beato Nicolás de Longobardo.
- 4 Dom. *de Septuagésima*. San Andrés Corsino, ob., y san José de Leonisa, conf.—*Anima*.
- 5 Lun. Santa Agueda, virgen y mr.; san Pedro Bautista y veinticinco compañeros mártires del Japón.
- 6 Mart. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mrs.
- 7 Miérc. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.
- 8 Juev. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.
- 9 Vier. Santa Apolonia, virgen y mr., y san Sabino, ob.
- 10 Sáb. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.
- 11 Dom. *de Sexagésima*. San Saturnino, presb., y compañeros, mrs., y los santos Siete Siervos de María, fundadores.
- 12 Lun. Santa Eulalia de Barcelona y la primera Traslación de san Eugenio.
- 13 Mart. San Benigno, santa Catalina de Ricci, virgen, y san Julián, mr.
- 14 Miérc. San Valentín, presb., y el beato Juan Bautista de la Concepción.
- 15 Juev. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mrs.
- 16 Vier. San Julián y cinco mil compañeros, mrs.
- 17 Sáb. San Julián de Capadocia y san Teodulo, mrs., y santa Constanza, mr.
- 18 Dom. *de Quincuagésima*. San Eladio, arzobispo de Toledo.
- 19 Lun. San Gabino, presb. y mr., y san Alvaro de Córdoba.
- 20 Mart. San León y san Eleuterio, obispos.—*Cierranse las velaciones*.
- 21 Miérc. *de Ceniza*. San Félix y san Maximiano, obispos, y san Severino, ob. y mr.—*Principia el ayuno de Cuaresma*.
- 22 Juev. La Cátedra de san Pedro en Antioquía, y san Pascasio, ob.
- 23 Vier. San Pedro Damiano, ob., cardenal y doctor; santa Marta, virgen y mr., y santa Margarita de Cortona, penitente.
- 24 Sáb. Santa Primitiva; san Modesto, ob.; san Edilberto, rey, y santos Matías, apóstol; Pretextato, ob. y mr.; Sergio, Montano, Lucio, Juliano, Victorico y Flaviano, mrs.
- 25 Dom. *I de Cuaresma*. San Matías, apóstol; san Cesáreo, conf., y el beato Sebastián de Aparicio.
- 26 Lun. Santos Nestor, ob. y mr.; Fortunato y Félix, mrs., y Alejandro, Faustiniario, Porfirio y Andrés, obispos.
- 27 Mart. Santos Alejandro, Abundio, Fortunato y Julián, mrs., y san Baldomero, confesor.—*Anima*.
- 28 Miér. San Román, abad.—*Témpora*.—*Ayuno*.
- 29 Juev. Santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros, mrs.

MFELEZ
1910

- 1 Vier. El Santo Ángel de la Guarda, y san Rosendo, ob.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 2 Sáb. San Lucio, san Pablo y san Heraclio, obispos y mrs.—*Témpora.*—*Ayuno.*—*Ordenes.*
- 3 Dom. *II de Cuaresma.* Santos Emeterio y Celedonio, mrs; san Ticiano, ob. y conf., y san Marclo, mr.
- 4 Lun. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio, papa y mr.
- 5 Mart. San Eusebio y compañeros, mrs.
- 6 Miérc. Santos Víctor y Victoriano, mrs.; san Olegario, ob., y santa Coleta, virgen.
- 7 Juev. Santo Tomás de Aquino, conf. y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mrs.
- 8 Vier. San Juan de Dios, fundador; san Julián, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.
- 9 Sáb. Santa Francisca, viuda romana; san Paciano, ob., y santa Catalina de Bolonia, virgen.—*Anima.*
- 10 Dom. *III de Cuaresma.* Santos Melitón y cuarenta compañeros, mártires en Sebaste.—*Anima.*
- 11 Lun. San Eulogio, presb., y san Vicente, abad, mrs.
- 12 Mart. San Gregorio Magno, papa y doctor, y san Bernardo, ob. y conf.
- 13 Miérc. San Leandro, arzobispo de Sevilla; san Rodrigo y san Salomón.
- 14 Juev. Santa Matilde, reina, y santa Florentina, virgen.
- 15 Vier. San Zacarias, papa; san Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, y san Sisebuto, abad.
- 16 Sáb. San Julián de Anazarbo, mr.
- 17 Dom. *IV de Cuaresma.* San Patricio, ob. y conf.—*Anima.*
- 18 Lun. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.
- 19 Mart. San José, esposo de Nuestra Señora, patrón de la Iglesia universal.
- 20 Miérc. San Niceto, ob., y santa Eufemia, mr.
- 21 Juev. San Benito, abad y fundador, y santa Fabiola, penitente.
- 22 Vier. Santa Catalina de Suecia, virgen.
- 23 Sáb. San Victoriano y compañeros, mrs., y san José Oriol, presb.—*Ordenes.*
- 24 Dom. *de Pasión.* San Agapito, ob. y mr.
- 25 Lun. La Anunciación de Nuestra Señora y Encarnación del Hijo de Dios, y san Dimas, el buen Ladrón.
- 26 Mart. San Braulio, ob., y santa Eugenia, vg. y mr.
- 27 Miérc. San Ruperto, ob.
- 28 Juev. San Sixto III, papa y conf., y los santos Cástor y Doroteo, mrs.
- 29 Vier. Los Dolores de Nuestra Señora, y san Eustasio, abad.—*Anima.*
- 30 Sáb. San Juan Climaco, abad, y santa Margarita, virgen.—*Anima.*
- 31 Dom. *de Ramos.* Santa Balbina, virgen, y san Amós, profeta.





ABRIL

- 1 Lun. *Santo*. Santos Ignacio y Tesifón, mrs.; Hugón, ob.; Bonifacio, abad, y Venancio, ob. y mr., y la Impresión de las llagas de santa Catalina.
- 2 Mart. *Santo*. San Francisco de Paula, y santa María Egipciaca.
- 3 Miérc. *Santo*. Santos Pancracio, ob.; Ulpiano, mr., y Benito de Palermo, conf.—*Abstinencia de carne*.
- 4 Juev. *Santo*. San Isidoro, arzobispo de Sevilla.—*Abstinencia de carne*.
- 5 Vier. *Santo*. San Vicente Ferrer, patrón de Valencia, y la beata Juliana, virgen.—*Abstinencia de carne*.
- 6 Sáb. *Santo*. San Celestino, papa y mr.—*Abstinencia de carne*.—*Ordenes*.
- 7 Dom. *Pascua de Resurrección*. San Epifanio, ob., y san Ciriaco, mrs.
- 8 Lun. San Dionisio, ob., y el beato Julián de San Agustín.
- 9 Mart. Santa María Cleoté y santa Casilda, virgen.
- 10 Miérc. Santos Urbano, Apolonio, Terencio y Pompeyo, mrs.; san Macario, ob. y conf.; san Daniel y san Ezequiel, profetas.—*Anima*.
- 11 Juev. San León Magno, papa y doctor.
- 12 Vier. San Víctor, mr., y San Zenón, ob.
- 13 Sáb. San Hermenegildo, mr.
- 14 Dom. *de Cuasimodo ó In albis*. Santos Tiburcio, Valeriano y Máximo, mártires, y san Pedro González Telmo.
- 15 Lun. Santas Basílisa y Anastasia, mrs.—*Abrense las ve'aciones*.
- 16 Mart. Santa Engracia, virgen, y diez y ocho compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio, obispo de Astorga.
- 17 Miérc. San Aniceto, papa y mr.; la beata María Ana de Jesús, y los santos mártires de Córdoba, Elías, Pablo é Isidoro.
- 18 Juev. San Eleuterio, ob., y san Perfecto, mrs., y el beato Andrés Hibernón.
- 19 Vier. San Vicente de Colibre, Sócrates, Dionisio y Hermógenes, mrs.
- 20 Sáb. Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen.
- 21 Dom. Nuestra Señora La Divina Pastora, y San Anselmo, ob. y doctor.
- 22 Lun. Santos Sotero y Cayo, papas y mrs.
- 23 Mart. San Adalberto, ob. y mr., y san Félix, presb.
- 24 Miérc. San Fidel de Sigmaringa, mr., y san Gregorio, ob.
- 25 Juev. San Marcos, evangelista, y san Aniano, ob.—*Letanias mayores*.
- 26 Vier. Santos Cleto y Marcelino, papas y mrs.; la Traslación de santa Leocadia, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.
- 27 Sáb. Santos Anastasio, papa y mr.; Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima; Pedro Armengol, y el beato Pedro Canisio.
- 28 Dom. El Patrocinio de San José; san Prudencio, ob., y san Vidal, mr.
- 29 Lun. San Pedro de Verona, mr., y san Roberto, primer abad del Cister.
- 30 Mart. Santa Catalina de Sena, y los santos mártires de Córdoba, Amador, presb.; Pedro y Luis.



- 1 Miér. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles.
 2 Juev. San Atanasio, ob. y doctor.
 3 Vier. La Invención de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa; Evencio y Teodulo, mrs.
 4 Sáb. Santa Mónica, madre de san Agustín.
 5 Dom. San Pío V, papa, y la Conversión de san Agustín.
 6 Lun. San Juan Ante-Portam-Latinam, apóstol y evangelista.
 7 Mart. San Estanislao, ob. y mr.
 8 Miérc. La Aparición del Arcángel san Miguel; san Víctor y san Acacio.
 9 Juev. San Gregorio Nacianceno, ob. y doctor; santos Gerencio, ob., y Hermes, mr.
 10 Vier. San Antonino, arzobispo de Florencia.
 11 Sáb. Santos Mamerto, ob., y Anastasio, mr.
 12 Dom. Nuestra Señora de los Desamparados; Santo Domingo de la Calzada, conf., y santa Domitila, mr.
 13 Lun. San Pedro Regalado, conf.—*Letanias*.
 14 Mart. San Bonifacio y san Víctor, mrs.—*Letanias*.
 15 Miérc. San Isidro Labrador, patrón de Madrid, y san Torcuato, ob.—*Letanias*.
 16 Juev. *Fiesta*. LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR; san Juan Nepomuceno, y san Ubaldo, ob.
 17 Vier. San Pascual Bailón, conf.; santos Pablo, Eradio, Aquilino y Víctor, y santa Restituta, virgen, mrs.

- 18 Sáb. Santos Venancio, mr., y Félix de Cantalicio, conf.
 19 Dom. San Pedro Celestino, papa, y santa Pudenciana, virgen.
 20 Lun. San Bernardino de Sena, conf., y santos Baudilio y Alejandro, mártires.
 21 Mart. Santa María de Cervellón ó de Socors, virgen; san Valente, obispo y mr.; san Secundino, mr., y santos Hospicio, conf., y Segundo, presb. y mr.
 22 Miérc. Santa Rita de Casia, viuda, y santas Quiteria y Julia, vírgenes y mrs.
 23 Juev. La Aparición de Santiago, apóstol, y san Desiderio, obispo y mr.
 24 Vier. San Robustiano, mr., y la Traslación de santo Domingo de Guzmán.
 25 Sáb. San Gregorio VII, papa; san Urbano, papa y mr., y santa María Magdalena de Pazzis, virgen.—*Ayuno con abstinencia de carne*.
 26 Dom. PASCUA DE PENTECOSTÉS; San Felipe Neri, conf., fundador de la Congregación del Oratorio, y san Eleuterio, papa y mr.
 27 Lun. San Juan, papa y mr., y san Julio, soldado, mr.
 28 Mart. San Justo, obispo de Urgel, y los santos Germán y Senador, obispos.
 29 Miérc. San Maximino, ob., y san Restituto, mr.—*Témpora*.—*Ayuno*.
 30 Juev. San Fernando, rey de España; san Félix, papa y mr., y san Exuperancio, ob. y conf.—*Anima*.
 31 Vier. Nuestra Señora Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, y san Germán, mr.—*Témpora*.—*Ayuno*.



- 1 Sáb. San Segundo, ob. y mr.; san Iñigo, abad, y el beato Alonso, mr.—*Témpora.*—*Ayuno.*—*Ordenes.*—*Anima.*
- 2 Dom. La Santísima Trinidad; santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mrs., y San Juan de Ortega, presb.
- 3 Lun. San Isaac, mr., y el beato Juan Grande.
- 4 Mart. San Francisco Caracciolo, fundador, y santa Saturnina, virgen y mr.
- 5 Miérc. San Bonifacio, ob. y mr., y san Doroteo, presbítero y mr.
- 6 Juev. Sanctissimum Corpus Christi, y san Norberto, arz., fundador de la Orden Premonstratense.
- 7 Vier. San Pedro y compañeros, mrs., monjes de Córdoba.
- 8 Sáb. San Salustiano, conf., y san Eutropio, ob.
- 9 Dom. Santos Primo y Feliciano, hermanos, mrs. (*Procesión del Corpus.*)
- 10 Lun. Santa Margarita, reina de Escocia, y santos Crispulo y Restituto.
- 11 Mart. San Bernabé, apóstol; san Félix y san Fortunato.
- 12 Miérc. Santos Juan de Sahagún, Onofre, anacoreta, y Basilides, Cirino, Nabor y Nazario, mrs.
- 13 Juev. San Antonio de Padua, conf., y san Fandila, mártir en Córdoba.
- 14 Vier. El Sacratísimo Corazón de Jesús.
- 15 Sáb. Santos Vito y Modesto, y santa Benilde, mártires.

- 16 Dom. El Purísimo Corazón de María; san Juan Francisco Regis, y san Quirico, mrs.
- 17 Lun. San Manuel y compañeros, mrs.; santa Teresa, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.
- 18 Mart. Santos Marco y Marceliano; san Ciriaco y santa Paula, mrs.
- 19 Miérc. Santa Juliana de Falconeri, virgen, y santos Gervasio y Protasio, mrs.
- 20 Juev. San Silverio, papa y mr.; santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japón.
- 21 Vier. San Luis Gonzaga, conf.; san Raimundo, y san Terencio, obispos.
- 22 Sáb. San Paulino, ob., y san Acacio y compañeros, mrs.
- 23 Dom. San Juan, presb. y mr., y santa Agripina, virgen y mr.
- 24 Lun. La Natividad de san Juan Bautista.
- 25 Mart. San Guillermo, abad; san Eloy, ob., y santa Orosia, virgen y mr., patrona de Jaca.
- 26 Miérc. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mrs.
- 27 Juev. San Zoilo, mr., y san Ladislao, rey de Hungría.
- 28 Vier. San León II, papa, y san Argimiro, mr.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 29 Sáb. *Fiesta.* SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.
- 30 Dom. La Conmemoración del apóstol san Pablo, y san Marcial, ob.

- 1 Lun. Santos Casto y Secundino, mrs.
- 2 Mart. La Visitación de Nuestra Señora; santos Proceso y Martiniano, mrs.
- 3 Miérc. San Trifón y el beato Raimundo Lulio, mrs.
- 4 Juev. San Laureano, ob. y mr., y el beato Gaspar Bono.
- 5 Vier. Santos Cirilo y Metodio, obispos; san Miguel de los Santos, y santa Zoa, mr.
- 6 Sáb. Santa Lucía, mr., y san Rómulo, ob. y mr.
- 7 Dom. La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo; san Fermín, obispo y mr.; san Odón, ob., y san Lorenzo de Brindis, conf.
- 8 Lun. Santa Isabel, reina de Portugal, y los santos Aquila y Priscila, su mujer.
- 9 Mart. Santos Cirilo, Zenón y Alejandro, mrs.
- 10 Miérc. Santa Amalia ó Amelia, virgen, y santa Rufina.
- 11 Juev. San Pío I, papa y mr., y santa Verónica de Julianis.
- 12 Vier. Santos Juan Gualberto, abad; Nabor y Félix, mrs.
- 13 Sáb. San Anacleto, papa y mr., y los santos Silas y Serapión, mr.
- 14 Dom. San Buenaventura, ob. y doctor, y san Ciro, obispo de Cartago.
- 15 Lun. San Camilo de Lelis, fundador de los Agonizantes, y san Enrique, emperador.
- 16 Mart. Nuestra Señora del Carmen, el Triunfo de la Santa Cruz, y san Sisenando, diácono.
- 17 Miérc. San Alejo, conf., y san León IV, papa y conf.
- 18 Juev. Santa Sintorosa y sus siete hijos, y san Federico y santa Marina, mrs.
- 19 Vier. San Vicente de Paúl, fundador de las Hijas de la Caridad.
- 20 Sáb. San Elías, prof., y san Jerónimo Emiliano, fundador.
- 21 Dom. Santa Práxedes, virgen; san Victor y san Alejandro, mrs.
- 22 Lun. Santa María Magdalena, penitente, y san Teófilo, mr.
- 23 Mart. San Apolinar, ob. y mr., y los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mrs.
- 24 Miérc. Santa Cristina, virgen y mr., y san Francisco Solano, conf.—Ayuno.
- 25 Juev. Santiago, apóstol, patrón de España, y san Teodomiro, mr.
- 26 Vier. Santa Ana, madre de la Santísima Virgen María, y san Simeón, monje.
- 27 Sáb. Santos Pantaleón y Cucufate, y santa Juliana, mrs.
- 28 Dom. Santos Nazario, Celso y Victor, papa, mrs.
- 29 Lun. Santa Marta, virgen, y los santos Félix II, papa; Simplicio y Faustino, mrs.
- 30 Mart. Santos Abdón, Senén y Rufino, mrs., y san Teodomiro, ob.
- 31 Miérc. San Ignacio de Loyola, conf., fundador de la Compañía de Jesús.



Julio



- | | |
|--|--|
| <p>1 Juev. San Pedro Advíncula, y San Félix, mártir de África.
 2 Vier. Nuestra Señora de los Angeles; san Alfonso Maria de Ligorio, y san Pedro, obispo de Osma.—<i>Jubileo de la Porciúncula.</i>
 3 Sáb. La Invencción del cuerpo de San Esteban, protomártir.
 4 Dom. Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de Predicadores.
 5 Lun. Nuestra Señora de las Nieves, y san Abel ó Abelardo, abad.
 6 Mart. La Transfiguración del Señor, y santos Justo y Pastor, mártires.
 7 Miérc. San Cayetano, fundador de los Teatinos, y san Alberto de Sicilia, conf.
 8 Juev. Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo, mrs.
 9 Vier. San Román, mr., y los santos Firmo y Rústico, mrs.
 10 Sáb. San Lorenzo, diácono, y santa Filomena, virgen, mrs.
 11 Dom. San Tiburcio y santa Susana, virgen, mrs.
 12 Lun. Santa Clara de Asís, virgen, fundadora de las Clarisas.
 13 Mart. Santos Hipólito y Casiano, y santas Centola y Elena, mártires.
 14 Miérc. San Eusebio, presb., y san Pablo.—<i>Ayuno con abstinencia de carne.</i>
 15 Juev. <i>Fiesta.</i> LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, y san Alipio, ob.
 16 Vier. Santos Roque y Jacinto, confesores.
 17 Sáb. San Pablo y santa Juliana, hermanos, mrs.</p> | <p>18 Dom. San Joaquín, padre de Nuestra Señora; san Agapito, mr., y santa Elena, emperatriz.
 19 Lun. San Luis, ob., y el beato Pedro de Zúñiga, mr.
 20 Mart. San Bernardo, abad y doctor; san Samuel, profeta, y san Leovigildo, mr.
 21 Miérc. Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadora, y San Filiberto.
 22 Juev. Santos Timoteo, Hipólito, ob.; Sinforiano, Fabriciano, Filiberto y Mauro, mrs.
 23 Vier. San Felipe Benicio, conf.; santos Cristóbal, Restituto, Donato y Valeriano, mrs.
 24 Sáb. San Bartolomé, apóstol, y san Patricio, abad de Nevers.
 25 Dom. San Luis, rey de Francia, y santos Ginés de Arlés, Julián y Magín, mrs.
 26 Lun. Santos Ceferino, papa, y Victor, presb., mrs.
 27 Mart. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías, y san Rufo, ob.
 28 Miérc. San Agustín, ob. y doctor; san Hermes y San Pelayo, mártires.
 29 Juev. La Degollación de San Juan Bautista, y santas Sabina y Cándida, mrs.
 30 Vier. Santa Rosa de Lima, virgen, y santos Félix y Aducto, mártires.
 31 Sáb. San Ramón Nonnato, cardenal, y santo Domingo de Val, niño mr.</p> |
|--|--|



SEPTIEMBRE

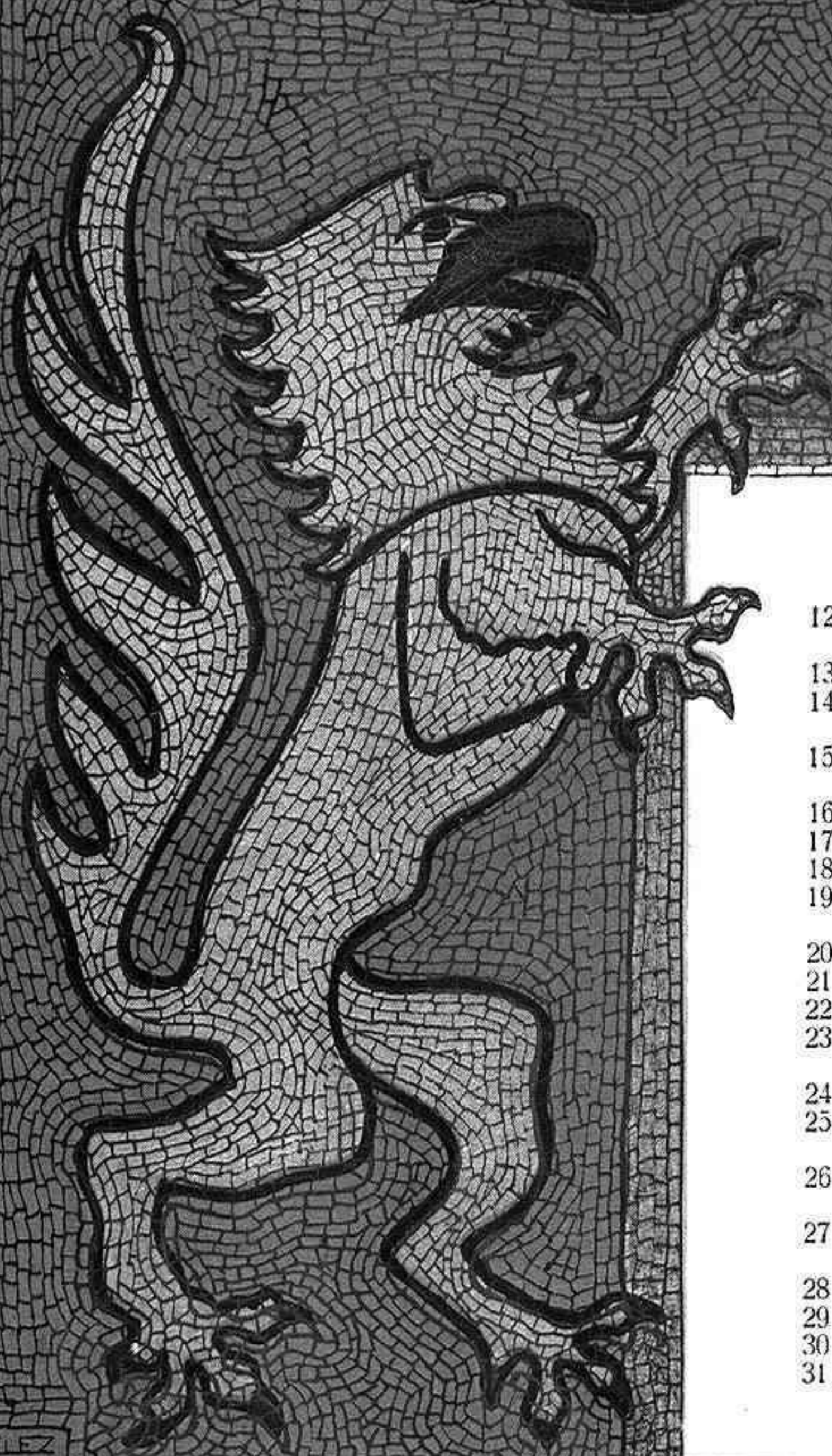
- | | |
|--|---|
| <p>1 Dom. Nuestra Señora de la Consolación y Correa; san Gil, abad, y santa Ana, profetisa.
 2 Lun. San Esteban y san Antolín, mrs.
 3 Mart. Santa Serapia, virgen, y santa Sabina, viuda, mrs.
 4 Miérc. Santas Cándida, Rosa y Rosalía; san Moisés, profeta, y san Marcelo, ob. y mr.
 5 Juev. San Lorenzo Justiniano, ob. y conf., y santa Obdulia, virgen.
 6 Vier. San Eugenio y compañeros, mrs.
 7 Sáb. Santa Regina, virgen y mr., y san Pánfilo, ob.
 8 Dom. La Natividad de Nuestra Señora, santos Timoteo y Adrián, mrs.
 9 Lun. San Gregorio, conf., y Santa María de la Cabeza, esposa de san Isidro Labrador.
 10 Mart. San Nicolás de Tolentino, conf., y santa Pulqueria, emperatriz.
 11 Miérc. Santos Proto y Jacinto, hermanos, mrs.
 12 Juev. Santos Leocio y compañeros, mrs., y san Vicente abad.
 13 Vier. San Felipe, mr., y san Eulogio, ob.
 14 Sáb. La Exaltación de la Santa Cruz, y san Cornelio, papa y mártir.
 15 Dom. El Dulce Nombre de María, los Dolores Gloriosos de Nuestra Señora, y san Nicomedes, mr.</p> | <p>16 Lun. San Cornelio, san Cipriano y sta. Lucía.
 17 Mart. San Pedro de Arbués, mr., y santa Columba, virgen y mártir.
 18 Miérc. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia. — <i>Témpora.</i>— <i>Ayuno.</i>
 19 Juev. San Jenaro, ob. y mr., y el beato Alonso de Orozco.
 20 Vier. San Eustaquio y compañeros, mrs., y san Gilcerio, ob. y confesor. — <i>Témpora.</i>— <i>Ayuno.</i>
 21 Sáb. San Mateo, apóstol y evangelista, y san Jonás, profeta. — <i>Témpora.</i>— <i>Ayuno.</i>— <i>Órdenes.</i>
 22 Dom. San Mauricio y compañeros mrs., y san Florencio y Santino, obispos.
 23 Lun. San Lino, papa, y santa Tecla, virgen, mrs.
 24 Mart. Nuestra Señora de las Mercedes, y san Gerardo, ob. y mártir.
 25 Miérc. San Lope, ob., y san Formerio, mr.
 26 Juev. San Cipriano y santa Justina, virgen, mrs.
 27 Vier. Santos Cosme y Damián, hermanos médicos, mrs.
 28 Sáb. Santos Wenceslao, Privato y Máximo, mrs., y santa Eustaquia, virgen.
 29 Dom. La Dedicación del Arcángel san Miguel, y santa Gude-
 lia, mr.
 30 Lun. San Jerónimo, presb. y doctor; san Gregorio, ob., y
 santa Sofia, viuda.</p> |
|--|---|



- 1 Mart. El santo Angel de la Guarda; san Remigio, ob. y confesor; santos Verísimo y Crescente, mrs., y san Severo, presb.
- 2 Miérc. Los santos Angeles Custodios; san Olegario, obispo y mr.; san Saturio y santo Tomás, ob.
- 3 Juev. Santos Cándido y Dionisio, mrs.; san Maximiano, obispo, y san Gerardo, abad.
- 4 Vier. San Francisco de Asis, fundador de la Orden de los Menores; santa Aurea, virgen, y santos Pedro, Marco y Marciano, mrs.
- 5 Sáb. San Plácido y compañeros, mrs.; santos Froilán, Atilano y Apolinar, obispos.
- 6 Dom. Nuestra Señora del Rosario; san Bruno, fundador de los Cartujos; san Román, ob., y santa Fe, mártir.
- 7 Lun. San Marcos, papa; santos Sergio, Baco y Marcelo, mártires, y santas Julia y Justina, virgenes.
- 8 Mart. Santa Brígida, viuda y fundadora; santa Pelagia, penitente, y santos Demetrio, Nestor y Pedro, mártires.
- 9 Miérc. San Dionisio Areopagita, ob., y santos Rústico y Eleuterio, mrs.
- 10 Juev. San Francisco de Borja, duque de Gandía; san Paulino, ob.; san Luis Beltrán, conf., y Nuestra Señora del Remedio.
- 11 Vier. San Fermín y san Nicasio, obispos, y san Germán, obispo y mr.



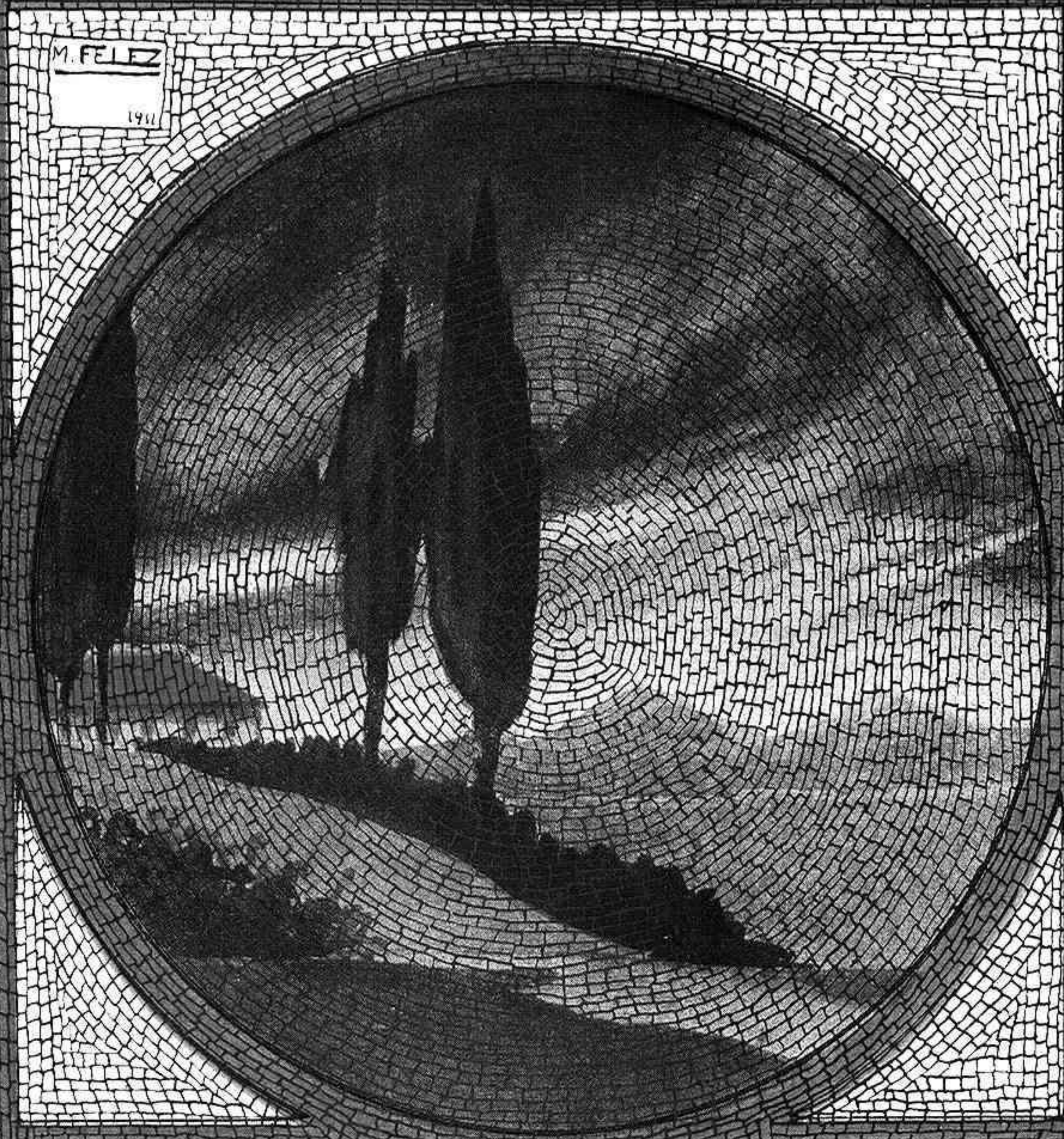
OTUKKE



- 12 Sáb. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y san Eustaquio, presb. y confesor.
- 13 Dom. San Eduardo, rey de Inglaterra, y san Venancio, abad y conf.
- 14 Lun. San Calixto, papa y mr.; san Gaudencio, ob. y mr., y santa Fortunata, virgen y mr.
- 15 Mart. Santa Teresa de Jesús, virgen y fundadora de las Carmelitas Descalzas, y santa Aurelia, virgen.
- 16 Miérc. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.
- 17 Juev. Santa Eduvigis, viuda, y la beata Maria de Alacoque.
- 18 Vier. San Lucas, evangelista, y san Justo, mr.
- 19 Sáb. San Pedro de Alcántara, conf., patrón de Coria, y santa Pelagia, virgen y mr.
- 20 Dom. San Juan Cancio, presb., y santa Irene, virgen y mr.
- 21 Lun. San Hilarión, abad, y santa Ursula y compañeros, mrs.
- 22 Mart. Santa Salomé, viuda, y las santas Nunilo y Alodia, virgen, mrs.
- 23 Miérc. San Pedro Pascual, ob. y mr.; san Juan Capistrano, y san Servando y Germán, mrs.
- 24 Juev. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvó, ob.
- 25 Vier. San Crisanto y santa Daria; santos Crispin y Crispiniano, todos mártires.
- 26 Sáb. San Evaristo, papa y mr., y santos Luciano, Marciano y Valentín, mártires.
- 27 Dom. San Vicente y santas Sabina y Cristeta, hermanos, mrs., y san Florencio, mr.
- 28 Lun. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles, y san Fidel, mr.
- 29 Mart. San Narciso, ob., y san Marcelo, centurión, mr.
- 30 Miérc. Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victórico, mrs.
- 31 Juev. San Quintín, mr., y la Conmemoración de la batalla del Salado.—
Ayuno.

M. PELEZ

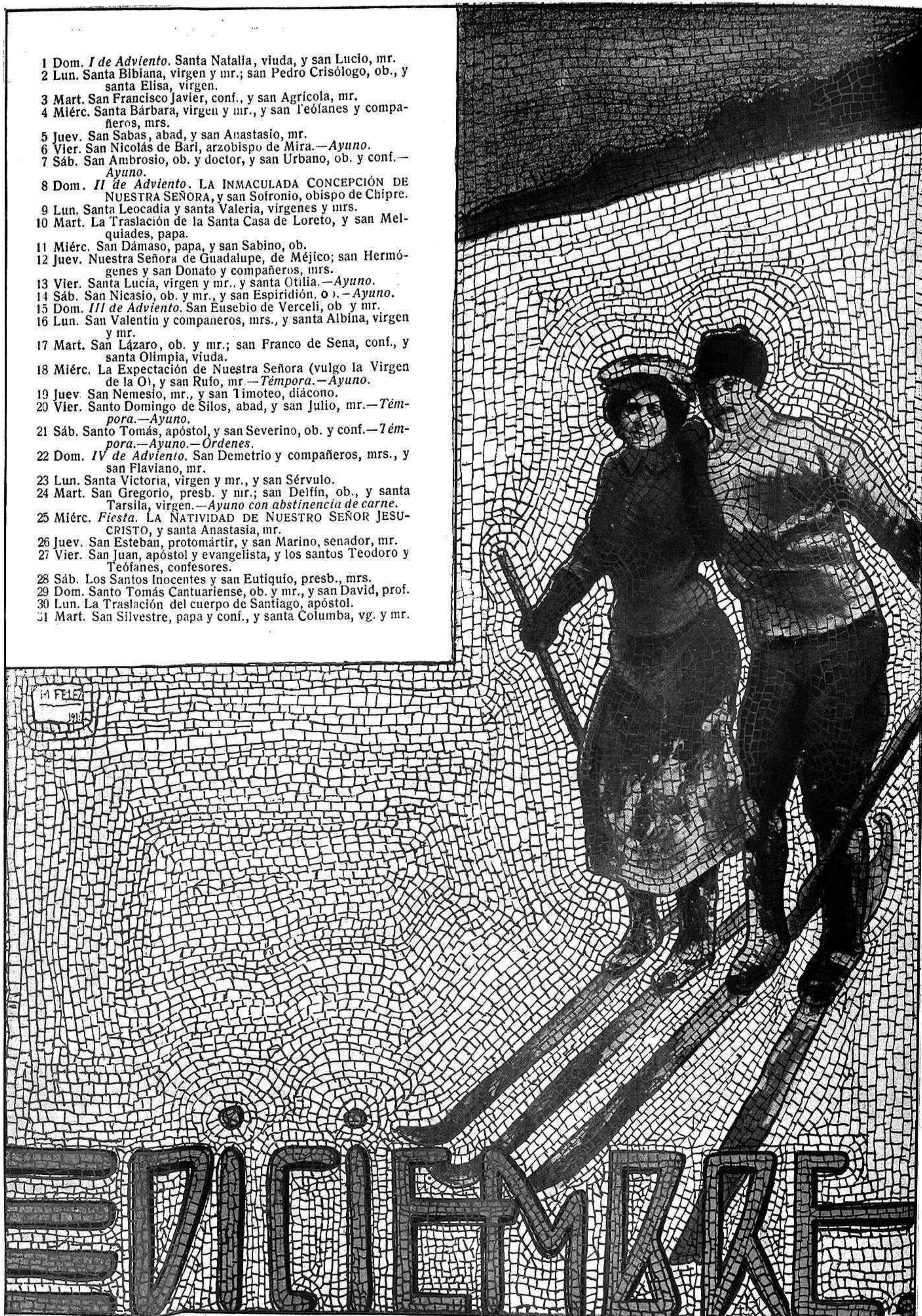
M. FELIZ
1944



Y
V
I
N
A
M
A
B
L
E

- 1 Vier. *Fiesta*. LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.
- 2 Sáb. La Conmemoración de los Fieles Difuntos, y santa Eustoquia, virgen y mr.
- 3 Dom. Los Innumerables Mártires de Zaragoza, y san Armengol ó Ermengol, ob.
- 4 Lun. San Carlos Borromeo, arz., y san Vidal, mr.
- 5 Mart. San Zacarías, profeta, y santa Isabel, padres de San Juan Bautista.
- 6 Miérc. San Severo, ob. y mr., y san Leonardo, conf.
- 7 Juev. San Florencio, ob., y san Ernesto, abad.
- 8 Vier. Santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mrs.
- 9 Sáb. La Dedicación de la Basilica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma, y san Teodoro, mr.
- 10 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, san Andrés Avelino y los santos mártires Trifón, Respicio y Ninfa, virgen.
- 11 Lun. San Martín, ob., y san Mena, mr.
- 12 Mart. San Martín, papa y mr.; san Diego de Alcalá y san Millán, presb.
- 13 Miérc. San Eugenio III, y San Homobono, conf.
- 14 Juev. San Serapio, mr., y santos Lorenzo y Rufo, obispos.
- 15 Vier. San Leopoldo, conf., y san Eugenio I, arzobispo de Toledo.
- 16 Sáb. San Rufino y compañeros, mrs., y Santa Inés de Asis, virgen.
- 17 Dom. San Gregorio Taumaturgo, ob.; san Acisclo y santa Victoria, mrs., y santa Gertrudis la Magna, virgen.
- 18 Lun. La Dedicación de la Basilica de san Pedro y san Pablo, en Roma, y san Máximo.
- 19 Mart. Santa Isabel, princesa de Hungría, y san Ponciano, papa.
- 20 Miérc. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad, y san Edmundo, rey de Inglaterra, mr.
- 21 Juev. La Presentación de Nuestra Señora, y los santos Rufo, ob. y conf., y Esteban, mr.
- 22 Vier. Santa Cecilia, virgen y mr., y los santos Marco y Esteban, mrs.
- 23 Sáb. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mrs.
- 24 Dom. San Juan de la Cruz, y san Crisógono, mr.
- 25 Lun. Santa Catalina, virgen y mr., y san Moisés, presb. y mr.
- 26 Mart. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandrino, ob. y mr.
- 27 Miérc. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mrs.
- 28 Juev. San Gregorio III, papa, y san Esteban, el Mozo, mr.
- 29 Vier. San Saturnino, ob. y mr., y santa Iluminada, virgen.
- 30 Sáb. San Andrés, apóstol, y san Cástulo, mr.—*Ciérranse las velaciones.*

- 1 Dom. *I de Adviento*. Santa Natalla, viuda, y san Lucio, mr.
- 2 Lun. Santa Bibiana, virgen y mr.; san Pedro Crisólogo, ob., y santa Elisa, virgen.
- 3 Mart. San Francisco Javier, conf., y san Agrícola, mr.
- 4 Miérc. Santa Bárbara, virgen y mr., y san Teófanos y compañeros, mrs.
- 5 Juev. San Sabas, abad, y san Anastasio, mr.
- 6 Vier. San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira. — *Ayuno*.
- 7 Sáb. San Ambrosio, ob. y doctor, y san Urbano, ob. y conf. — *Ayuno*.
- 8 Dom. *II de Adviento*. LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, y san Sofronio, obispo de Chipre.
- 9 Lun. Santa Leocadia y santa Valeria, virgenes y mrs.
- 10 Mart. La Traslación de la Santa Casa de Loreto, y san Melquiades, papa.
- 11 Miérc. San Dámaso, papa, y san Sabino, ob.
- 12 Juev. Nuestra Señora de Guadalupe, de Méjico; san Hermógenes y san Donato y compañeros, mrs.
- 13 Vier. Santa Lucía, virgen y mr., y santa Otilia. — *Ayuno*.
- 14 Sáb. San Nicasio, ob. y mr., y san Espiridión, o. — *Ayuno*.
- 15 Dom. *III de Adviento*. San Eusebio de Verceli, ob. y mr.
- 16 Lun. San Valentín y compañeros, mrs., y santa Albina, virgen y mr.
- 17 Mart. San Lázaro, ob. y mr.; san Franco de Sena, conf., y santa Olimpia, viuda.
- 18 Miérc. La Expectación de Nuestra Señora (vulgo la Virgen de la O), y san Rufo, mr. — *Témpora*. — *Ayuno*.
- 19 Juev. San Nemesio, mr., y san Timoteo, diácono.
- 20 Vier. Santo Domingo de Silos, abad, y san Julio, mr. — *Témpora*. — *Ayuno*.
- 21 Sáb. Santo Tomás, apóstol, y san Severino, ob. y conf. — *Témpora*. — *Ayuno*. — *Ordenes*.
- 22 Dom. *IV de Adviento*. San Demetrio y compañeros, mrs., y san Flaviano, mr.
- 23 Lun. Santa Victoria, virgen y mr., y san Sérvulo.
- 24 Mart. San Gregorio, presb. y mr.; san Delfín, ob., y santa Tarsila, virgen. — *Ayuno con abstinencia de carne*.
- 25 Miérc. *Fiesta*. LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia, mr.
- 26 Juev. San Esteban, protomártir, y san Marino, senador, mr.
- 27 Vier. San Juan, apóstol y evangelista, y los santos Teodoro y Teófanos, confesores.
- 28 Sáb. Los Santos Inocentes y san Eutiquio, presb., mrs.
- 29 Dom. Santo Tomás Cantuariense, ob. y mr., y san David, prof.
- 30 Lun. La Traslación del cuerpo de Santiago, apóstol.
- 31 Mart. San Silvestre, papa y conf., y santa Columba, vg. y mr.

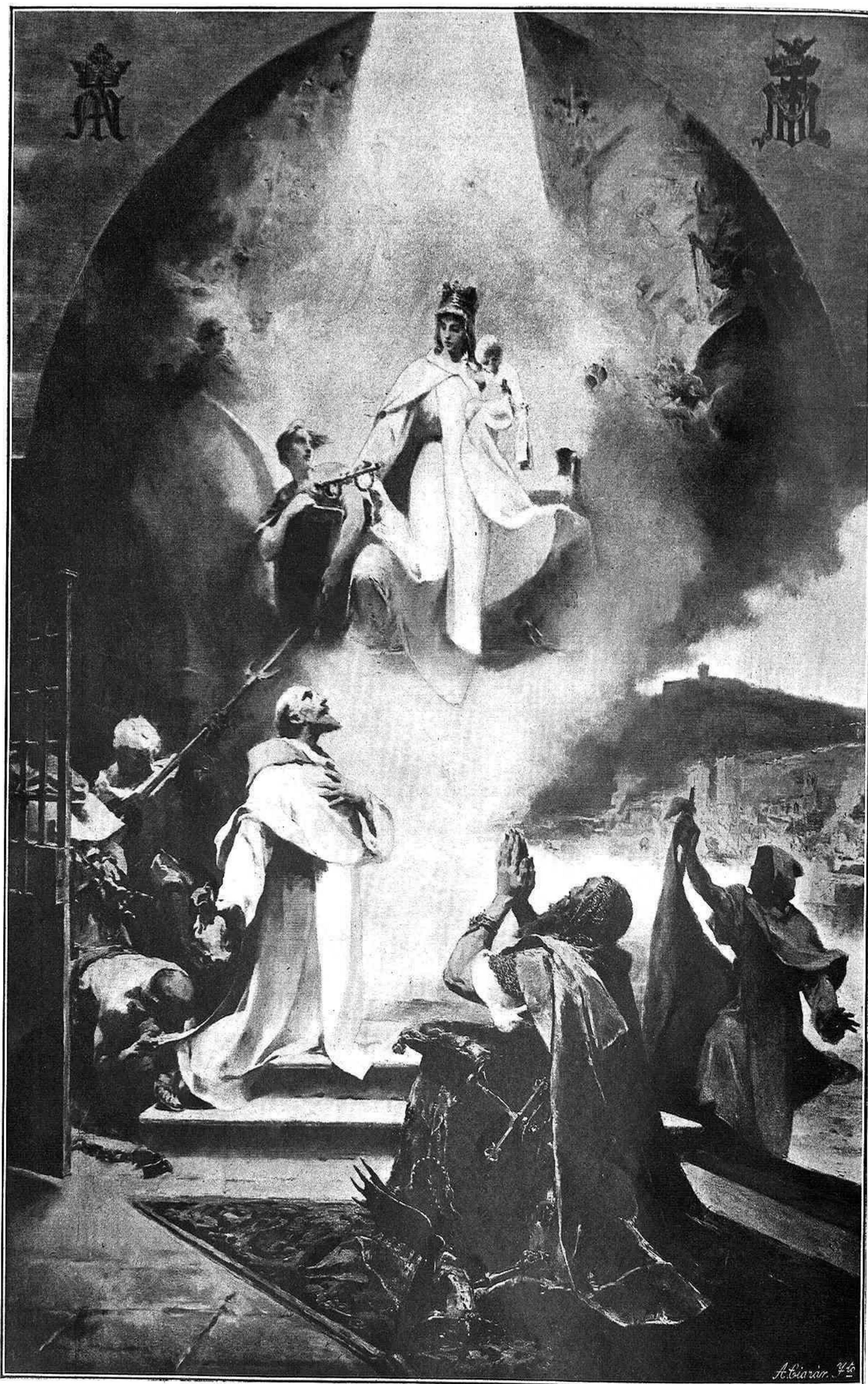




FLORES

Cuadro de Maximino Peña.

Fot.ª de Moreno.



APARICIÓN DE LA VIRGEN DE LAS MERCEDES
À SAN PEDRO NOLASCO

Cuadro de Alejandro Ferrant.

Fot.® de Moreno.

El espectro de los cometas.

CÓMO SE HA AVERIGUADO LA COMPOSICIÓN QUÍMICA Y LA CONSTITUCIÓN FÍSICA DE ESTOS ASTROS ==

Los cometas aparecen en el firmamento con mucha mayor frecuencia de lo que generalmente se cree. Ya el famoso Kepler, en el siglo XVII, á pesar de los deficientes medios de observación que entonces poseían los astrónomos, pudo decir «que los cometas en el cielo eran más numerosos que los peces en el mar»; y en los tiempos actuales, el Dr. Kleiber, mediante consideraciones teóricas muy ingeniosas, ha deducido que el promedio del número de cometas siempre existentes dentro de los límites de nuestro sistema solar no baja de 6.000.

Pero ocurre que la inmensa mayoría de estos extraños cuerpos celestes no son perceptibles á simple vista ó su aparición es muy fugaz, y, por lo tanto, escapan á la observación de la mayor parte de las gentes. Mas cuando algún cometa por su brillantez se distingue bien en el cielo á simple vista constituye uno de los espectáculos más interesantes y que más han impresionado á la Humanidad desde los tiempos más remotos.

Los astrónomos han llegado á determinar los elementos de la órbita de algunos de ellos, y, por consiguiente, á conocer el camino que siguen en el espacio, pudiendo así predecir las fechas de sus apariciones; pero lo más difícil es averiguar la constitución de estos astros y la naturaleza de los materiales que los forman.

La simple observación de los cometas muestra que estos cuerpos celestes presentan un núcleo ó cabeza y un extenso penacho menos brillante que, cuando el cometa se aproxima hacia el Sol, va detrás del núcleo formando cola, y cuando el astro se separa del Sol va precediendo á dicho núcleo; es decir, que el tal penacho parece como repelido siempre por el centro de nuestro sistema planetario.

Esto se aprecia muy bien en las fotografías que actualmente se toman de los cometas más importantes, mientras éstos se hallan al alcance de los instrumentos apropiados que emplean los astrónomos.

También ha podido observarse que la cola ó cabellera debe estar constituida por materia en un grado extremo de tenuidad, pues á su través se distinguen perfectamente las estrellas sin que apenas se note disminución en su brillo. Se puede además advertir, tanto por la observación directa como por

el examen de fotografías sucesivas de un mismo cometa, que el núcleo de éstos está frecuentemente sometido á transformaciones violentas que suponen convulsiones tremendas de la materia que forma dicho núcleo, con proyecciones de parte de esa misma materia hacia la cola ó cabellera, es decir, hacia el lado opuesto al Sol.

Pero ¿qué clase de materia es la que constituye los núcleos cometarios? ¿Está formada por elementos químicos como los que se encuentran acá en la Tierra ó por cuerpos que aquí son desconocidos? Este problema no hubiera podido resolverse nunca, muy probablemente, sin la ayuda del análisis espectral.

Consiste éste, en su esencia, en descomponer, por medio de un prisma, un haz de rayos luminosos procedente del cuerpo que se quiere observar. El haz de rayos así descompuesto produce una banda llamada espectro, que, generalmente, presenta secciones diversamente coloreadas. Por ejemplo, el espectro de la luz solar da los siete colores que se ven en el arco iris.

Ahora bien, estos espectros luminosos varían mucho, según la naturaleza del cuerpo que emite la luz, esto es, según sean sólidos incandescentes ó gases ó vapores que se quemen, y también, conforme á los elementos químicos que entren en función. De suerte que, estudiando un espectro obtenido descomponiendo un haz de rayos luminosos se puede venir en conocimiento de la constitución química del cuerpo productor de la luz y aun del estado físico del mismo.

Así es cómo pueden los astrónomos y los físicos, desde nuestro modestísimo planeta, averiguar la composición química y la constitución física de un astro, aunque se halle separado de nosotros millones y millones de leguas, con tal que los rayos luminosos emanados de ese astro lleguen al espectroscopio, que es el aparato con el cual se obtienen y se observan los espectros resultantes de la descomposición de dichos rayos.

De forma que con el espectroscopio los sabios interrogan á los astros y éstos responden sin mentir. La ciencia, pues, ha echado abajo la conocida frase del *mentir de las estrellas*.

* * *

Veamos ahora qué resultados han sido obtenidos al aplicar á los cometas el análisis espectral. Claro es que el procedimiento sólo puede aplicarse á aquellos de estos astros que tengan brillo suficiente para dar un espectro observable en buenas condiciones de precisión, y, por consiguiente, son relativamente pocos los sometidos hasta el presente al estudio espectroscópico; pero, de todos modos, han

sido los bastantes para adquirir datos muy interesantes respecto á la constitución de estos astros.

Las primeras observaciones espectroscópicas cometarias fueron hechas por el célebre astrónomo Donati estudiando el gran cometa de 1864, cuya luz se descompone dando un espectro en el que aparecen una raya amarilla, otra verde y otra azul. Algunos años después se vió que tal espectro corresponde al que producen los hidrocarburos. Así, pues, en el gran cometa de 1864, observado por Donati, debían abundar estos compuestos de hidrógeno y carbono.

El cometa Coggia, que brilló en el firmamento en el año 1874, presentó el espectro de los hidrocarburos superpuesto á un espectro continuo, lo cual demostraba que su masa tenía una constitución más compleja que la del estudiado por Donati.

El espectro del gran cometa de 1882 mostró primero las rayas correspondientes á los hidrocarburos, pero conforme el astro se iba aproximando hacia el Sol, dichas rayas iban siendo sustituidas por las que corresponden al sodio y al hierro.

En todas estas observaciones espectroscópicas se había empleado el espectroscopio llamado de ranura porque el haz luminoso que se estudia se aísla por medio de una abertura larga y estrecha. Este espectroscopio da tantas imágenes consecutivas de la ranura como colores diferentes contenga la luz cometaria. Pero, en 1902, un astrónomo francés, el conde A. de la Baume-Pluvinel, tuvo la idea de sustituir dicho espectroscopio de ranura por el de prisma objetivo que produce espectros más brillantes y que da una serie de imágenes monocromáticas completas de todo el cometa, es decir, del conjunto formado por el núcleo y la cola.

Por este procedimiento el astrónomo citado, en compañía de Quenisset y de Baldet, tomó veintiocho fotografías del cometa Morehouse en los últimos meses del año 1908, empleando en la exposición necesaria para la obtención de los veintiocho clichés una duración total de setenta y tres horas. El mencionado cometa, aunque poco brillante á simple vista, daba rayos muy actínicos para las placas fotográficas, y, por lo tanto, las pruebas obtenidas fueron muy claras.

Los sabios referidos pudieron observar que el espectro del cometa Morehouse no era, en modo alguno, el espectro de rayas correspondiente á los hidrocarburos, sino otro especial de bandas y completamente desconocido.

El primer objetivo daba cuatro imágenes intensas, cada una de ellas formada de un doblete acompañado de otros menos intensos; dando, en conjunto, once dobletes de bastante intensidad y diez más débiles intercalados entre los primeros.

Para descifrar la significación de este espectro, los experimentadores hicieron muchas investigaciones en el laboratorio, consiguiendo, al fin, reproducir un espectro análogo sometiendo á la descarga eléctrica el gas óxido de carbono á baja presión y contenido en un tubo en condiciones apropiadas. Por este resultado pudo deducirse que, según lo que muestra el análisis espectral, el cometa Morehouse contiene óxido de carbono.

Pero además pudo apreciarse que la composición química no era idéntica en las diferentes regiones del cometa. En la cola y en el núcleo se comprobó la existencia de nitrógeno y del referido óxido de carbono, y se advirtió que en el núcleo existía también el gas cianógeno, del cual no se descubrió rastro alguno en la cola.

Este último hecho es muy curioso. Para explicar que el cianógeno, que forma parte integrante de la constitución del núcleo cometario, no exista en la cola, es preciso admitir que esto sea resultado de las continuas explosiones ó violentos cataclismos que en el núcleo se verifican con gran frecuencia, como al principio queda indicado. Muy probablemente, durante los referidos cataclismos, se producen descargas eléctricas intensas que producen la disociación del cianógeno en los dos elementos que lo constituyen, á saber: carbono y nitrógeno; el carbono queda en el núcleo y el nitrógeno es expulsado hacia la cola por las fuerzas eléctricas y por la presión de la radiación luminosa solar; pues, como ya se ha dicho, la cola ó cabellera de los cometas siempre ocupa el lado opuesto al Sol.

Los astrónomos A. de la Baume-Pluvinel, Quenisset y Baldet han dado también la explicación respecto al caso curiosísimo presentado por el cometa de 1882, que, según se ha mencionado más arriba, presentaba primero un espectro idéntico al de los hidrocarburos, y después, conforme se iba acercando al Sol, dicho espectro se fué cambiando por el correspondiente al de los metales sodio y hierro. Cuando el cometa se aproxima suficientemente al Sol, la temperatura en la masa cometaria se eleva, hasta el punto de que los referidos metales se volatilizan, y entonces aparece su espectro y el de los hidrocarburos deja de observarse. Los sabios mencionados han visto que el mismo hecho puede apreciarse en el laboratorio operando con tubos que contengan á la vez sodio y un hidrocarburo. El valón de sodio ionizado interviene solamente en el transporte de las descargas eléctricas, pero al mismo tiempo marca su presencia en el espectro obtenido.

El espectro continuo que algunos cometas presentan, y al cual se superpone el correspondiente á los hidrocarburos, es debido á la presencia de partículas sólidas en la masa cometaria. Estas partícu-

las sólidas pueden estar en estado incandescente y despedir, por lo tanto, luz propia, ó pueden simplemente reflejar la luz recibida del Sol. En ambos casos producirán espectro continuo.

Debe hacerse constar que hay cometas que presentan dicho espectro continuo, no sólo en el núcleo, sino en la cola. Tal ha sido el caso del brillantísimo cometa observado desde Johannesburgo á principios de 1910. Es un hecho muy curioso y que demuestra que en la cola de aquel astro abundaban materias sólidas, aun cuando estuvieran formando polvo muy tenue.

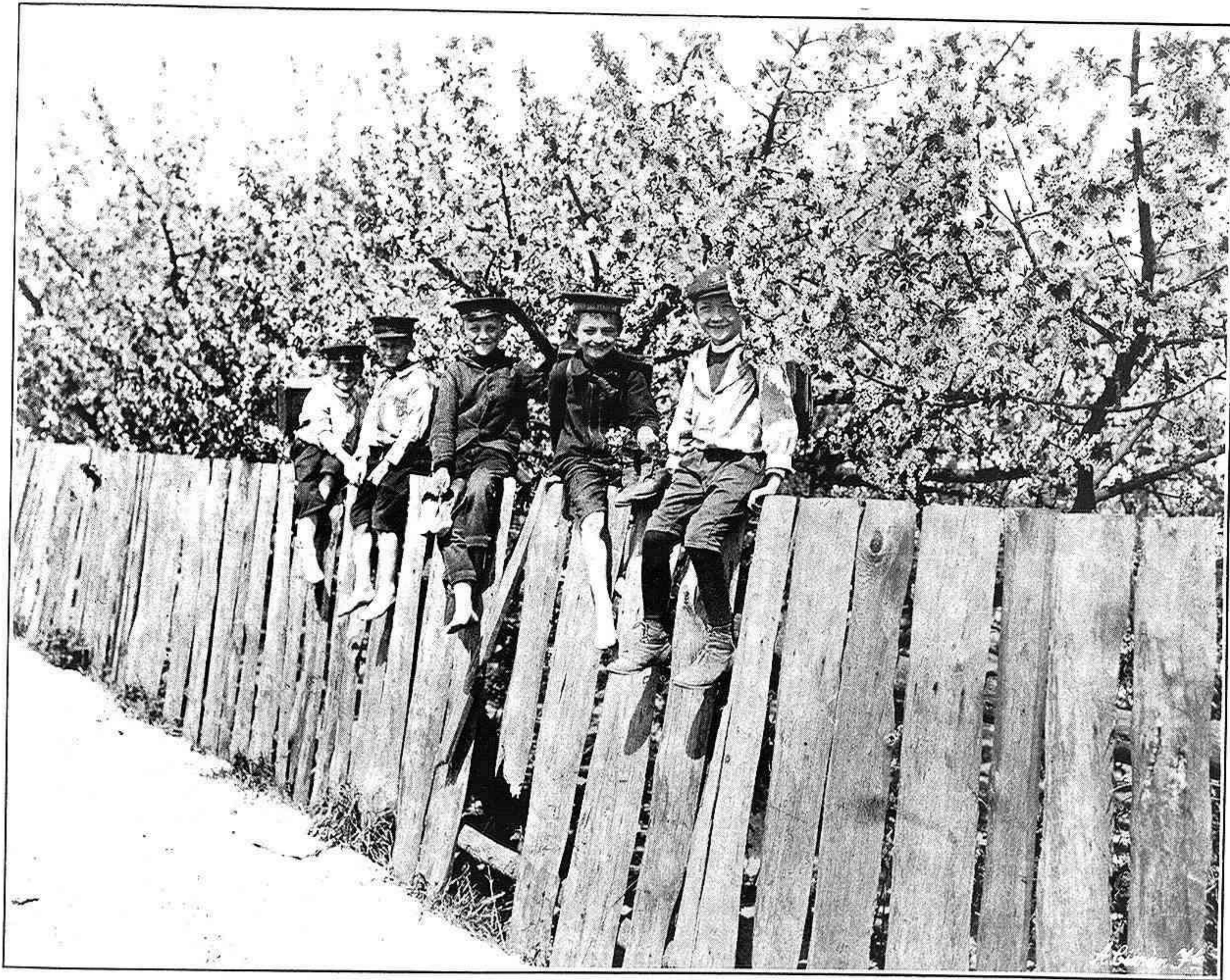
En resumen: los resultados del análisis espectral aplicado á los cometas demuestra que la constitución de estos astros es bastante variable de unos á otros.

Hay cometas que están formados principalmente de partículas sólidas, como el Holmes y el de Johannesburgo; otros son esencialmente gaseosos, ya

constituídos por hidrocarburos, cual el de Donati, ya por óxido de carbono, cianógeno y nitrógeno, como el de Morehouse. Existen, en fin, cometas que contienen á la vez sustancias sólidas y sustancias gaseosas, y entre ellos debe mencionarse el de Coggia de 1874.

Maravilloso parece que se haya podido llegar á conocer estos detalles respecto á cometas tan lejanos y que tan fugaces cruzan por el firmamento. Aun quedan, sin embargo, por resolver muchísimos problemas relativos á la constitución de esos astros; pero no es dudoso que, progresando como progresan los medios de observación de que la ciencia va disponiendo, irá de año en año enriqueciéndose la Astronomía física con nuevos datos que esclarezcan nuestros conocimientos, referentes, no sólo á los cometas, sino á todos los orbes que pueblan el espacio.

VICENTE VERA.



HACIENDO NOVILOS

Fot.^{ta} de Haeckel.



AL BORDE DEL PRECIPICIO

Cuadro de Alejandro Seiquer.

Fot.® de Lacoste.

LAS SETAS

PRINCIPIABA yo á almorzar en la terraza del Club Náutico de Bilbao, cuando se me sentó en frente Joshemary todo indignado.

—¿Qué te ocurre?

—¿Qué quieres que me ocurra? Lo de siempre; yo siempre llego tarde. Que se han acabado los berrechicos y no venía á almorzar aquí más que por eso.

—No te apures, hombre, que ya se arreglará. Yo tengo pedida una ración, que era la última, y los compartiremos.

—Bueno. Pues para indemnizarte, el café y los cigarros corren de mi cuenta.

—Hecho. ¡Casa! Un cubierto á D. José María.

Ya estoy oyendo á más de un lector que me pregunta:

—Dígame usted, y eso de berrechicos, ¿con qué se come? Pido que se me explique inmediatamente la palabra.

Pues eso, señor mío, se come con tenedor, y es el nombre con que se conoce una clase de setas del país—de Orduña, especialmente—pequeñitas, finas y sabrosas, sólo comparables á las que brotan al pie de los cardos silvestres en los páramos y barbechos de tierra de Burgos, y que preparadas sencillamente al horno... riase usted de los tan cacareados *cèpes* bordeleses y compadezca usted á Brillat-Savarin, que tuvo la desgracia de ignorar tan raro y exquisito bocado.

Y volviendo á mi cuento:

—Á propósito de setas—exclamó Joshemary,—¿te acuerdas del *Doble*?

—¿El *Doble*? No caigo.

—Sí, hombre, en el Colegio de San Luis Gonzaga. De niños, pues.

—Nada, que no caigo. Ayer fué la fecha.

—Lerdo. Cebollar.

—¿Cebollar? ¡Mi maldita memoria! Es que ese Cebollar debía de caer muy arriba en la lista. Lo que es de los otros, de los de nuestra fila, verás que no se me ha ido uno. Larrazabal y Ochoa, Lazcoiti y Arambarri, López Orúe, Lasala y Santamaría, mi paisano, Menchacatorre y Saracibar, Olano y Goyri. Tú delante de mí, Larrea y Cebrián... Aguarda, Cebrián... Ce... Ce... Ya caí. Cebollar y Martínez.

—Que te quemas. Ese era su primo, primo del *Doble*.

—¡Ah! ya. El *Doble*, claro. Cebollar y Cebollar, hombre, Cebollar y Cebollar (Anastasio).

—El mismísimo.

—Si me parece que le estoy viendo. Recio y colo-

radote, bueno en el fondo, pero que más testarudo no le he conocido.

—Y un impulsivo, que dicen ahora.

—¿Te acuerdas cuando quiso imitar á Gambetta saltándose un ojo, porque le suspendió en Religión y Moral el padre Bastante?

—Profesor de energía, que ahora también dicen.

—Pero á todo esto, no veo la relación entre el *Doble* y las setas.

—Es que por causa de unas setas murió Cebollar.

—¿Vas á darme el almuerzo? ¿Por causa de unas setas? Envenenado, entonces.

—No. De un tiro.

—¿Cómo de un tiro? Revienta de una vez.

—Aquí están ya los berrechicos. Ponte y escucha.

Nos hicimos plato y Joshemary, comiendo y hablando, dijo así:

—Pues nuestro buen *Doble* ahorcó los libros y salió, como yo, para el comercio. Nos hemos tropezado muchas veces en nuestros viajes. Puede decirse que no hemos perdido el contacto durante treinta años.

Dos hará por ahora, cuando fué la catástrofe, que habitábamos juntos en Méjico, tras de haber hecho en compañía varias plazas de América.

Á Cebollar le dió por la guapeza y se puso imposible. Por la menor insignificancia armaba el gran cisco, y como era tan terco, cosa que se le metía en la cabeza, aquello había de ser, de grado ó por fuerza. Como el personaje de *La Regenta*, todo lo hacía cuestión personal. Cada lunes y cada martes andaba á trastazos con los compañeros de comisión porque sus muestras eran las mejores del mundo y el que dijera lo contrario mentía *como un serdo*.

Yo, que siempre conservé gran ascendiente sobre él, le aconsejaba en balde, sin poder convencerle de que la competencia mercantil no se establece á fuerza de puños ni de que, por ejemplo, en el intercambio de un cargamento de mineral y una partida de bacalao, no entra para nada, yendo de buena fe, la caballerosidad individual del comisionista. Que si quieres. El, Cebollar, representaba «el honor de la fábrica» y estaba dispuesto á morir, si era preciso, en «el terreno» defendiendo «la marca». Á la cárcel fué á parar una vez por haber descalabrado á cierto competidor que se negaba á reconocer la resistencia insuperable de los flejes Wilson, Cebollar y Compañía, limited.

Estas y otras tonterías le ocasionaron graves lances de que se jactaba en la mesa redonda del hotel.

Una noche nos sirvieron setas. El *Doble* pasó el plato sin probarlas.

El doctor, que presidía la mesa como en los bal-

nearios, hizo el elogio de la seta (*boletus, boleti*, en latín), alimento rico en ázoe y muy nutritivo, de naturaleza análoga á la carne, por el que se perecían los antiguos romanos, hasta el punto de que, según Marcial, á los mensajeros ó criados podía confiárseles sin temor oro ó plata, pero no setas sin riesgo de que se las comiesen en el camino.

Véase en latín para mayor claridad:

*Argentum atque aurum facile est lenamque
Mittere; boletos mittere difficile est.*

En un plato de *boletos* le propinó Locusta el veneno al emperador Claudio, que murió, no por las setas mismas, sino por el tóxico en que iban mezcladas.

Con todo y con eso, Cebollar no se convenció.

Las había tenido siempre respeto. Eran «expuestas». Nadie sabía distinguir las buenas de las venenosas. *Pa el gato.*

Una sonora y estridente carcajada fué el burlesco comentario de sus palabras y su gesto. El que se reía era un joven pálido, flacucho y ojoso que padecía del estómago y que saboreaba su ración con intermitencias de monólogo. ¡Anda, morena! ¡Cómo! Aquel Cid Campeador que había puesto cementerio propio huía de un *hongo miserable* como de la peste. ¿Quién iba á creer en las proezas de un individuo que temblaba de miedo ante un plato de setas? ¿Usted valiente? *Pa el gato.*

Se trabaron de palabras y al día siguiente le mandó Cebollar los padrinos. El joven pálido negóse á constituir representación y continuó riéndose.

Si aquel señor deseaba demostrar su valor, con comerse las setas, no había más que hablar. Si á todo trance quería un encuentro, conforme. Pero eligiendo la única arma que igualaba las condiciones sobradas y fuertes del contrario en oposición á las suyas desmedradas y enfermas. Y esa única arma, por propia confesión del otro, terrible, no eran más que las setas. Un plato vacío y otro cargado y á suertes. En fin, *pitorreo* puro.

Como Julio César, que se estremecía ante un

ratón y se tragaba el mundo (misterios del valor), Cebollar, exasperado y fuera de sí, aguardó á que el joven pálido y bromista bajase al almuerzo, y en pleno comedor le dió una bofetada y le llamó cobarde y retó á quienquiera que sacase la cara «por aquel *arlote* de tísico».

Varios huéspedes se aprestaron á ello, pero el agraviado, con gran entereza y seriedad, recabó para sí la liquidación del incidente. Había sido militar, y como su mala salud lo demandaba y sus medios de fortuna se lo consentían, abandonó el servicio. De todos modos, nadie podía disputarle la prioridad, ni él estaba propicio á tolerarlo, y hubo que allanarse á sus razonamientos.

Se batieron á pistola y Cebollar, muerto al primer disparo de un balazo en la sien, pereció víctima de aquella ridícula y siniestra aventura, mitad tragedia para reír, mitad sainete para llorar.

Joshemary hizo una pausa, tomamos un sorbo de café, y mi amigo prosiguió con el epílogo de su relación.

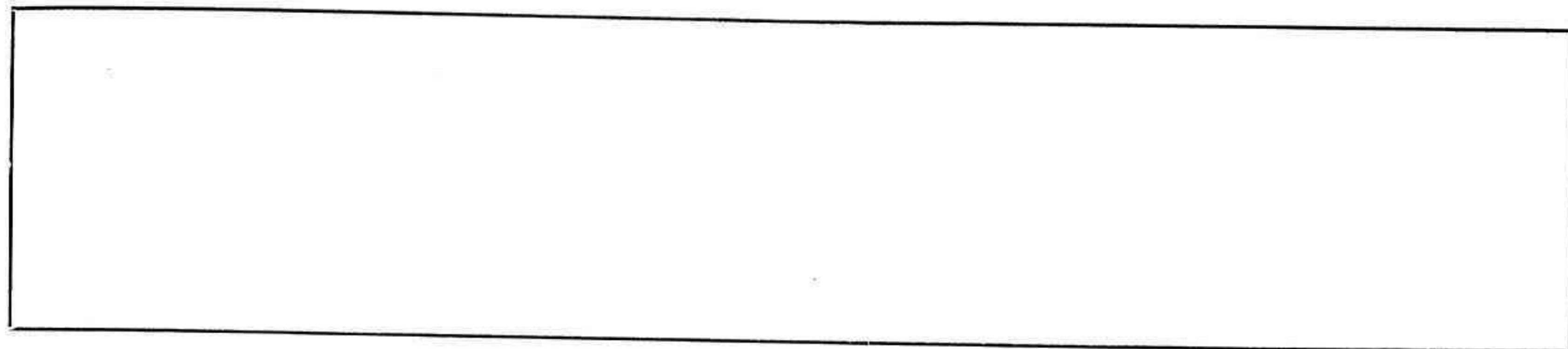
Se encontró la última primavera en París al matador del *Doble*, gordo y colorado como una manzana; pero una sombra de tristeza velaba de continuo sus ojos. Hablaron del suceso. Bien sabido era que él no tuvo la culpa... Una simple broma... Pero le quedó un amargor. Y se consagró enteramente... ¡á las setas! En cuanto llegaba á un hotel, á un *restaurant*, á un ventorrillo, las pedía. Setas por la mañana, por la tarde, por la noche, setas siempre, á todas horas y en todas partes. Á ver si tropezaba con algunas venenosas y en cierto modo daba una satisfacción á Cebollar. Salió todo al revés. El régimen *setario* le devolvió el estímulo gástrico y le reconquistó la salud.

—No hay que darle vueltas, amigo Larrea—me dijo despidiéndose—nadie se muere hasta que Dios quiere.

Terminó la historia y el almuerzo, dedicamos un piadoso recuerdo á nuestro desgraciado condiscípulo de la infancia, nos fuimos á los toros y los berrechicos y la limonada nos sentaron admirablemente.

JOSÉ DE LASERNA.





LAS ESCARDADORAS
Cuadro de Laureano Barrau.

Fot.ª de Lacoste.

ASÍ SUCEDIÓ EN MI ALDEA

TODA la familia se disponía para la cena. En el hogar, á ras del suelo, el chisporroteo de la chabasca llenaba el cocinón de sonoridades y de resplandores. En el espacio, más alobregado que esclarecido por la luz del candil, batallaban resplandores y sombras, y la proyección de esta lucha sobre los muros, negreados por una costra de hollín y roña, era como turbulento desfile de monstruos.

Uno á uno, con su ronquera lentitud, fueron entrando los labriegos. Ni se sacudían las pellas de nieve, que salpicaban de recamos brillantes la astrosidad de las vestimentas. Todos iban con remoloneo de somnolencia á sentarse en el banco frontero á la lumbre. Callaban, desentumecían los miembros, y de vez en vez, abríase el tosco resuello de un bostezo. Ave-



no merecían mentarse. La parquedad del palabreo se limitaba á tardas preguntas sobre labores, aperos y bestias. Las respuestas salían remoloneando.

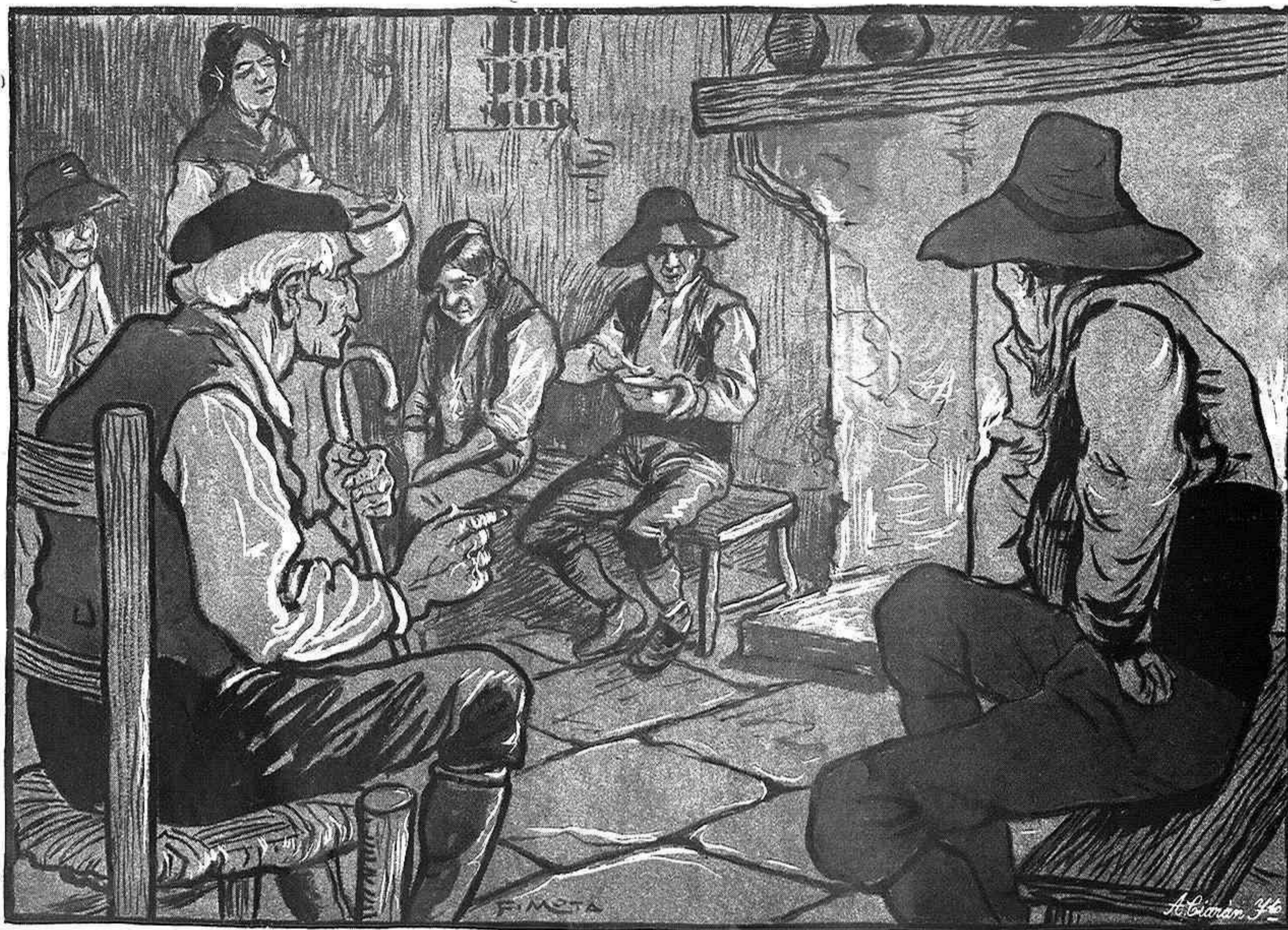
Una zagalona descolgó de los llares el pote humeante, para dejarlo con brío cerril sobre un escaño. Por turno, trasegaron á las escudillas el bodrio y comenzó á levantarse como abestiado paladeo de rumia. El resoplo del viento por el cañón de la chimenea ponía á la escena su natural comentario.

En el portón resonaron tres golpes. Nadie rebulló; ni lo violento de la noche infundía curiosidad por la llamada.

Golpearon de nuevo y más instante, al mismo tiempo que

gimió una voz: — ¡Ave María Purísima!

— ¿Quién llama? — bronqueó uno de los gañanes.



Y de fuera, por respuesta, oyóse un gruñido plañidero, palabras implorantes.

El abuelo, noventón, seco y recio, en cuyos ojuelos rojizos aun resplandecían toscas malicias, dijo á la zagalona:

—Mira quién es.

La zagalona se acercó al portón, preguntando quién llamaba. De fuera respondió la vocecilla doliente:

—¿Dan posada para esta noche?

Buena estaba la noche para ir peregrinando por los caminos blancos. Sin embargo, los labriegos resistían á la piedad; seguían su rumia, mirándose los unos á los otros, como si se consultasen sobre el caso. Y la voz clamante se volvió á filtrar por los resquicios de la puerta.

—Esa es la *Mirla*—dijo uno, con resoplido de risotada.

—Pues á la que cuentan— añadió una de las mujeres,—á esa bruja no le falta su caudal en la faltriquera.

—¿Vístelo tú?

—Oílo.

—Ser puede, que en su vida no hizo sino apañar limosnas, y comer en donde le dieran de ello, y dormir por los pajares.

—Veces que durmió en éste.

El abuelo oía como si recapacitara; hasta que dispuso con sequedad:

—Abre.

Abrió la zagalona, y entró la *Mirla* tambaleando, hasta ir á acurrucarse á la vera de la lumbre. Era como desvencijada armazón de huesos y andrajos.

Le pusieron escudilla rebosante de caldo, que engulló con torpeza de temblequeo. Tras lo cual, más el reparo de la lumbrada, entró en sopor de hartazgo.

—Ahora podíamos registrarle la faltriquera— aventuró uno entre chancero y codicioso.

Todos rompieron en feroz risotada; menos el abuelo, que, reprendiendo la tentación, gruñó asperamente:

—No seais bestias. ¿Es esto una lobera? Echarla allá, que duerma en el pajar.

Á rastras la llevaron, como alimaña. Y poco después todos los gañanes dormían en la casa, bajo el silencio solemne de la nevada.

* * *

Rayó el alba con serenidad de luz embebida de blancura; las últimas estrellas de la noche punteaban el firmamento raso. Siempre era el abuelo el primero en salir de su camaranchón para husmear las tierras labrantías. Aquella mañana salió también al primer claror. Sin trasponer el umbral, á pocos pasos, sobre el ampo de la nieve, hundido en ella, vió un rebusco de andrajos. Avanzó á revolverlos; era la *Mirla*. Estaba inmóvil. El noventón sacudió recio: ni rebullía. Volvió á zarandear más brioso; nada.

Se dispuso á avisar á los de casa; metióse umbral adentro, pero aun yacían todos en silencio. En aquel instante, sintió el labriego, casi como una sensación, el zarpazo de idea repentina y brutal: la faltriquera de la *Mirla*.





Todo su corpacho de viejo, estremecido por el recuerdo, parecía trepidar; su boca desdentada tuvo balbuceos extraños. Sobre el umbral, delante de la pureza del universo lleno de blancor, se detuvo. Aquello de la faltriquera bien repleta le escandecía el cerebro.

Urgía un arranque; iban á despertar los de casa. Si la *Mirla* estaba muerta, y había sido una vagabunda solitaria, ¿para quién la pella que, según el decir, llevaba en la bolsa? Si él no, otro la arramblaría. ¿Iban á enterrar *aquello* con los huesos? Pues entonces...

Fué cosa de instantes palpar entre el rebuso y extraer un taleguillo. Hundió con ansia la mano y resonó metal entre papeles revueltos. Tiró de ellos: sí, billetes eran. Hizo trasiego del caudal á su bolso, y serenándose, metióse en la casa y despertó á la gente.

*
*
*

Pronto hacían corro todos los de la familia en derredor del cuerpo de la *Mirla*. Comentaron el caso: para unos murió de frío, para otros de tanto embriagarse. Lo inexplicable era que hubiese muerto allí y el por qué de no estar en el pajar.

—Vendría bebida—inició uno.

—Eso fué— respondiéronle.
Y el abuelo, con mucha dignidad y mucha firmeza, dijo:
—No hablar mal de los muertos, que es pecado.

Con lo que todos callaron, reconociendo la gravedad de la sentencia.

Y, en medio de aquel silencio, dispuso el noventón:

—Tú, *Tanislao*, vas corriendo á avisar al señor cura; le dices el caso para que venga luego.

Muy presto vino. El abuelo, así que le vió delante, con arranque de resolución, entre bravía y solemne, le dijo:

—Señor cura, disponga todo para enterrar el cuerpo y recomendar el alma de esta mujeruca como á persona de la familia.

Tanto fué el estupor de los gañanes, que ni replicar pudieron concertadamente. Y el viejo, percatándose de ello, añadió con más ahinco:

—La Misa funeral con canto llano y tres presbíteros, que para algo dispuso Dios que esta mujer muriera en mí casa.

El asombro de los oyentes corrió presto por la aldea y después por la comarca. Embobecían de sorpresa; el que más y el que menos sabía las sordidas costumbres del abuelo, tacaño hasta la crueldad. Un acto de largueza nadie se lo hubiera sorprendido en toda su vida, casi centenaria. No tenían fin los comentarios de los labriegos, pero ante el viejo enmudecían, viéndole sereno, impassible y grave como un patriarca. Porque el arranque generoso le había serenado hasta los últimos rincones de la conciencia: estaba confiado, completamente confiado, en la aprobación de su conducta por el alma de la *Mirla* desde el otro mundo. Para el despojo mortal, huesa propia, y aun un poco de lápida había de ponerle; para el ánima muchos sufragios, que, si era menester, prestamente la sacarían del Purgatorio. En cuanto á lo sobrante de la faltriquera..., ¿para quién mejor que para el que disponía



tan honradamente las cosas? Él la enterraba y le encomendaba el alma como á uno de la familia; justo era ponerse á la recíproca.

Esta argumentación no tenía respuesta; y así se quedó el patriarca, en paz bíblica, sin rastros de remordimiento y presenciando hasta el final con cuánta puntualidad se cumplieron durante el día sus disposiciones pródigas.

* * *

Á las horas de la noche en que todos dormían en la casa, decidióse el abuelo á sacar del bolso la pella de la *Mirla*. Hasta piezas

de oro rebrillaron, de las que ya no corren por el mundo, y se guardan cautamente en los escondrijos.

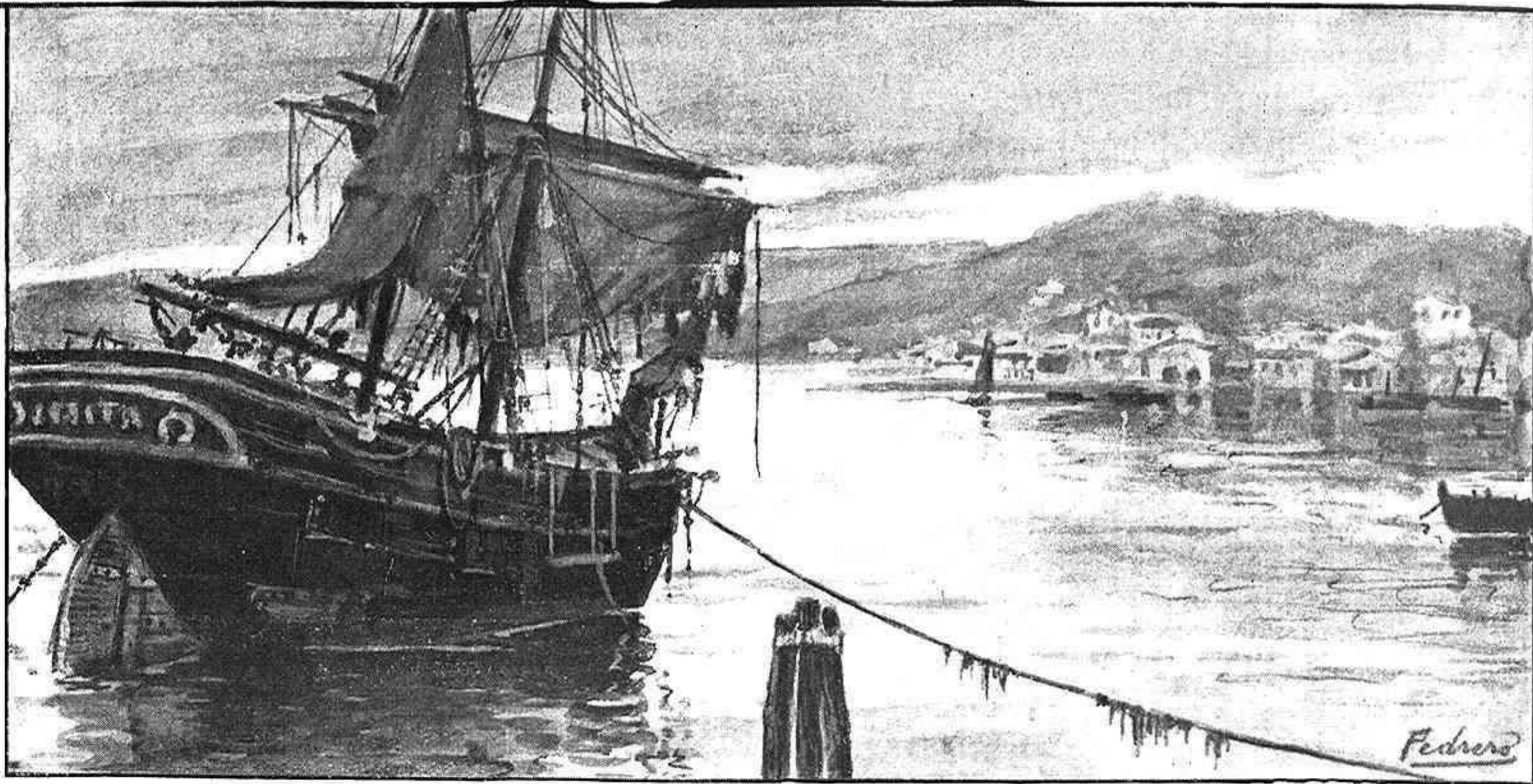
La emoción le hizo ahincar las rodillas, á él, que ya ni en la Misa podía hincarlas; y barbulló con fervores un *Padrenuestro* por el alma de la *Mirla*. Además, hizo promesa de repetir todas las noches la misma devoción. Tras esto, muy sigiloso por no despertar á los durmientes, fué en busca de su escondrijo, el de su pella, la que formó día por día, y así era, como él, casi centenaria.

Estaba en un esconce inverosímil, al que sólo á rastras se accedía. Llegóse á tientas, como siempre, como todas las noches se llegaba, vigilante. Palpó, pero apenas su mano dió en el fondo, escapósele del alma un alarido feroz y desgarrado. Volvió á palpar y volvió á bramar como si el pecho se le desgarrara.

Al alboroto acudieron los gañanes y las mujeres con candiles. Miraron aquello como si fuera caso de brujería ó maleficio de la muerta. El abuelo, tendido de bruces, pataleando, golpeándose la testa senil contra las losas, bramaba:

—¡Ladrona!... ¡Ladrona! ¡Te enterré con mi dinero! ¡Que en el infierno te veas!... ¡Ladrona!... ¡Ladrona!

FRANCISCO ACEBAL.



INACCIÓN

Nave que olvidas las playas remotas
Y acobardada en el puerto te albergas,
Ya no te animan ni las gaviotas
Aleteando al posarse en tus vergas
Entre las velas podridas y rotas.

Para tu pobre y gastada energía
Son los viajes penosos y largos;
Ya la ilusión olvidaste que un día,
Cual la codicia, fué norte del *Argos*,
Brújula fué de la *Santa María*.

Y en vano es ya que con voz de sirena
Ni de ambición, ni de ensueños te hable,
Próspero el viento que sopla y que suena;
¡Ya sientes sólo al cumplir tu condena
A ocio forzado el grillete del cable!

Yo, acobardado, también he sufrido
La vergonzosa inacción en el puerto;
Y entre la duda, el sopor y el olvido,
Yo, como tú, sin morirme, me he muerto;
Yo, como tú, sin vivir, he vivido.

¡Triste vivir cuando apenas si late
El corazón, y al venir la mañana,
La voluntad, que se postra y se abate,
Odia la luz, porque anuncia el combate,
Y odia el clarín, porque toca diana!

Lacia la carne y el alma adormida,
Nada apetecen ni nada desean;
No tiene el tiempo valor ni medida,
Y hacen el tedio y el ocio que sean
Largas las horas y corta la vida.

Viéndote inútil, anclado navío,
Hoy que el sopor del letargo desecho,
Por tu vivir me avergüenzo del mío,

Y recobrando las ansias y el brío,
Vuelve á animar la esperanza mi pecho.

Y quiero hacer que de nuevo arbolado
Tu agilidad y tu gracia recobres,
Para cruzar ese mar que ha prestado
Fuerza y vigor con sus brisas salobres
Á mi pulmón anheloso y cansado.

Hoy quiero á bordo saltar, que la estrella
Vuelva mi rumbo á marcar cuando bogue,
Y que del agua, al mirarte tan bella,
La superficie se bruña y se azogue,
Para que avances, copiándote en ella.

De la ilusión hacia el puerto remoto
Yo con mi mano sabré dirigirte;
Y aunque combatan el Euro y el Noto,
Como prudente y experto piloto
Te libraré del escollo y la sirte.

Porque tus jarcias el viento salvaje
Pueda armonioso pulsar con su zarpa,
Al diapasón del sonoro oleaje
Yo afinaré tu torcido cordaje,
Como se afinan las cuerdas de un arpa.

Soplo propicio ó arranque supremo
No ha de faltar, que potente te impela;
Si amo la brisa, la calma no temo,
Porque sé izar en el mástil la vela
Y sujetar al escámo el remo.

Y cuando juntos hayamos vencido
Las asechanzas del mar proceloso,
Como las aves que vuelven al nido,
Regresaremos al puerto querido,
Porque tendremos derecho al reposo.

MANUEL DE SANDOVAL,





A. Varvaro 94

por Erolí.

TRÍPTICO

EL ERROR DE LAS HADAS

SE encontraron las dos hadas á orillas de una presa de molino, la más encantadora que puede soñarse. El agua era fina, pura, bajo el espumarajeo que levantaba la rueda, y en la superficie, en los momentos de calma, las efímeras, en un rayo de sol, tejían sus contradanzas, y las argironetas ó arañas acuáticas jugaban, con sus luengas patitas, á ver quién rasaba el agua con más agilidad y presteza. Espadañas lanceoladas y poas de velludo marrón revestían las márgenes. Flores no había, porque era invierno; caía la tarde del 31 de Diciembre.

Al verse, las hadas se sonrieron como buenas amigas. Representaban, sin embargo, dos cosas en apariencia inconciliables: la una era el hada de la vida, y la otra el hada de la muerte.

—Hemos llegado al mismo tiempo—dijo la rosada á la pálida.—¡Y cuidado que tenemos que hacer las dos! Crece tanto el género humano, que no se sabe cómo hacer para atender á todo. Yo he solicitado del Sér Supremo unas hadas auxiliares...

—¡Qué casualidad!—exclamó la descolorida.—Yo lo mismo. Pero, á pesar de eso, no puedo descansar: ¡buenas cosas harían si me descuidase! He de andar siempre vigilando, y á ti, hermana, te sucederá dos cuartos de lo mismo.

—¡Vaya! ¡Cualquiera se fía! Hay que ocuparse en persona, sobre todo en casos como éste... Ahí, detrás de esa puerta carcomida, en el molino antiquísimo de la Eternidad, va á espirar el año viejo y á nacer el nuevo. La pobre, caduca Eternidad (entre nosotros sea dicho, hermana), creo que ya no está para estos trotes. Muchos años dura la faena de la infeliz! Nadie ha podido contar el número de sus hijos: mejor se contarían las arenas del mar y el polvillo cósmico del firmamento...

—Pues el caso es que parece una muchacha—declaró alegremente el hada de la vida.

—¡Sí, fiáte de apariencias!—marmoneó la fúnebre.

Decidiéndose, cogidas de la mano—que la de la vida tenía ardorosa y la otra como un témpano,—penetraron en el molino. Al lado de la piedra enorme, que giraba incesante, moliendo, en vez de trigo, la harina gris del tiempo, veíanse dos lechos, y postrados en ellos, y gimientes, á un viejo desdentado, de barbas fluviales, de arado semblante y de brazos que parecían hechos de cordeles retorcidos, con todos los estigmas de la senectud en el cuerpo, sacudido ya por el hipo de la agonía, y á una mujer que también se quejaba, pero con el quejido fecundo y vital de las madres. Aunque era

la Eternidad, en efecto, su sonrisa mostraba una gracia juvenil, y sus ojos brillaban con astrales fulgores. Era la eterna engendradora, la que guarda las llaves de oro de lo pasado y lo venidero. Los paños en que se envolvía estaban tejidos de luz.

Acudió cada una de las hadas á su respectivo paciente. El hada de la vida animó á la Eternidad con palabras cariñosas, con la esperanza de que el nene que iba á venir al mundo sería tal vez el Mesías de los años, que trajese á la Humanidad bienes sin cuento, una era de prosperidad y gloria, inventos científicos redentores, y, de propina, el buen sentido y la moderación propios de la edad adulta. Y la madre, halagada, sonreía, en medio de sus dolores.

En cuanto al hada de la muerte, trataba de consolar al vejestorio, que se finaba por puntos entre toses, flemas atravesadas, disneas, colapsos—los feos síntomas que preceden y acompañan al paso de la Seca.—Decíale que nada de malo tenía eso de morir, cuando se ha cumplido la misión que nos estaba encomendada; y el viejo protestaba, rabioso:

—¿De dónde saca usted que he cumplido yo misión alguna? ¡Pues si todo queda por hacer! ¡Trabajo le mando á mi sucesor!... Y, además, ¿qué hemos de esperar de un chiquillo, de un mamón? ¡Bonito andaré todo, señora hada! ¡Habré que alquilar balcones!

Entretanto, las horas corrían, las tinieblas invadían los sombríos ámbitos del molino eterno, y las hadas tuvieron que encender, para alumbrarse, unos humosos candiles pendientes de la pared. La dudosa luz hacía más triste la escena. La parturienta, rendida, ya no tenía ni fuerzas para quejarse, y el vestiglo, exánime ó poco menos, no exhalaba sino un gemido sordo, flébil, y, últimamente una especie de soplo estertoroso. Las hadas renunciaron á consolarles, y se limitaron á humedecerles los labios con un poco de agua, mientras llegaba el momento del descanso.

Fuera, todo dormía, bajo la luz de la magnífica luna de invierno y el velo frígido de la escarcha. El silencio era augusto: se diría que una expectación profunda dominaba á la naturaleza. Pero, augusto y todo, el silencio tiene la virtud de convidar al sueño, y he aquí que las dos hadas, viendo á sus pacientes sumidos en un estado comatoso, y hallándose, como siempre, fatigadísimas de la incesante labor, sintieron la tentación de cabecear una miaja. No, si aquello no se llama dormir... Apenas fué quedarse traspuestas medio segundo. Un clamor agudísimo de la Eternidad las despertó. Aturdidas, entre la semiobscuridad, equivocaron la dirección de sus pasos, y he aquí que, por tan levisimo descuido, el hada de la vida tomó en brazos al año viejo, y la de la muerte, al niño que acababa de nacer...

Cuando se dieron cuenta del error, se quedaron petrificadas. En el abrazo del hada de la vida, el año próximo á espirar había recobrado la plenitud de sus fuerzas, y se erguía vigoroso, sonriendo, resucitado. Y, en cambio, al estrecharle el hada de la muerte, el año nuevo se extendió rígido, cerrados los ojitos que no habían visto la luz, y sin respiración la boca, que nunca recogería el aire...

—Buena la hicimos, hermana—murmuró aterrada el hada de la vida.

—¡Buena!—repitió la del reposo letal.

—¿Y cómo se arregla este desavío?

—Muy sencillo—sugirió la de la vida, que tenía más recursos de imaginación.—El año viejo se

disfraza de año nuevo; pasa por flamante, y con tal que él calle..., ¿quién se entera? Y á este angelín que vino muerto al mundo, lo echamos á la presa del molino...

—Tienes razón.. ¡Gran idea!... ¡Pero que no lo sepan las hadas auxiliares! ¡No se reirían poco de nosotras!

Y he aquí por qué pudo decirse el año aquel que todo seguía lo mismo; que nada había cambiado en el mundo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



EN EL CAMPO

Cuadro de Luis Menéndez Pidal.

Fot.ª de Muñoz de Baena.



CAMINO DE LA FUENTE

Cuadro de Alfredo Souto.

Fot.ª de Lacoste.

La niña del Potosí.

EL tiempo ha cicatrizado el recuerdo de las contiendas fratricidas que por ahora hace cien años ensangrentaron América. Hoy saben aquellos países cuánto deben á su madre España, y España sabe también conservar para ellos sus amores maternales. En esta sazón cabe recordar este romántico episodio de la vida de Bolívar que acudo á relataros. Bolívar no es ya para nosotros el caudillo rebelde, como para los americanos de la gran Colombia no es nuestro general D. Pablo Morillo, marqués de la Puerta y conde de Cartagena, el enemigo que llegaba para combatirles y castigarles. Así dase el caso, el bellissimo caso de imparcialidad y de confraternidad, de que en la ciudad de Caracas tengan sendas estatuas ambos caudillos. El de la potestad española y el de la independencia americana.

Voy á rememorar el episodio á que aludí, momento saturado de lirismo, y por el cual había pasado batiendo sus solemnes alas el viento asolador de la tragedia. Voy á hablaros de la niña del Potosí.

Cuando murió, aun no hace mucho tiempo, era una buena dama viejecilla por todos bien querida y venerada. Llamábase D.^a Joaquina, y los vecinos de la villa imperial de Potosí exornábanla con alto sobrenombre. Como el dictado egregio que sigue en la historia el recuerdo de una Reina, su pueblo la llamaba *la Libertadora*.

La buena viejecilla no usó de su reinado de una noche más que para florecer una magna rosa de bondad y de amor. Luego, con la lealtad de una Artemisa, hizo de su pecho un mausoleo donde guardar sus añoranzas.

Pasó D.^a Joaquina los largos años de su vida en un extraño ambiente de oropeles y púrpuras. Parecía como una soberana abandonada, reclusa en un aposento del que fué su alcázar y rodeada de los despojos del fausto de su corte. Allá en su villa imperial, de la que no quiso salir jamás, regentaba un establecimiento, que aunque pudiera parecer á primera vista tienda de ropavejero, no era sino almacén de curiosa guardarropía.

Hubo de ser varia frecuencia la de los festejos pintorescos con que ardían en júbilo las ciudades indianas á cada vez que el calendario avisábales la sazón de alguna fiesta de precepto. En las carnestolendas y en el día de la Santa Cruz, en las Pascuas por muestra de regocijo y en la Cuaresma como señal de dolor, la villa de Potosí veía, entre el contento de los propios y admiración de los aje-

nos, ora juegos de cañas y de toros, ó procesiones fastuosas; ora devotas teorías de encorizados penitentes, tras los días tumultuosos de las mascaradas carnavalescas.

Y al atavío de todo ello concurría la buena doña Joaquina, aprestando á tales menesteres cuanto en su casa se guardaba. Y había lanzas y rodela, y corazas rutilantes y cimera empenachada, y arneses y gualdrapas, y sedas y tisúes; mantos para los que oficiaban de príncipes, espadas y faldellines para quienes hacían de sayones, frontales de filigrana para los toros que habían de correrse y de la plata más fina para los corceles de las justas. Policromos plumajes al viejo uso incaico para tocado de los indios, diademas y monjiles que debían lucir los figurantes, y, en suma, todo el concierto de airones y listones, y aun las varillas y las adargas y las bandas que habían de servir en la liza para los juegos de estafermos y de sortijas.

Y aquella buena dama, que acudía solícita al servicio de su hacienda y vivía contenta con el secreto de su recuerdo, ponía un punto á sus tareas al caer de la tarde, cuando salía á su jardín, poblado de flores y de pájaros, y alzando su mirada hacia la montaña contemplaba con cierta dulce angustia aquella cumbre prócer por donde una lejana noche rafagueó para ella un viento de ilusión.

Ella era entonces una gentil mozuela, muchacha esbelta y grácil, dechado de hermosura como toda la vida hubo de serlo de virtudes, gallarda flor de Indias como Virginia y como Atala. Esto acontecía en los días legendarios y homéricos en que Simón Bolívar luchaba con los leones españoles. Aquel caudillo, á quien llamaban ya *el Libertador* los americanos, había querido, poeta de acción y romántico de la vida, poner una bella página en la historia de su epopeya. Y dispúsose á plantar su bandera en la alta cima de la montaña potosina.

Y fué una solemne fiesta cívica. Pueblos en masa acudían al paso del caudillo rebelde. Centenares de voces aclamábanle, y sucedíanse los coros que entonaban himnos triunfales. Pasaba Bolívar por la ermita del cerro chico, y un grupo de doncellas acercósele para ofrendarle flores. Aquel grupo tenía también quien le capitaneara. Acaudillábale la gracia y donosura sin par de una muchacha, que tuvo como parlamentaria la misión de departir con *el Libertador* en nombre de sus compañeras. Y Bolívar sintiendo el magno hechizo de aquel rostro, y aquella voz, y aquellos ojos, sufrió súbitamente una intensa melancolía. La de que seguiría su camino y no vería más á la niña gentil.

Había un grande estruendo, confusión de voces y aclamaciones, cánticos y estampidos, que en un común atronamiento ensordecían el aire. Aquel estrépito favorecía y garantizaba el brevísimo coloquio:

—Yo quisiera volverte á ver.

—Y yo también, señor, yo también necesito volveros á ver. Y ha de ser esta misma noche.

Sorprendido quedó el caudillo al oír aquella frase seguida de una cita, surgida de los labios honestos de la muchacha. Y cuando la noche llegó, con el sigilo y el recato que era menester á un caballero, que al fin y al cabo ninguna promesa ni presunción de liviandad había podido entrever, abandonó Bolívar su alojamiento.

Y no hubo un instinto liviano en aquella hora de amor, que no era galante, sino de piedad. Porque aquella noche, por el impulso generoso de la gentil Joaquina, salvóse Bolívar de la muerte. Cuando unos conjurados buscaron esa noche al caudillo para alzar sus puñales sobre él, no pudieron hallarle. La niña del Potosí habíale librado del peligro, y al tiempo que le apartaba del sacrificio y le revelaba que su tío D. León de Gandarias y otros compañeros, llevados de su fervor á la causa de España, habían concertado sus voluntades y sus brazos para deshacerse de Bolívar, exigíale el perdón para aquellos hombres, disculpables en su arrebato. Y Bolívar respondió con otro desprendimiento generoso al de la doncella potosina. Aquella mañana misma llamó á los conjurados y recibíendolos noblemente, les facilitó dinero y salvoconductos para que marcharan de América.

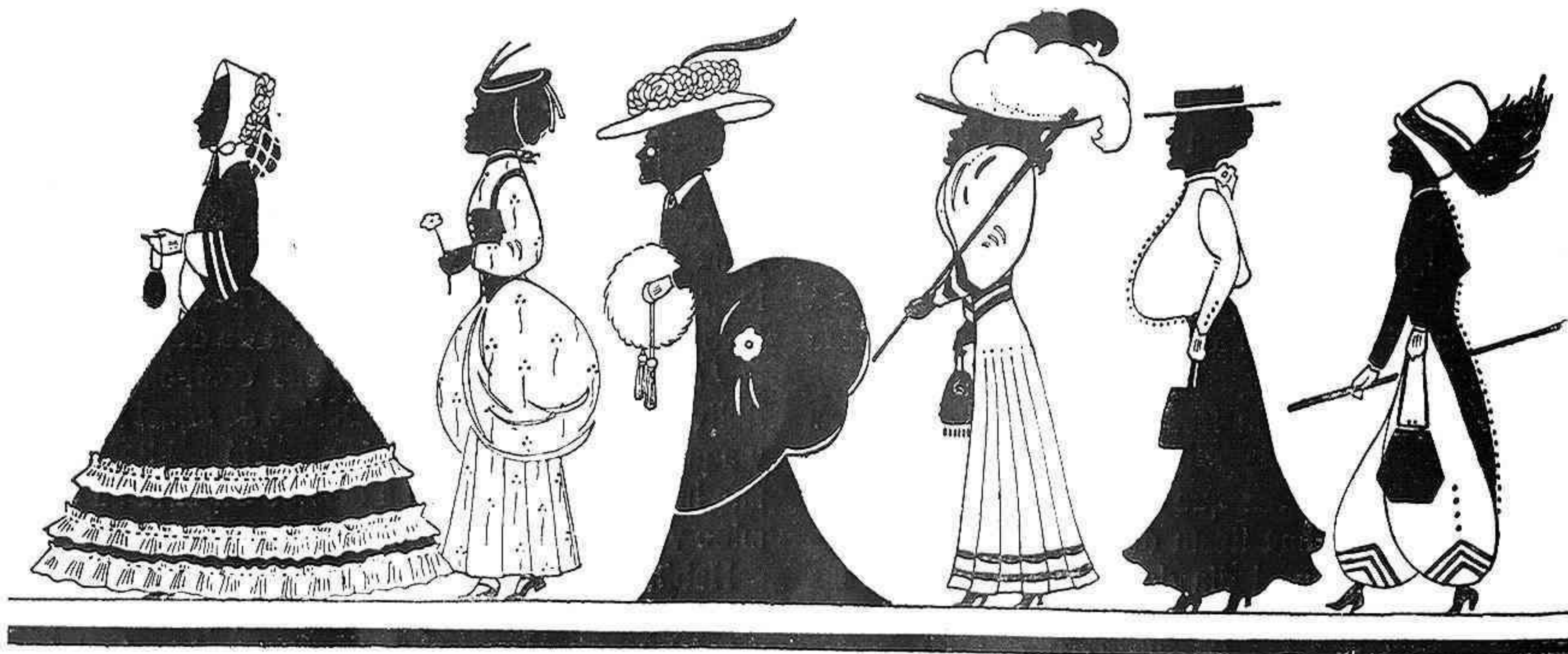
Prosiguió luego *el Libertador* la marcha al alto de la montaña, y poco después conseguía plantar su bandera sobre el lecho de pórvido que corona la alta cumbre del Potosí, el monstruo giganteo que tiene un nimbo de nubes y las entrañas de plata.

No volvió Joaquina á ver al *Libertador*, pero conocido el episodio de aquella noche de dramáticos y castos esponsales en que la niña dió á Bolívar, no su amor sino su bondad, quedóla para sus conciudadanos el nombre de *la Libertadora*.

Y entonces, de lejos y con el recuerdo, sin atisbo ni consuelo de esperanza, fué cuando Joaquina amó verdaderamente á aquel caudillo, y, prodigio de recato y de severidad en sus costumbres, no admitió los cortejos de jóvenes que, prendados de ella, solicitaronla en matrimonio. Fiel á la memoria de aquel hombre con el que únicamente hubiera querido unir su vida, pasó el resto de su existencia consagrada á venerar su remembranza.

Y vieja, viejecilla, sin haber consentido tampoco en abandonar su ciudad querida, D.^a Joaquina todas las tardes contemplaba desde su jardín la cima enhiesta del Cerro grande, horadador del firmamento. Como si allí donde un día flameara la bandera del bien amado, vagara todavía su espíritu ó su sombra.

PEDRO DE RÉPIDE



Extravagancias de la Moda femenina (1860-1911.)



SENTIDOS CORPORALES

El Olfato, por Narciso Méndez Bringa.

EL SOMNÍFUGO



—Yo comparo la Naturaleza, y perdónenme el atrevimiento, á una gran hostelera, administradora incorruptible, de inteligencia sutil, previsora intransigente, industriosa, vigilante astuta y trabajadora infatigable. Contra ella no hay paradojas de ergotista ni desplante de baratero; ni argucia de pícaro, ni circunloquios de camastrón valen; y no hay cebo que la engañe, promesa que llegue á amansarla, ni asechanza que la sorprenda. Amable suele ser y generosa en la recompensa, y si en su cólera es despiadada y ciega, impone así el respeto que se le debe, haciendo cautos de los osados. Traficante desconfiada é inflexible, no destapa sus odres ni presenta sus viandas sin percibir de antemano el precio de la mercancía. La filosofía popular ha estudiado de esta gran posada las leyes morales, y la ciencia sus leyes materiales; «el que algo quiere, algo le cuesta», dice la primera. «No hay rendimiento sin esfuerzo», dice la segunda. «No hay atajo sin trabajo», exclama el refrán; «lo que se gana en tiempo, en fuerza se pierde», dice el teorema. El «ganarás el pan con el sudor de tu frente», sírvele de norma en sus relaciones con los mortales, y si algún hombre parece escapar á este mandato, no por eso la ley deja de cumplirse: alguien habrá hecho trabajo doble por el ocioso que se cruzó de brazos. Porque á esta hostelera le importa poco saber quién ha trabajado, ni á quién soldada debe pagar, con tal de que el libro de almacén y el de caja estén en regla.

Las personas que componían el auditorio del doctor Legua escuchaban complacidos las pintorescas imágenes de su parábola.

—Á veces nostrama Naturaleza muéstrase socarrona, dejándose robar un secreto que le conviene sea conocido para mayor renombre del hostal y

deja al ladronzuelo la vanidad de atribuir el hurto á la propia perspicacia. Y hasta cuando la torpeza de los merodeadores les impide dar en el hito, encarga á la Casualidad, su criada de confianza, de descubrirles el escondite. Á veces, también, muéstrase burlona y deja que un quidam, creyendo escapar á su vigilancia, se éntre por lugares vedados; pero cuando el atrevido espera recoger el fruto de su audacia hácele volver á la sala común con una mueca de desprecio.

—¿Y quiere usted decirnos, doctor, adónde va usted á parar con ese peregrino discurso?

—Á ninguna parte, mi respetable señora. Son reflexiones que han surgido espontáneamente, motivadas por un caso que asistí anteayer. Algo extraordinario que no se ha divulgado aún, pero que va á llamar poderosamente la atención de los hombres de ciencia. No es ningún secreto y voy á contárselo á ustedes.

Entre los oyentes se produjo un movimiento de satisfacción, porque las historias del Dr. Legua eran amenas siempre y presentaban alguna interesante novedad. Hubo toses y carraspeos, acomodóse cada cual, y, cuando el anciano médico vió que iba á ser escuchado con la atención que su narración merecía, habló de este modo:

—La otra noche disponíame á acostarme cuando vinieron de parte de uno de mis clientes para que á toda prisa fuera á prestarle mis servicios. El caso era urgente y grave, según me dijo el criado, y el coche de su señor me esperaba en la puerta. Precedido del doméstico, descendí apresuradamente, y el carruaje partió con veloz carrera. Cuando llegué, encontréle esperándome en el vestíbulo, y mi asombro fué grande al no observar en él síntoma alguno de enfermedad.

—Me habían dicho que era usted el que necesitaba ser atendido urgentemente y no veo...

—Sí, sí: pase usted.

Me pareció, solamente, que estaba bajo la influencia de una gran excitación nerviosa.

Una vez en su despacho, cerró cuidadosamente la puerta y las cortinas, acercó para mí una butaca y tomó asiento al otro lado de su mesa.

—Lo que voy á contar es tan inaudito que seguramente va usted á dudar del equilibrio de mi cabeza; desgraciadamente los hechos no tardarán en confirmar la veracidad de mi relación. Ésta es larga y yo tengo los minutos contados, porque dentro de una hora, tal vez antes, no seré más que una masa inerte. Pero es preciso que ponga á usted en antecedentes para que pueda salvarme. Á los diez y ocho años, por efecto, sin duda, de la educación rectilínea que me diera mi padre, era yo un modelo de estudiantes juiciosos y puntuales, tal vez demasiado formal para mi edad; un poco excéptico, un poco triste... Cierta noche me hallaba con algunos amigos en un café, y habiéndome reprochado mi poca afición á las diversiones, se habló de las fases de la vida del hombre y de la clase de existencia que en cada edad debe hacerse. Yo manifesté mi opinión. La sociedad está tan mal organizada, que mientras el hombre puede gustar de los placeres, es justamente cuando no tiene con qué pagárselos, y, después que, á fuerzas de trabajo, ha conseguido reunir un capital suficiente para poderse los proporcionar, la vejez, con sus achaques y su cansancio espiritual, le impiden ó le amargan todo goce.

—No hay sino enriquecerse aprisa —dijo uno de mis amigos.—Trabajar sin descanso...

—Ya lo hago así; pero he pasado y pasaré años enteros sin hacer nada práctico.

—¡Cómo! ¿Tú, tan avaro de tus horas?...

—Yo, como todo el mundo, empleo la tercera parte de mi vida durmiendo. Dado que llegue á los sesenta años, habré estado veinte en una cama sin pena ni gloria. ¡Veinte años! ¡Cuánto podría hacerse en ese tiempo! ¡Si yo pudiera prescindir de esa necesidad!...

Al día siguiente recibí una carta concebida en estos términos:

«Señor X.

»Anoche me encontraba en el café en una mesa próxima á la suya, y le oí quejarse de perder durmiendo ocho ó nueve horas cada día. Si quiere usted pasar esta noche, á las doce, por esta su casa le comunicaré sobre el particular algo que puede interesarle.»

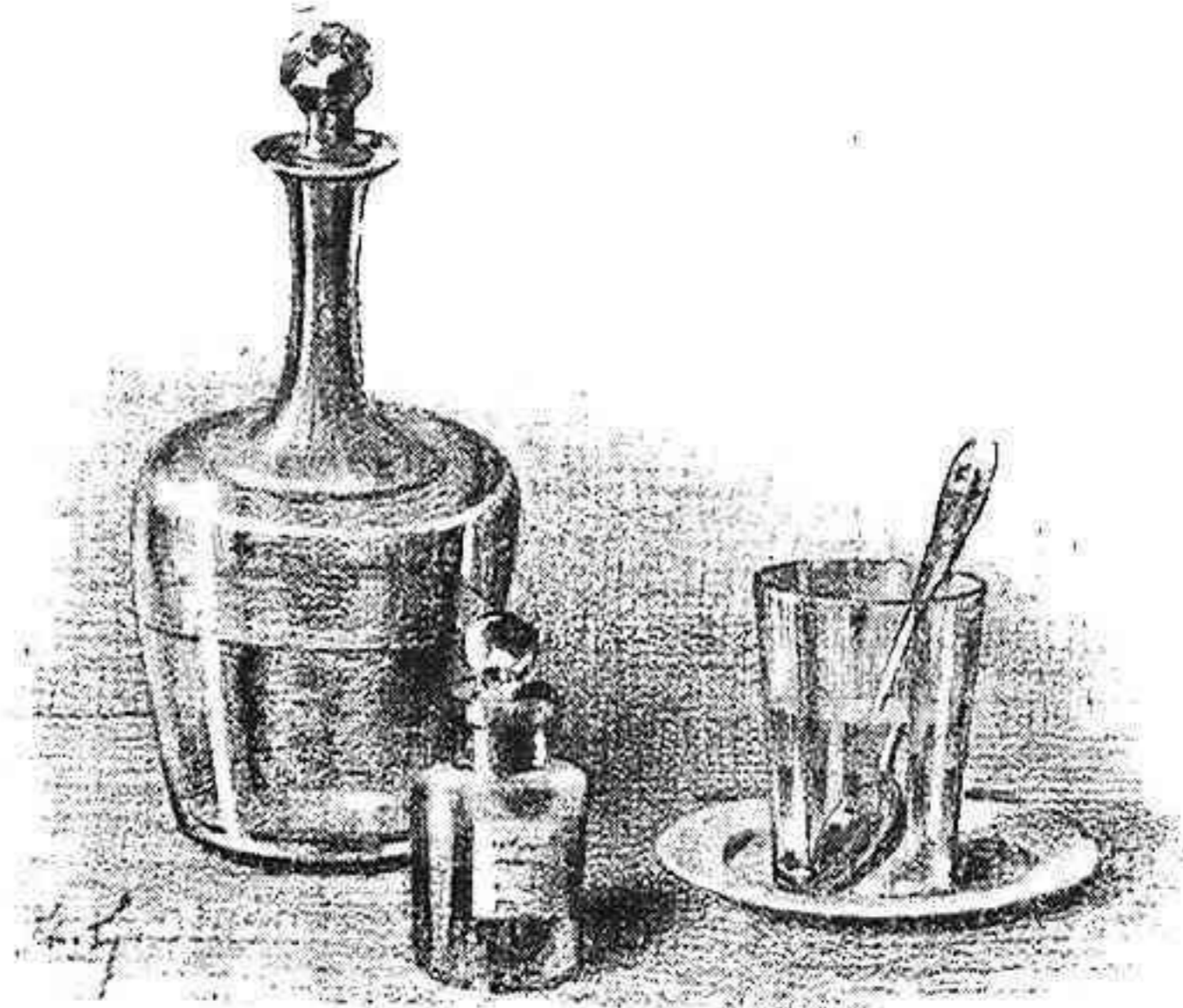
Nada más; un nombre y unas señas.

Pensé que podía tratarse de una broma, pero acudí á la cita, aun á riesgo de ser blanco de las cuchufletas de mis camaradas si en efecto eran ellos los que me habían escrito. No era así. Un hombre de edad madura me aguardaba en el lugar indicado.

—«Soy, ó más bien, he sido químico, y he hecho grandes descubrimientos que daré á conocer en su día. Yo también, como usted, opinaba que la existencia del hombre es corta, y ya que no puede prolongarse aplazando el momento de morir, pensé en utilizar ese almacén de reserva que llamamos las horas de sueño. Hacer desaparecer esas horas de muerte pasajera sería aumentar el número de horas de vida.»

Aquí el Sr. Legua hizo un alto en su historia.

—No negarán ustedes—dijo á modo de comentario—que la idea es ingeniosa; puesto que no podemos hacer la existencia más *larga*, hagámosla más *ancha*, y este resultado obtenido, tendremos dere-



cho á decir que la hemos aumentado... No se rían ustedes, que la historia es seria, como podrán apreciar ahora. Continúa hablando el hombre de la carta:

—«Me dediqué, pues, á buscar por medio de la Química un preparado de tal naturaleza que, sin fatiga ni peligro para el cuerpo humano, suprimiera por completo la necesidad de dormir. Lo encontré, y tan poderoso, que una sola gota en medio vaso de agua es bastante para no sentir el menor sopor durante veinticuatro horas. Hice la experiencia en mí mismo tomándolo durante un mes, y dióme un resultado absolutamente satisfactorio.

»Una cosa, sin embargo, no había yo previsto: mi producto era un somnífugo, no un somnívoro. Es decir, que ahuyenta el sueño, pero no lo destruye; no lo absorbe; por lo tanto, en cuanto se deja de tomar vuelve aquél con tanta mayor violencia cuanto más largo ha sido el tiempo transcurrido

sin gozar de él, y al fin el cuerpo debe pagar su tributo atrasado. Así, pues, yo dormí de un tirón once días. Este inconveniente no tiene importancia, puesto que administrada en cualquier momento la poción al durmiente, éste se despierta fresco y descansado.

»Mi descubrimiento me llenó de orgullo, y me disponía á darlo á conocer, cuando un acontecimiento de orden privado me abismó en el mayor de los dolores.

»Entonces, cuando caía en mi lecho, rendido por la pena, y mis párpados, cansados de llorar, comenzaban á cerrarse, bendecía al sueño que se iba acercando, y á la mañana, al despertar, pensaba que aquellas horas de liberación y de olvido valían por todas las obras que la más clara inteligencia hubiera podido producir durante su vigilia. Y comprendí que *todo está bien*, y que el hombre es demasiado imperfecto para meterse en modificar *lo que ya está arreglado definitivamente*. Y resolví guardar para siempre mi secreto. Pero anoche vi en usted un ansia tal de trabajo; una tal voluntad creí descubrir en usted, que me he decidido á ofrecerle mi descubrimiento. Helo aquí en este frasco, y en la etiqueta va la fórmula y modo de preparación. Yo no pienso utilizarlo, porque hace tiempo varió mi modo de apreciar nuestro paso por la tierra; hoy me parece demasiado largo...»

Probé allí mismo los efectos del somnífugo, que fueron inmediatos y sorprendentes. Casi al concluir de beber, una sensación de bienestar corrió por mis venas, noté mi cerebro despejado, como se siente por las mañanas, y todo cansancio físico y espiritual desapareció, como si realmente hubiera dormido durante nueve horas. Desde aquella noche, todas, durante treinta y cuatro años, al sonar las doce, tomo la poción. Desde entonces también he seguido con una voluntad inquebrantable el plan que me tracé, aprovechando las veinticuatro horas del día para conseguir la riqueza y poder gozar de ella antes de llegar á la vejez. Mis estudios académicos fueron terminados rápidamente, y en seguida me dediqué al comercio, á los negocios. Mientras los demás descansaban, hacía yo mi correspondencia, completaba mis conocimientos, me perfeccionaba, y el resultado de esta labor asidua no se hizo esperar. Á los treinta años tenía ya amasado un capitalito, que poco á poco fué prosperando en mis manos, de modo que al cumplir los cuarenta, hubiera podido retirarme rico. Pero la fiebre de la ganancia se había apoderado de mí; disponiendo de más tiempo que mis colegas, hacía personalmente el trabajo más delicado, y como nadie aporta á una empresa el tacto y el esmero que el interesado mismo, la mía fructificaba á maravilla. Sentíame fuerte, pletórico, y me decía: Cuando

cumpla los cincuenta abandonaré todo tráfico y tendré varios millones y algunos años delante de mí para gozar á mis anchas del mundo, que no me negará cosa alguna. Cumplióse el plazo que yo mismo me marcara, pero lo aplacé aún para trasladarme á América, en donde tenía unos asuntos que habían de redondear mi fortuna. Dos años más han transcurrido, y, al fin, terminado todo felizmente, tomé pasaje para España, y hoy, al amanecer, entrábamos en la bahía de Cádiz. La mar era gruesa, sentíme indispuerto y me puse á buscar mi bote de sales en un saquito de mano, donde llevaba también el frasco del somnífugo. Á una torpeza mía, éste se deslizó de mis dedos. Un vaivén del barco lo hizo rodar hacia la borda, y antes de que yo pudiera recogerlo cayó al mar. Inmediatamente comprendí lo que me esperaba. Falto del licor esta noche, caería en un sueño tan pesado y largo que sería como caer en la muerte. La preparación del somnífugo exige lo menos una semana. No podía hacer más que trasladarme en el acto á Madrid y confiarme á usted, que será el encargado de confeccionar el brebaje y de administrármelo, así que...

—¿Dónde está la fórmula?—dije interrumpiendo á mi cliente.

Hacía algunos minutos que observaba en él una torpeza de lengua y cierta pesadez en los párpados, cuya causa no había podido explicarme hasta entonces. Sus últimas palabras me dieron la clave: era cerca de la una, y el efecto de la poción de la víspera iba á terminar. Si el sueño le invadía antes de darme el medio de obtener su droga, estaba perdido.

—Para que nunca pudiera caer en manos de otro..., la aprendí de memoria y destruí el papel en que el químico...

—¡Díctemela usted en seguida!—exclamé viendo que un sopor horrible se apoderaba de él.

Pero con la tenacidad de los borrachos siguió sus divagaciones.

—Antes ha de jurarme que á nadie la comunicará..., que la olvidará usted mismo.

—¡Dícte usted, por Dios!

—Solución primera... Ether... almi... al... amilacético, cien cent...

—Centímetros cúbicos; adelante.

—Yodo...

—¿Cuánto?

—Quince...

Extinguía su voz sensiblemente y sus ojos bizcaban.

—Quince gramos; siga usted.

—Solución segunda... Bi... Biox...

—Bióxido de... ¿de qué?

Su cabeza se inclinó pesadamente sobre el pecho,

aflojaronse sus brazos, y un débil ronquido indicó que el sueño se había hecho al fin dueño de él. Un sueño que había de durar años.

—Pero ¿cuántos, doctor?

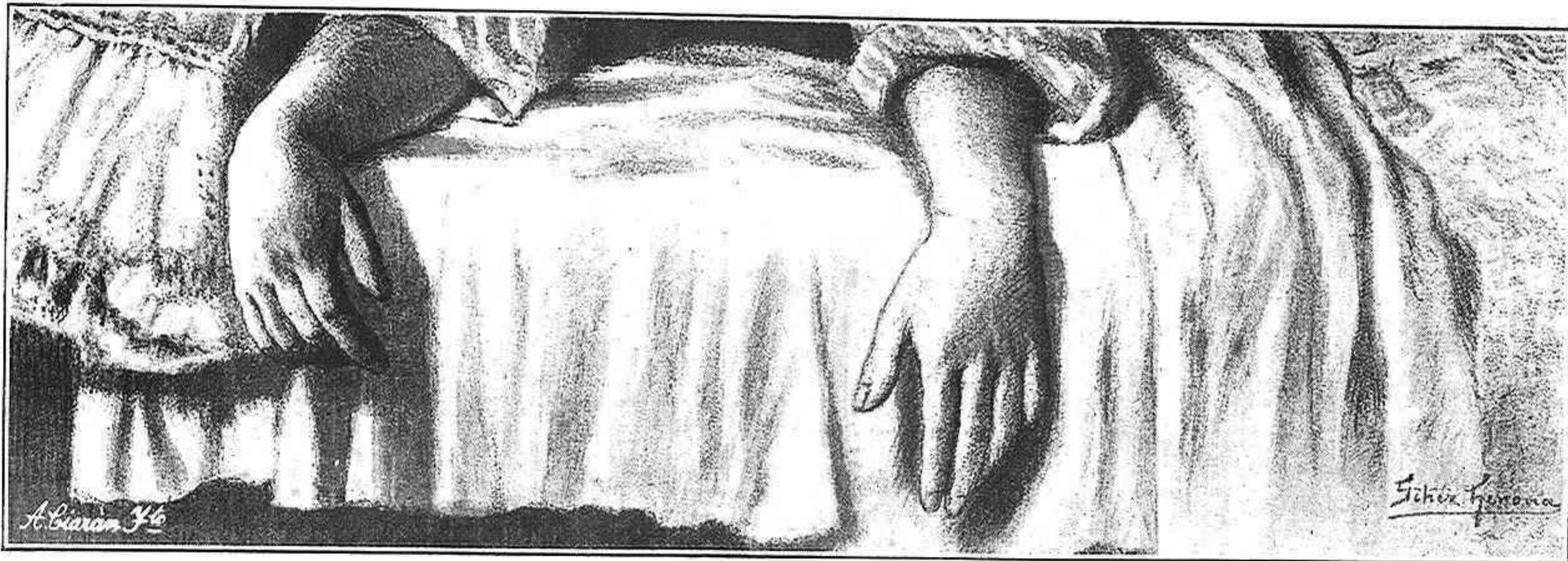
—Si se calcula que cada día que ha pasado en vigilia completa ha debido dormir ocho ó nueve horas..., serán... cerca de cuatro lustros.

—De modo que despertará...

—Despertará..., si no muere antes, cuando tenga setenta años!

—Es decir, cuando no pueda levantar los pies del suelo.

—Por eso les decía á ustedes antes que con nostrama Naturaleza no valen artimañas ni camandulerías, y que su fiel criada, la Casualidad, que sirve para un barrido como para un fregado, es á veces la encargada de echar por tierra con un hecho, al parecer insignificante, los planes mejor combinados.



JOSÉ SÁNCHEZ GERONA.

DE AYER

Era una tarde sin par,
Bella, como la esperanza
Del que siente amor de amar,
Cuando en dulce confianza
Me dió su mano á estrechar.

Arcanos tiene la vida
En cuyo fondo me pierdo
Sin hallar la luz querida.
Grata es la ilusión florida,
Pero es más grato un recuerdo.

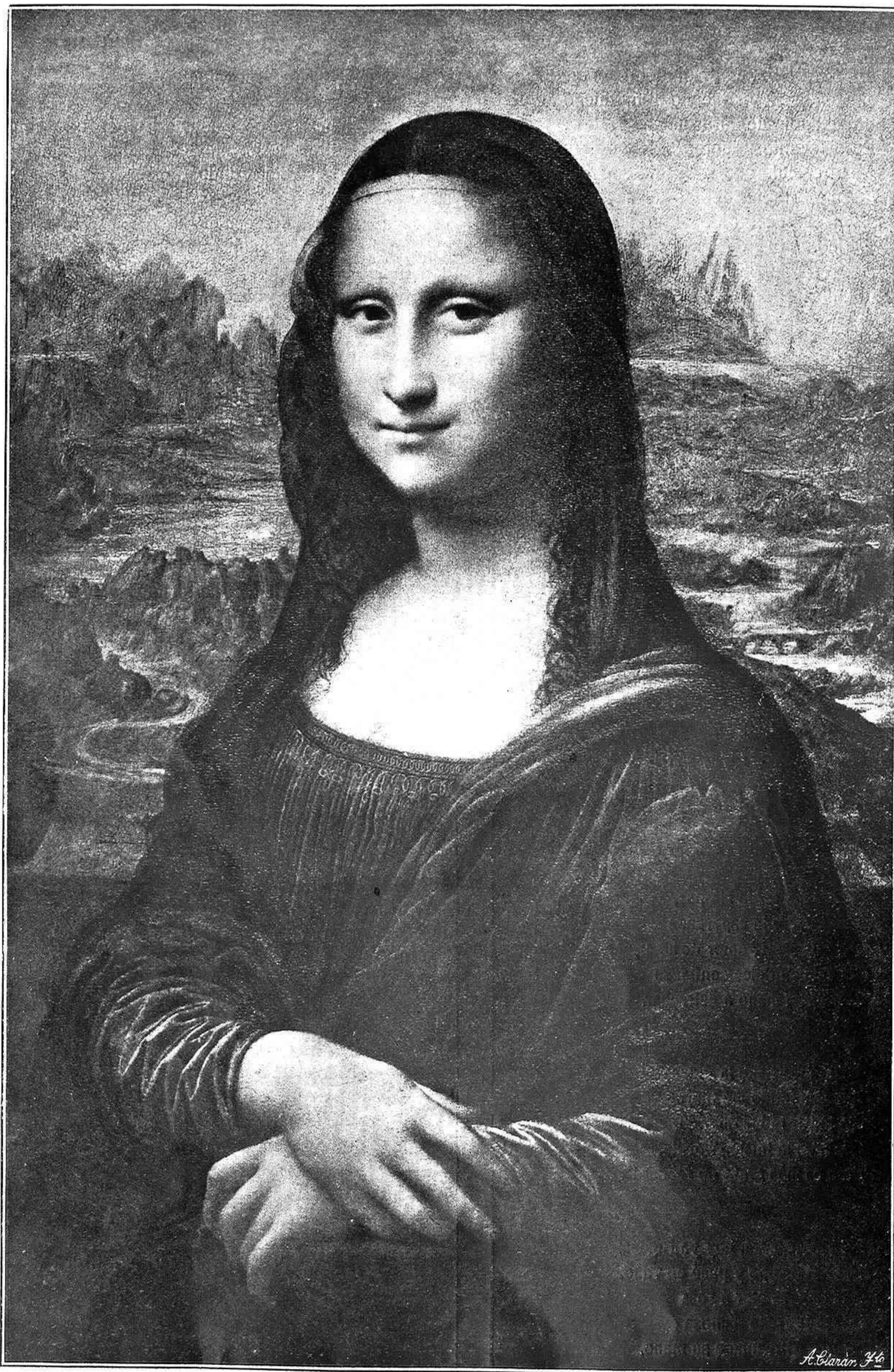
Mano diestra, hoy ya rugosa;
Pasó el tiempo y pasó en vano.
Aún quieres oler á rosa
Desde la tarde dichosa
En que estrechaste su mano.

ANTONIO OSETE.



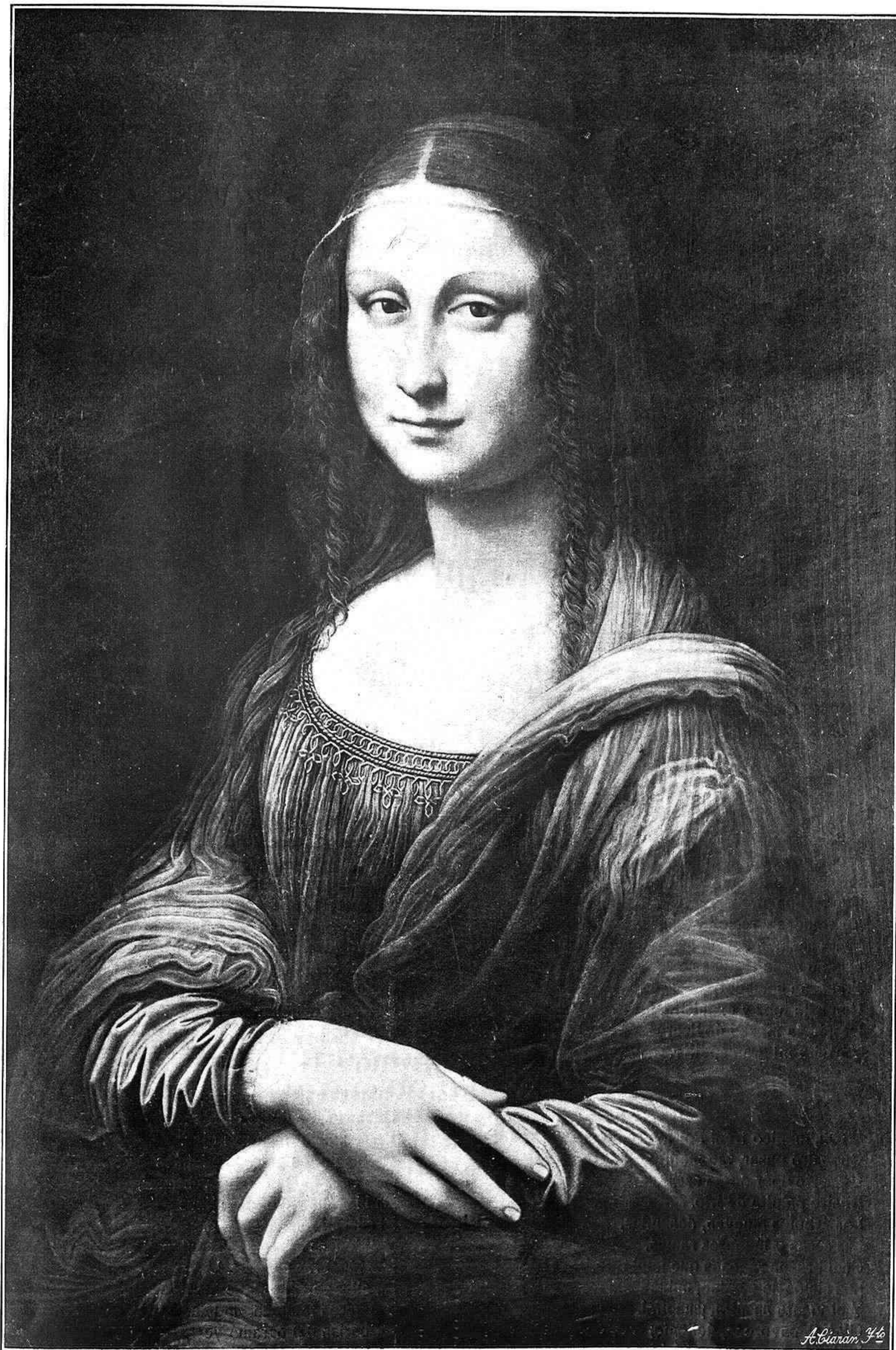
LA FAVORITA

Cuadro de Grivaz.



RETRATO DE MONNA LISA (LA GIOCONDA)

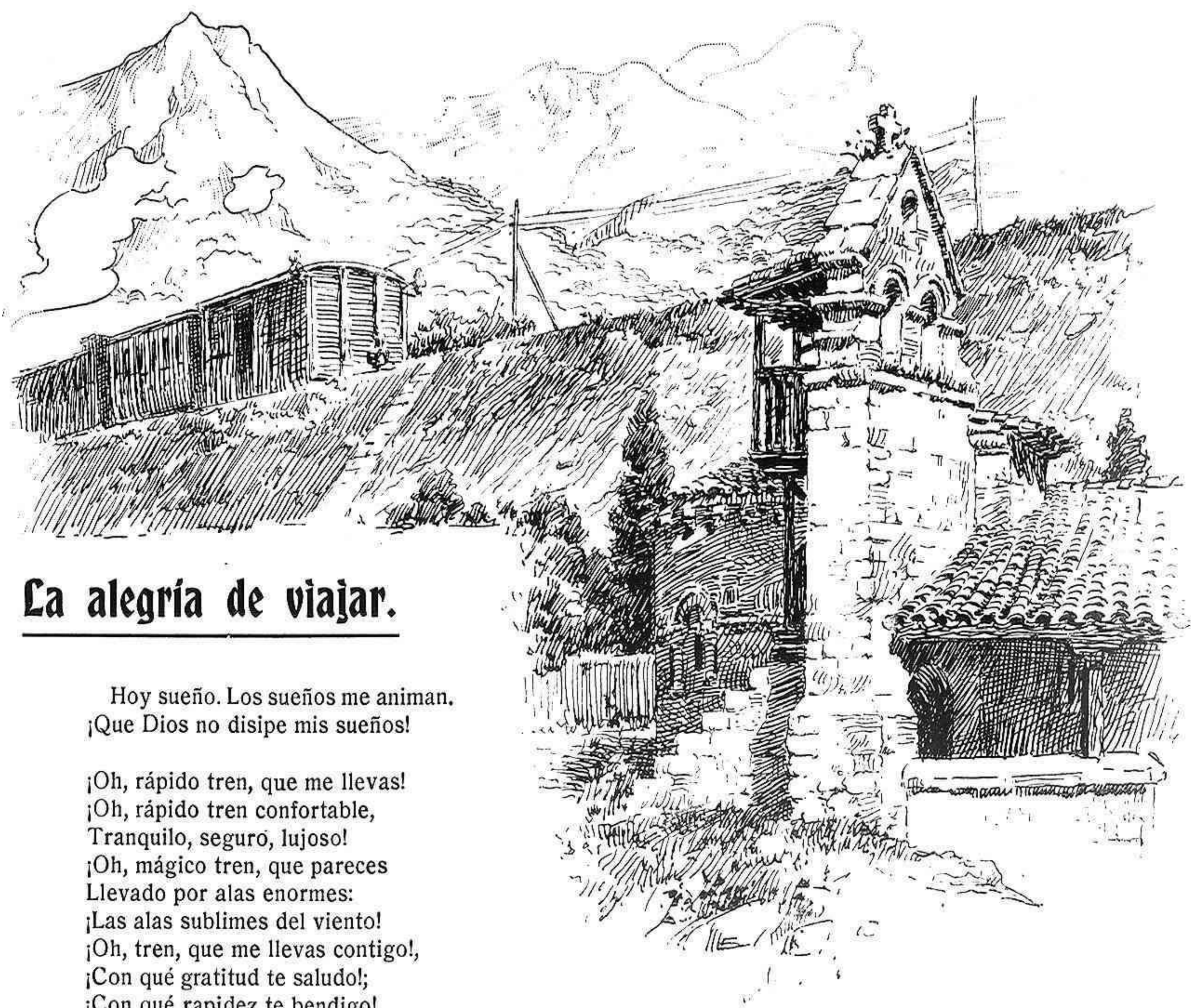
Célebre cuadro de Leonardo de Vinci, que ha desaparecido del Museo de Louvre, de París.



RETRATO DE MONNA LISA (LA GIOCONDA)

Copia de Leonardo de Vinci.—Cuadro existente en el Museo del Prado, de Madrid.

Fot.^{ta} de Lacoste.



La alegría de viajar.

Hoy sueño. Los sueños me animan.
¡Que Dios no disipe mis sueños!

¡Oh, rápido tren, que me llevas!
¡Oh, rápido tren confortable,
Tranquilo, seguro, lujoso!
¡Oh, mágico tren, que parece
Llevado por alas enormes:
¡Las alas sublimes del viento!
¡Oh, tren, que me llevas contigo!,
¡Con qué gratitud te saludo!,
¡Con qué rapidez te bendigo!

En ti se combinan, valiosos,
Progresos de múltiples ciencias,
Primores, sin tasa, del lujo.
Tus techos ofreces, colgados
En grandes y recios vagones.
Imágenes son del reposo,
Que no de la marcha se cuida.
Y el gran comedor, alegrado
Con arte feliz y exquisito,
Despierta mi sed de licores
Y excita mi gran apetito.

¡Oh, mágico tren! Por los campos
Que miro pasar, tan medrosos,
Cubiertos por duras escarchas,
El aire palpita de frío.
Los árboles mueven, desnudas,
Las secas y lúgubres ramas,
Cual brazos rugosos que imploran.
Los cielos se ocultan, nublados...
Y el viento suspira, ¡suspira!,
Glacial, pavoroso, doliente;
Juntando sus grandes tristezas
Al largo dolor del ambiente...

En tanto, ni sufro, ni tiemblo.
Con grande placer me regalo.
Tu seno piadoso me abriga.
Tu grato calor me conforta.
Calor de gentil Primavera,
Que al cuerpo, gozoso, trasciende;
Que al cabo duplica su brío;
Calor que del viento se ríe
Que pasa temblando de frío...

Desfilan los campos ceñudos,
Cubiertos de duras escarchas;
Desfilan, sin fin, á mis ojos.
Detrás de los gruesos cristales
Que cierran las fuertes ventanas,
En blandos y dobles cojines
El cuerpo feliz acomodo,
Y entonces los campos contemplo.
Los fúnebres campos. Las casas,
En ellos perdidas, que huméan...
Y á veces también, ondulante,
—Sonrisa del páramo yerto,—
La cinta del largo camino;
Del largo camino, desierto...

Quizás unos carros lo alegran,
Ventrudos y fuertes, ¡enormes!,
Tirados por mulas cansinas;
Mas pronto se quedan, los tristes,
Allá, por el campo, muy lejos...
¡Muy lejos! ¡Cuán lejos! ¡Cuán pronto!
Quizás, fatigados, lo huellan
Los pasos de algún caminante;
De algún lastimoso mendigo,
Que vaga por él, sin consuelo;
Buscando la luz que le guíe;
Mirando, sin Fe, para el cielo.

De pronto retiemblan, ¡retiemblan!,
Los recios y largos vagones,
Que cruzan los tramos de un puente,
Robusto, sonoro, ¡de hierro!...
Y entonces parece que cantan,
Con nobles y graves cadencias.
De pronto, sorprenden mi vista
Las casas de un rústico pueblo,
La torre gentil de su iglesia;
Los huertos humildes, medrosos;
Los altos cipreses, crecidos
En surcos del buen Campo santo,
—¡Qué solos se quedan los muertos!—
Y allá, de repente, se quedan,
—¡Oh, rápido tren que los cruzas,
Que á modo de flechas los pasas!—
Los huertos, los altos cipreses,
La iglesia, la torre, las casas...

Feliz, entretanto, me siento.
La irónica ley de la Vida,
Que ofrece tan vivos contrastes,
Así, por mi bien, lo dispone.
¡Feliz, con mi dicha serena,
Por más sufrimientos que mire!

¡Ya es hora, Señor, de que viva,
Por mí, ¡con mis íntimos goces!
Me aguarda la hermosa frontera,
Que, al fin, cruzaré, tan alegre.
Y allá, más allá, la delicia
Del mundo feliz que me llama;
¡Tan otro del mundo que miro!
Columbro ciudades insignes.
¡Allá! ¡Más allá! ¡Portentosas!
Me esperan, al cabo, trocadas,
En ricas y hermosas verdades,
¡Verdades de un mundo risueño!,
Las mil ilusiones benditas,
Las mil ilusiones del sueño.

¡Cuál sueño! ¡Cuál gozo, Dios Santo!
París, en la luz que lo baña,
Con fuerza de imán,—¡oh, la fuerza
Del bien, de la luz!—me requiere.
Después, entre velos de brumas,
—Las brumas del Támesis,—Londres.
Berlín, á la lucha dispuesto;
De pie, como buen centinela,
Y al son de las bélicas marchas...
¿Qué importan los aires medrosos?
¿Qué importan las duras escarchas?

¡Oh, rápido tren que me llevas!
¡Acrece tus rápidos vuelos!
¡Aprisa, por Dios! ¡Más aprisa!
¡Más, más! ¡Mucho más! Si los quieres,
Si al fin en tus vuelos te valen,
Recoge mis firmes impulsos;
Impulsos que el gozo me presta;
¡Del gozo que el Cielo me envía!...
¡Y entonen tus altos acentos
Un himno triunfal de alegría!

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.



Fernando Díaz de Mendoza

Mariano Díaz de Mendoza.

Emilio Thuillier.



Elena Salvador.

Manuel Díaz.

Alfredo Cirera.

María Guerrero.

Felipe Carsi.

Luis Medrano.

María Cancio.

Emilio Mesejo.

ACTRICES Y ACTORES

por Fresno.

COSAS DEL TEATRO

EL SILLÓN DEL DIRECTOR

HABÍA terminado la temporada del teatro de la *Comedia* en los últimos días de Marzo de 1888.

Mario, el inolvidable Emilio Mario, al frente de su excelente compañía, salió á recorrer las principales provincias de España.

La temporada de primavera, según costumbre que todavía subsiste, correspondía á una compañía extranjera.

Aquel año le tocó el turno al insigne Ermete Novelli.

El público de Madrid, que había abarrotado aquel invierno el teatro de la *Comedia*, se apresuró á abonarse.

Los turnos 1.º, 2.º y 3.º, que constituían el abono, se llenaron por completo.

Entonces, afortunadamente, no había *días de moda*. Lo eran todos los de la semana.

Novelli ha sido siempre el actor predilecto de Madrid. Su talento colosal, sus portentosas facultades, la ductilidad de su genio teatral subyugan á nuestro público, que lo mismo siente el estremecimiento de terror viéndole representar *La morte civile*, que se desternilla de risa oyéndole recitar sus graciosísimos monólogos.

Entonces estaba Novelli en el apogeo de su gloria.

La noche del *début* me presentaron al incomparable actor.

¿Cuál no sería mi sorpresa al ver que Novelli, estrechando cariñosamente mi mano, me hablaba de algunas de mis obras?

—Ya sé—me dijo en correctísimo castellano— que esta temporada ha tenido usted un gran éxito.

—Sí, no estoy descontento.

—¿Me dedicará usted un ejemplar de *El sombrero de copa*?

—Todos los que usted quiera—le contesté agradecido.

—Y si la obra, como espero, me gusta, ¿me concederá usted el permiso para traducirla al italiano?

—Con el alma y la vida. ¿Qué mayor honra para mí?

—Entonces, *non ne parliamo più*. Mañana el ejemplar y pasado mañana firmaremos el contrato.

Volvió á estrechar mi mano y nos despedimos.

Aquella noche no pude dormir. El temor de que mi obra no agradara al gran artista me tenía intranquilo, y la idea de que mi pobre comedia fuese á

aumentar el repertorio del que tan gloriosamente recorría todos los escenarios del mundo, me llenaba de zozobra y de ansiedad.

Al dedicarle el ejemplar agoté todos los adjetivos encomiásticos. No sé si esto sería adulación. Quizá lo fuera. Pero no es menos cierto que sigo creyendo que Novelli merecía todos los elogios que yo, con mano trémula, estampé en la primera página de *El sombrero de copa*.

En la Contaduría del teatro le dejé, bajo sobre, el ejemplar dedicado.

Pasaron tres días y no me atreví á parecer por el saloncillo de la *Comedia*.

—Seguramente no le ha gustado mi obra—me decía.—Le habrá parecido un juguete sin importancia. ¿Cómo va él á traducir esa tontería?

Pero, por dicha para mí, me había equivocado. Mi comedia merecía los honores de la traducción.

El simpático actor (¿cómo no había de serme simpático?), acompañado del representante de la Empresa, me honró con su visita.

Hizo de mi obra tales encomios, que yo no sabía qué contestar. Firmamos el contrato, y á los pocos días comenzaron los ensayos de *Il cappello a cilindro*.

Dejé á Novelli en libertad absoluta de *poner la obra* como mejor le pareciera y prometí asistir únicamente al ensayo general.

Llegó el día en que éste había de verificarse, y el avisador del teatro dejó en mi casa, muy temprano, la consabida nota: «Á la una ensayo general, con todo, de *El sombrero de copa en italiano*.»

Para el avisador, que era el de la temporada de Mario, aquello de *Il cappello* no le cabía en la cabeza.

Á las doce y media ya estaba yo en el teatro de la *Comedia*.

Crucé el oscuro vestíbulo, donde varios individuos de la compañía departían amigablemente sobre no sé qué punto de culinaria; atravesé el pasillo de los palcos plateas entre las curiosas miradas de las damas que, sentadas en los divanes, se dedicaban á algunas labores de su sexo, y dando vueltas y revueltas, sin vacilaciones, como conecedor del terreno, llegué al escenario.

La decoración ya estaba puesta. Era la misma que nos había servido para la representación de *El sombrero*.

El jefe de tramoyistas, que era de los nuestros, se me acercó y me dijo confidencialmente:

—Ya he visto algunos ensayos. El señor Novelli está muy bien; pero lo que es como don Emilio...

Y volvió á sumirse en la penumbra de los bastidores.

Al lado de la concha del apuntador había un sillón y una silla.

El sillón era de gran espectáculo. De damasco rojo y armadura dorada. La silla, de modestísima rejilla, de las llamadas *volantes* en la jerga de guardarropía.

Novelli no había llegado todavía al teatro.

Para hacer tiempo, encendí un cigarro y me retrepé cómodamente en la aparatosa poltrona.

No bien lo hice, un cómico que iba á entrar en el escenario se detuvo asombrado al verme é hizo *mutis* rápidamente. Á los pocos minutos, cuatro ó cinco artistas se asomaron á las puertas laterales. Más tarde, todos los individuos de la compañía me miraban con extrañeza desde los practicables de la decoración.

Yo seguí sentado, atribuyendo aquellas miradas á la curiosidad natural de conocer á un autor español, y me esponjé orgullosamente en el sillón.

Los artistas se retiraron de las puertas y formaron un compacto grupo entre bastidores.

Les oí cuchichear breves momentos, y de pronto de aquel grupo se destacó uno de los artistas—el galán joven;—entró en la escena por la puerta del foro, y con marcada timidez y haciendo reverencias, se me acercó y me dijo:

—*Scusi, signore.*

—Usted dirá—contesté, levantándome.

—*Siete voi l'autore d'«Il cappello a cilindro»?*

—Servidor de usted.

—*Vi domando perdono. Ma io credo che debo farle una rispettosa avvertenza.*

—*Non capisco*—le dije, haciendo alarde de mis conocimientos en el idioma del Dante.

—*Questa poltrona*—añadió con gravedad, señalando el sillón de damasco—*è la poltrona del Direttore.*

—¿Cómo?

—*Que questa è la poltrona del signor Novelli, del Direttore.*

—¿Sí, eh?

—*Si, signore.*

—Bueno; pues en España los directores de las obras somos los autores. Por eso me he sentado aquí. Porque vengo á presenciar el ensayo de una obra mía.

Y, sin más explicaciones, volví á sentarme en el sillón, algo molesto por aquella impertinencia del comiquito italiano.

Éste se encogió de hombros, y, asombrado de mi atrevimiento, fué á unirse á sus compañeros, los cuales, al conocer mi rebeldía, Dios sabe las cosas que dirían de mí. Me atrevo á asegurar que, en buen italiano, me habrán puesto como *foglia di «peregile»*.

En una compañía española, seguramente que á ningún artista se le hubiera ocurrido creer que lo que yo había hecho era una profanación; pero en

las compañías italianas, el Director, sobre todo si se llama Novelli, es más que todos los autores juntos: es un Dios. Los artistas sienten por él verdadera veneración. ¿Será que, como dijo el poeta,

«parece admiración y es servillismo?»

¡Vaya usted á saber!

Pasaron unos minutos y noté gran revuelo entre los cómicos. El Director acababa de entrar entre bastidores.

De pronto sentí una franca y sonora carcajada.

Era Novelli que, enterado sin duda de mi *atroz osadía*, no halló otro modo de contestar á la ridícula indignación de sus artistas.

El gran actor entró sonriente en el escenario; yo salí á su encuentro, nos saludamos cariñosamente, y, sin darse por entendido de lo que había pasado, dió orden de iluminar la batería y de comenzar el ensayo.

Con exquisita cortesía me ofreció la poltrona, que yo rehusé, sentándome en la silla; pero á sus reiteradas instancias ocupé el sillón; y vi entonces que los cómicos, ante aquella prueba de consideración que su Director me otorgaba, respiraron tranquilos, dirigiéndome miraditas llenas de refinada amabilidad y de profundo respeto.

El galán joven, sobre todo, no sabía cómo hacerme olvidar su anterior impertinencia, y durante los entreactos se me acercaba melosamente, y hacía tales elogios de mi obra, que, de haberle creído, me habría yo considerado como el primer autor cómico del mundo.

Terminó el ensayo sin que yo tuviera que hacer la menor observación. Tal era el cariño con que el egregio actor había dirigido mi obra.

El público, aquella noche, sancionó con sus aplausos la labor, verdaderamente notable, de todos los artistas, y mi comedia, gracias á Novelli, recorrió los principales teatros de Europa y de América.

Mientras duró la temporada no hablamos ni una palabra de lo del sillón.

Llegué á dudar de que Novelli se hubiera enterado del incidente.

Habían pasado diez años justos.

En los últimos días de Marzo de 1898 llegué á Venecia, después de haber recorrido las principales poblaciones de Italia.

Desde allí escribí á mi querido amigo Carlos Boselli, cultísimo literato de Milán y gran conocedor de la literatura española, diciéndole: «Salgo para ésa. Espéreme usted en la estación.»

Boselli y yo sólo nos conocíamos por los retra-

tos. Nuestra amistad se había acrecentado por cartas, con motivo de haber él adaptado algunas de mis obras al dialecto milanés.

El 1.º de Abril llegué á Milán.

En la estación me esperaba el amigo Boselli, en quien tuve un excelente y cariñoso *cicerone*.

Con él visité aquella misma tarde al insigne autor Marco Praga, presidente de la Sociedad de Autores italianos, de cuya organización y marcha administrativa me enteré minuciosamente.

Marco Praga no es sólo un autor dramático de mucho talento y atrevida originalidad; es un espíritu organizador y hombre competentísimo en materia de propiedad intelectual.

Sus compañeros le deben la completa percepción de sus derechos.

Marco Praga es el Sinesio Delgado de los autores italianos.

No sé si éstos serán tan ingratos con él como fueron los nuestros con Sinesio...

.....
 Cuando acabábamos de comer en el hotel, le pregunté á Boselli:

—¿Qué hay de teatros en Milán? ¿Adónde podemos ir esta noche?

—El teatro de *La Scala* no funciona. Se abrirá dentro de breves días con unos conciertos dirigidos por Mascagni. Actualmente no está abierto más teatro de importancia que *Manzoni*.

—¿Con qué compañía?

—Con la de Novelli.

—¿Novelli? ¿Está en Milán el amigo Novelli?— contesté con alegría.—Pues vamos á verle inmediatamente. Quiero darle un abrazo.

Y llegamos al teatro *Manzoni* cuando terminaba el primer acto de *Papá Lebonard*.

Rogué al portero del escenario que pasara mi tarjeta al *signor Direttore*, y, á los pocos minutos, Novelli vino apresuradamente á mi encuentro, y abrazándome efusivamente, me condujo á su *camerino*.

—*Senti, Olga*—dijo presentándome á la bellissima Gianini.—*Il mio carissimo amico Vital Aza*. ¡Cuánto me alegro de *rivederli!*

Y, estrujándome entre sus brazos, añadió ofreciéndome una butaca al lado de la hermosísima actriz:

—*Sedete qui, mio caro*. *Questa poltrona*—agregó ahuecando la voz—*non è la poltrona del Direttore!*

Y Novelli soltó una franca y sonora carcajada.

La misma que yo recordaba haber oído entre bastidores el día del ensayo general de *Il cappello a cilindro*.

Indudablemente Novelli se había enterado del incidente del sillón.

VITAL AZA.



LOS MEJORES AMIGOS

Fot.ª de Reid.

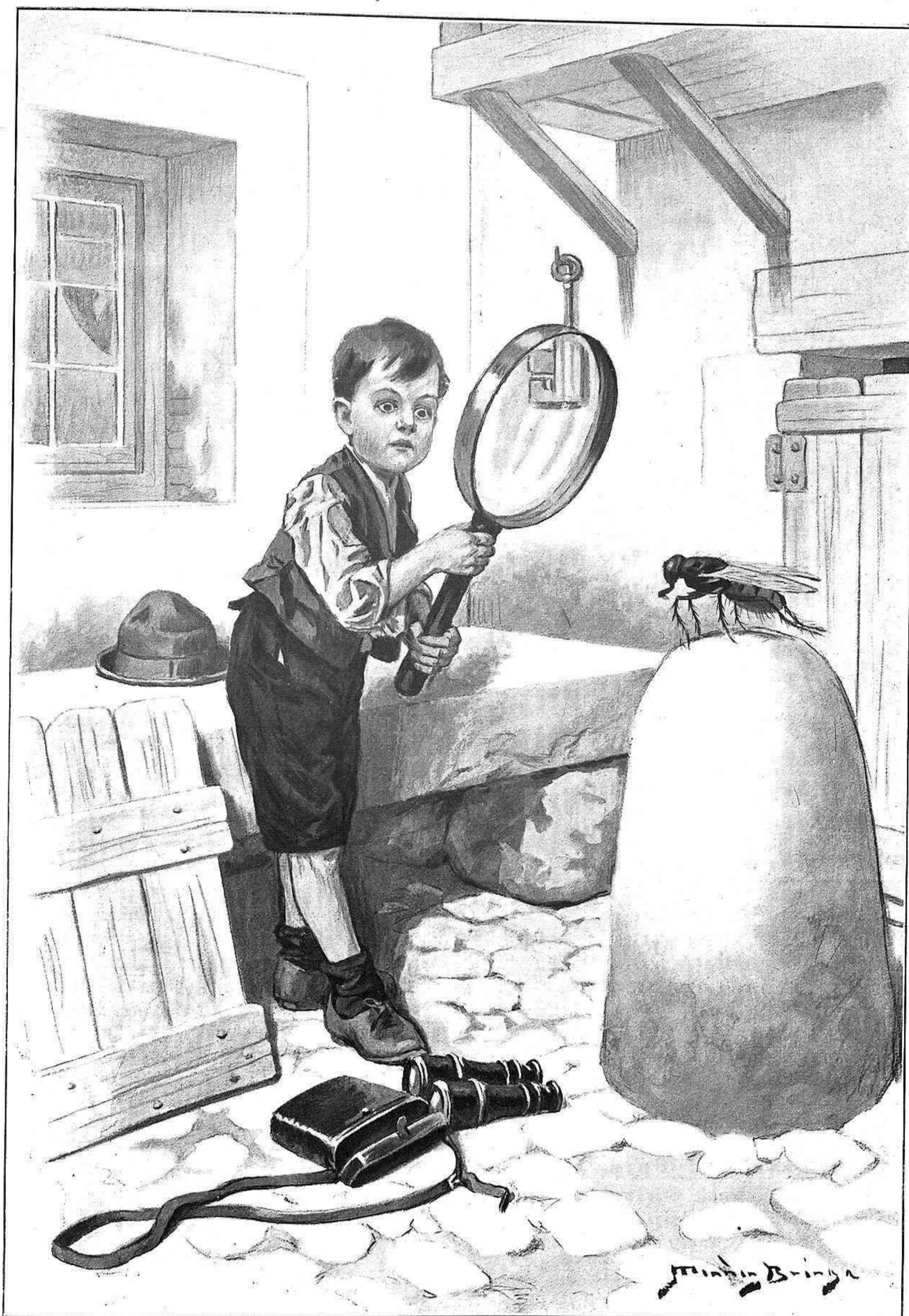


LOS NATURALISTAS

[56

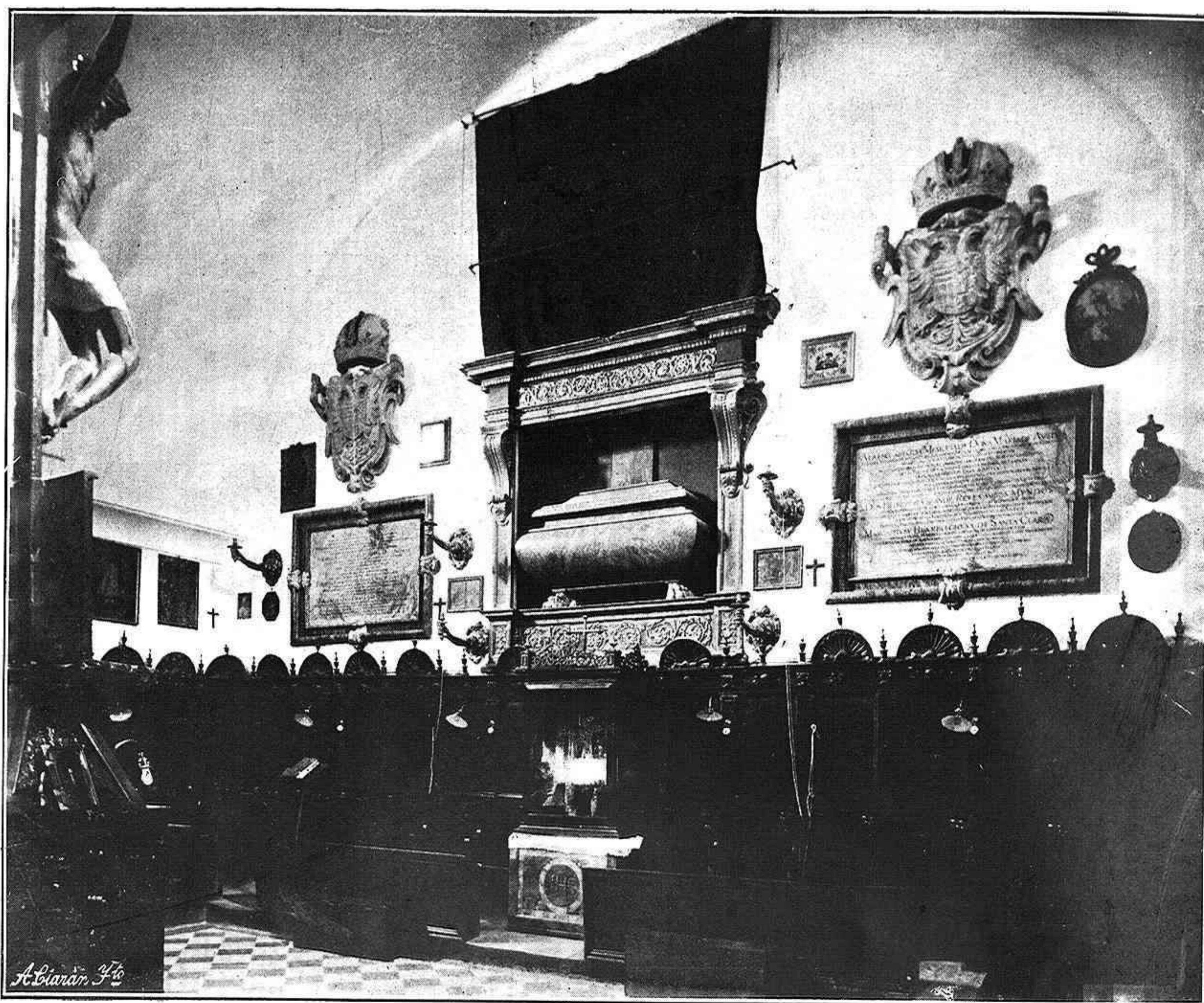
Cuadro de Jiménez Aranda.

Fot.® de Lacoste.



SENTIDOS CORPORALES

La vista, por Narciso Méndez Bringa.



Monasterio de las Descalzas Reales de Madrid. — Testero principal del coro.

Ó REINAS Ó SANTAS

EN los doce únicos felices años que duró el matrimonio de la incomparable D.^a Isabel de Portugal con el galante y gallardo emperador Carlos V de Alemania, rey de España, fueron todos sus hijos verdaderos frutos de bendición. Aunque la virilidad del tálamo y de la raza se manifestó en los cuatro varones que tuvo, solamente sobrevivió con toda su pujanza moral é intelectual en uno, el que fué después rey de España, Felipe II: los otros tres, D. Juan y D. Fernando, murieron en el primer año de nacidos, y el tercero, sin nombre, en el momento de nacer. En el mausoleo de párvulos del Panteón de Infantes de El Escorial sólo se halla el del primero, nacido en Valladolid el 19 de Octubre de 1537 y muerto en la misma ciudad el 29 de Marzo de 1538: de los otros dos sólo da noticias el P. Flórez en sus *Reinas Católicas*, y abrigo el temor de que están equivocadas.

Pero de la descendencia Real é Imperial de Car-

los y de Isabel, las dos soberanas prendas puede decirse que fueron aquellas sus dos admirables hijas, D.^a María, que fué emperatriz también, y D.^a Juana, princesa de Portugal, en quienes hizo más que realizarse la excelsa aspiración de la venturosa madre, pues á la más íntima de sus damas, hablándola de ellas, cuando las estrechaba contra su corazón, la expresaba que habían de ser *ó Reinas ó Santas*, y puede decirse que, en efecto, las dos fueron *Santas y Reinas*.

Casó la primera con su primo hermano Maximiliano II, electo ya rey de Romanos, é hijo del emperador Fernando, hermano de Carlos V y de la emperatriz Ana, hija de Ladislao, rey de Hungría y de Bohemia. Murió éste en 1576, dejándola viuda, de treinta y ocho años, en todo el esplendor de su majestad y de su hermosura, y abandonando á Viena volviósse á España, acompañada de la última de sus hijas, la archiduquesa Margarita, que á la sazón sólo frisaba en los seis años. Aunque el rey Felipe II, su hermano, trató de confiarla el gobierno de las provincias bajas, declinó un honor incompatible con la dignidad que durante diez años había osten-

tado compartiendo el Trono Imperial, y consagrada á la vida de la perpetua contemplación extática se redujo á aquella celda de las Descalzas Reales, en que hizo profesar á su tierna hija y donde, reuniendo todos los objetos que habían constituido la supremacía de su corazón, se limitó á ser pasiva espectadora del reinado sucesivo de sus hijos, los emperadores Rodolfo II y Matías, en Alemania, y de las dichas de su otra hija, la archiduquesa Ana, compartiendo el tálamo y el Trono de Felipe II de España, á quien daba un sucesor para su Corona, y aunque dejó investido de la Púrpura cardenalicia al tercero de los de su prole varonil, el archiduque Alberto, y gobernando en nombre de Felipe la recién conquis-

tada Corona de Portugal, desde aquella celda también logró verle, renunciando los hábitos talarés eclesiásticos, rehabilitarse mediante dispensas pontificias para el matrimonio, contraerlo con la infanta D.^a Isabel Clara Eugenia, la princesa de mayor belleza y distinción que existía entonces en Europa y partir con ella al gobierno de los Estados de Flandes, casi convertidos por Felipe II en autónomos, para que los dos tuvieran un verdadero rango soberano.

Si todos aquellos matrimonios y las combinaciones políticas que se deducían de ellos se laboraron en la celda habitada por la emperatriz María en las Descalzas Reales, adonde se recluyó, otras obras fueron ejecutadas por su propia iniciativa y desde



La emperatriz María orando ante un crucifijo.

aquel lugar, que siendo comprobación de lo extremado de sus virtudes, demostraban, á la vez, toda la pureza de la sangre de Juana de Aragón y de Carlos de Gante, de que la Emperatriz provenía, y de quienes la había heredado. Con los afectos íntimos y apasionados de la primera, á aquella celda condujo el retrato del emperador Maximiliano, en el propio ataúd con que fué sepultado en los Franciscanos de Viena; allí acopió los retratos de sus hijos, el emperador Rodolfo II y el archiduque Alberto, juntamente con el de la reina doña Ana, y aunque la archiduquesa Margarita, que al tomar el velo de las Clarisas el 25 de Enero de 1584, y al profesar el día de la Encarnación del año siguiente de 1585, había

adoptado el nombre de Sor Margarita de la Cruz, allí era la asidua compañera de su soledad, allí multiplicó sus retratos, debidos á los pinceles más diestros de España, para gozar su efigie en todas las evoluciones de la edad y del estado que se resignó á tomar. El carácter del segundo se reflejaba del mismo modo en ella, en la concepción de las diversas obras que fundó ó que protegió con la esplendidez heredada en estirpe. La última de estas fundaciones fué el Colegio Imperial de los Padres Jesuitas y la Basílica de San Isidro, aneja á él. Todavía en aquel templo y en las reliquias que conserva aquella casa, ya destinada á otros servicios, sus memorias por todas partes la denuncian como una Santa.

De la princesa D.^a Juana, infanta de Castilla y

princesa de Portugal, la biografía entera se condensa en la inscripción puesta en su magnífico retrato que las Clarisas de las Descalzas Reales custodian, teniéndolo siempre á la vista en el coro de su magnífico Monasterio, que bien puede llamarse el Escorial de Madrid; esta biografía dice que «nació en Madrid el 23 de Junio de 1536; casó con el príncipe D. Juan de Portugal en 1552; fué madre del rey D. Sebastián; quedó viuda en el de 1554; se volvió á Castilla en el mismo año; estuvo en Valladolid gobernando estos reinos, por ausencia de su padre y hermano; fundó este Real Monasterio en el año de 1556, y el Hospital de la Misericordia, que concluyeron sus testamentarios y se abrió en 1601, habiendo antes

muerto su Alteza en el Real Monasterio de El Escorial, á 7 de Septiembre de 1573, á los treinta y siete años de su edad. Trájose su cuerpo á esta Real casa, donde se colocó en la capilla que llaman de S. A.».

No fué esta la única fundación de su piedad y de su grandeza. En Alcalá fundó el Colegio de San Agustín; en Madrid ayudó á la de San Felipe el Real y á la emperatriz María, su hermana, á los proyectos para la del Colegio de los Padres de la Compañía de Jesús. Sus talentos se avaloran con el gobierno que en sus manos dejaron su padre el emperador Carlos V y su hermano el rey Felipe II. Túvola éste, mientras vivió, por la más entendida consejera en la obra insigne del Monasterio de El Escorial, y en la de las Descalzas Reales, construído sobre el area del palacio de recreo que su padre tenía en el lugar que el edificio se levanta, hizo consagrar el sitio que había ocupado el lecho en que nació, para que allí mismo se colocara, cuando muriera, su sepulcro. Los historiadores contemporáneos suyos, elogiando su *honestidad y recato*, cuando, viuda, ejercía en Valladolid las funciones soberanas que el Emperador en su ausencia dejó encomendadas á ella, nos han conservado esta anécdota: Murmuraban los Embajadores extran-



D.^a Juana de Austria, fundadora de las Descalzas Reales.

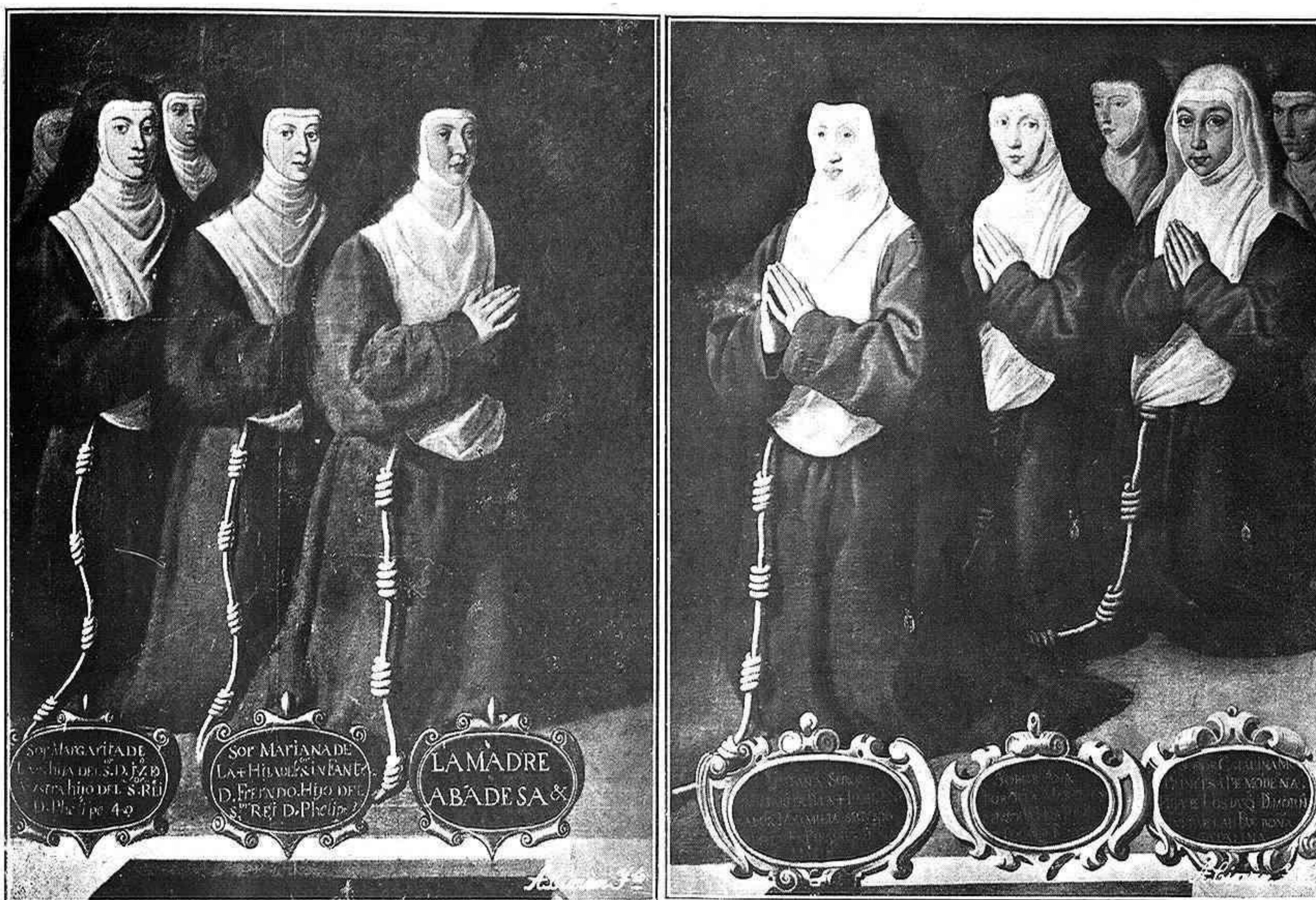
jeros, y más que todos el Nuncio de Su Santidad, de que cuando les recibía en audiencia se presentase con el rostro cubierto por un velo, pues decían que en esta forma ignoraban si era en realidad la Princesa-Gobernadora con quien hablaban. Súpolo la Princesa, y desde entonces, al recibir á los Embajadores y Ministros, se alzaba el velo y les preguntaba:

—¿Soy la Princesa?

Y cuando con la debida reverencia se la contestaba afirmativamente, volvía á dejarlo caer.

La princesa D.^a Juana ni vistió nunca el hábito, ni aceptó la reclusión; pero su vida en el mundo estuvo adaptada á la rigurosa imposición de los votos, y de la casa que fundó hizo un seminario de Princesas *santas*. Las primeras de todas fueron

su augusta hermana la emperatriz María y su augusta sobrina la archiduquesa Margarita, Sor Margarita de la Cruz. Después, consecutivamente, vinieron á profesar en aquella casa la Serenísima Señora Sor Catalina María de Este, hija de los príncipes de Módena Alfonso III é Isabel de Saboya, y nieta de la infanta Catalina y del duque Carlos Manuel *el Grande*, que tomó el hábito de ocho años de edad, en el de 1622, y murió sin profesar, en 1628, por no tener la suficiente; la Serenísima Sor Ana Dorotea, archiduquesa de Austria, hija del emperador Rodolfo II, que tomó el hábito á los doce años de edad, en el de 1628, y murió en el de 1694; y más tarde confundieronse con éstas las hijas no legítimas de algunos Príncipes, como la Serenísima Señora Sor Mariana de la Cruz y Austria, hija del infante-cardenal D. Fernando, que tomó el hábito de cinco años de edad, en el de 1646, profesó en el de 1659 y murió en el de 1715, y la Serenísima Señora Sor Margarita de la Cruz y Austria, que tomó el hábito de seis años de edad, en el de 1656, profesó en el de 1666 y murió en el de 1686. Esta fué hija del Sr. D. Juan José de Austria, bastardo de Felipe IV, y de Rosa de Ribera, la hija del pintor *el Spagnoletto*, á quien D. Juan se la robó en Nápoles,



Serenísima Sor Margarita de la Cruz y Austria, hija de D. Juan José de Austria, y nieta del famoso pintor José de Ribera el Espagnoletto.

Serenísima Sor Mariana de la Cruz, hija del infante D. Fernando de Austria, hermano del rey Felipe IV.

Excma. Sor Juana de la Cruz y Borja, abadesa y hermana del duque de Gandía, San Francisco de Borja, muerta en olor de Santidad.

Archiduquesa Sor Margarita de la Cruz, hija del emperador Maximiliano II y de María de Austria, infanta de España.

Archiduquesa Sor Ana Dorotea de Austria, hija del emperador Rodolfo II.

Princesa Sor Catalina de Este, hija de los duques de Módena Alfonso III e Isabel de Saboya, y nieta de la infanta Catalina y de Carlos Manuel, el Grande.

Fotografías de Moreno.

cuando fué allá á apaciguar la revolución en Masaniello.

Es indudable que desde los siglos medios ningún otro Monasterio de España tuvo en su seno mayor número de Princesas de la sangre. Eran la descendencia de la emperatriz D.^a Isabel de Portugal, la hermosísima consorte de Carlos V, la cual

decía á sus damas en presencia de sus hijas: «*Todas han de ser Reinas ó Santas.*» Y lo logró venturosamente, siendo muchas, todas las nietas de Juana de Aragón y Felipe *el Hermoso*, así en el Trono, como en el claustro, *Santas y Reinas.*

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.



Javier Mendiguchia.

Juan Bonafé.

Manuel González.

Ernesto Vilches.



Julia Martínez.

Mercedes Pérez de Vargas.

Adela Carbone.

Irene Alba.

Pedro Zorrilla.

ACTRICES Y ACTORES

por Fresno.

El terrible pesimismo.

MISTER H. Brain llegó á Madrid radiante de alegría y pletórico de entusiasmo. En su imaginación se agolpaban los recuerdos de lecturas sobre España y en tropel barajábanse nombres, fechas, sucesos y obras.

¡Su sueño dorado podía al fin realizarse! Iba á conocer Iberia, á revivir la época de fechas gloriosas, á conocer de cerca cuanto elemento notable tenían los españoles, á estudiar, á analizar, á ver, á oír, á aprender y á volver á Inglaterra satisfecho y convencido de que la potente raza española no había decaído, ni su pueblo olía á cadáver. Para convencerse de ello y, si era preciso, luego decírselo al mismo Chamberlain, había hecho el viaje hasta la propia capital del reino español. ¡Oh, él sentía profunda admiración por España y conocía bien la historia de sus hombres!

Carlos V, Cervantes, Velázquez, Quevedo, Calderón, Lope, Murillo, Zorrilla, Goya, Prim, Cánovas, Chapí..., en revuelto montón se le aparecían y sus grandezas, cada uno en el orden de vida en que se habían desarrollado sus aptitudes, venían á animarle, para que estudiase su Patria, para que viera á sus sucesores, para que se saturara del ambiente en que habían inmortalizado su nombre.

Mister Brain, muy contento, buscó á cierto amigo suyo, español de nacimiento y residente sempiterno en Madrid. Nadie como él le pondría en condiciones de realizar sus deseos, de emplear bien el viaje y de conseguir una copilación de sus gustos. Pintores, literatos, artistas, políticos, habían sucedido á aquellos que ya pasaron, y ellos le darían la medida de la actual fuerza de España. Mister H. Brain encontró á su amigo y le explicó su plan.

—¿Está usted loco, querido amigo? ¿Para eso ha venido usted desde tan lejos? ¡Bien dicen que los ingleses son ustedes sumamente caprichosos y que por contemplar un cuadro ó ver una puesta del Sol son capaces de correr las siete partidas! Los hombres de España... ¿Los hay, acaso?

Esta declaración franca y brutal alarmó momentáneamente al viajero, pero luego reflexionó que tal vez su amigo quisiera burlarse de él. ¿Cómo? ¿Era posible que ya no hubiese nada? ¿Que todo se hubiese acabado? ¿Y era un español neto el que así lo confesaba?

Mister Brain comenzó á invocar recuerdos, y de su boca afluían nombres gloriosos que crispaban los nervios de su interlocutor.

—Sí, sí, exacto. Ese fué un gran hombre... y ése..., ése también... ¡Oh, si ése viviera!...

No se dió por convencido el inglés y quiso investigar de su amigo quiénes eran los que habían ocupado las vacantes.

—Verá usted. Esas sí lo han sido, pues aquí no puede quedar desalquilado por mucho tiempo nada. Pero una cosa es colocarse en el sitio que ocupó otro y muy diferente ser sucesor directo. Yo no he conocido á todos esos que usted dice, pero he alcanzado á los más modernos, que también han desaparecido, y veo la diferencia. Yo le pondré á usted en contacto con quienes pueden ilustrarle más que yo.

Aquella misma tarde, mister H. Brain y su amigo entraban en el Congreso y platicaban con un viejo diputado.

—Sí, amigos míos, esto se va. Ya no es la política lo que era. Ya no hay hombres de la seriedad y firmeza que aquéllos. Ahora todo es política menuda, de cabildeo, sin importancia. Nada; la decadencia de los tiempos.

Apuntó el viajero aquellas impresiones y salieron.

—Vamos al teatro.

—Vamos.

No habían andado muchos pasos cuando fueron á dar frente á un célebre dramaturgo, ya retirado de las luchas teatrales.

—¿Escribir yo? ¿Para qué?—dijo al ser interrogado.—Ya no hay quien interprete las obras. Aquellos Vico, Calvo, la Boldún, Romea, Caltañazor, todos, todos desaparecieron, y ahora ya no hay quien cumpla como ellos. ¡Estamos en una decadencia horrible!

Cuando el ilustre escritor alejóse, Brain hizo una nueva apuntación y confesó que renunciaba á ir al teatro; ¿para qué, si ya no hay actores?

—Iremos á los toros.

—¡Eso sí que no!—arguyó el español.—De eso entiendo yo mucho y sé que desde que murieron *Lagartijo* y *Frasuelo* y se retiró *Guerrita* no hay nada que valga la pena.

—¿Hay ópera?

—¡Oh, aquellos tiempos de Gayarre, Stagno, la Kupfer, la Sembrich, la Patti!...

—Á ver bailar sevillanas y otros bailes españoles...

—Están adulteradas aquellas Macarronas, Coquineras... Lo castizo, lo clásico, lo típico. Ahora se llaman *divettes* y *chanteusses*.

—Acudamos á algún círculo político, donde se hable mal del Gobierno, se exalten las pasiones y se vean los ardores de los que vienen á la lucha.

—No hay nada de eso. Sólo veremos algún que otro socio que juega al *pocket* ó que duerme en un mullido diván.

—En fin, ¿qué podemos hacer?

—Nada.

—¿No tienen ustedes salvación?

—Ninguna.

—¿Se dejan ustedes morir?

—Nos dejamos.

Mister H. Brain, completamente filosófico, regresó á la fonda, cargó de nuevo con la maleta, apenas comenzada á deshacer, y se dirigió otra vez á la estación acompañado de su amigo.

Cuando se acomodó en el coche que le alejaba de Madrid, asomóse á la ventanilla y se dirigió á su amigo:

—Me marchó descorazonado. Ustedes dicen que

no tienen nada, que todo está muerto y que no hay solución posible. Pues, amigo, péguense un tiro y no se quejen, no del tiro, que si se lo dan bien no les dará punto á queja, sino de que los demás les tengan por pueblo acabado. Son ustedes los propagandistas de su propio mal, y en los hombres como en los pueblos el que se deja invadir por el pesimismo se hunde. Luego no protesten.

El tren arrancó en su marcha y mister H. Brain se alejó mucho más triste que había llegado, pidiendo á Dios que salve á España, á pesar de los españoles.

A. R. BONNAT.



LA PRIMAVERA

Cuadro de Juan Francés.

MELONADA

Oculto por las hojas
De su mata soberbia,
Y entre el maizal lozano
De una frondosa huerta,
Me acuerdo que vi un día,
Allá en mi adolescencia,
De un melón solitario
La verde calavera.
Mis manos retozonas
Del fruto se apoderan,
Y ahora por el aire,
Después por la pradera,
Con infantil anhelo
Le dí *la mar* de vueltas.
Luego, de una navaja,
Inquieto, armé la diestra
Y abrí al melón dos ojos,
Nariz, boca y orejas,
Poniendo de mazorcas
La rubia cabellera.
Con una calabaza
Pulida, amarillenta,
Logré, *petit artiste*,
Formar una chistera...
Sólo faltaba cuerpo
Á la sin par cabeza;
Clavé, pues, el melón
Tallado á la moderna
Sobre la aguda punta
De una caña, que apenas
Podía con el peso
De la infantil tarea.
Y cuando me alejaba
Mirando la melena
Batida por el viento
Y encima la chistera,
La caña balancearse
Y con prosopopeya
Erguirse la escultura,
—Total, una corteza—
Me dije ingenuamente—
De agua y pepitas llena...
.....
¡Vaya una melonada
La de mi adolescencia!
Las veces que me acuerdo
De tan extraña idea,
Y qué á menudo pienso
Mirando una *colmena*:
¡Ay! ¡Como aquel melón
Cuántos hay en la tierra!

GONZALO DE QUIRÓS.





EL VOTO

Cuadro de Francisco Pradilla.

Peregrinación de Nuestra Señora del
Buen Consejo, en Gennazano (Roma).



LECTURA DE ANACREONTE (GRECIA CLÁSICA)

Cuadro de Francisco Pradilla.



SENTIDOS CORPORALES

El Gusto, por Narciso Méndez Bringa.



FOLLETÍN

VENTURITA, en aquellos tiempos ya lejanos, se ganaba la vida como Dios le daba á entender, y bien á las claras dábase á entender Dios que había de ganársela trabajando. El familión que sobre los hombros del infeliz muchacho pesaba era tal, que no le permitía andar con aquí la puse, sino que, muy al contrario, obligábale á sacar fuerzas de flaqueza y á echar mano de todo aquello que, decorosa y honradamente, pudiera añadir un garbanzo más á la olla.

Poseía Venturita varias habilidades, y de todas ellas supo obtener algún provecho; pero la que, sin duda alguna, le dió más ventajoso resultado y le proporcionó mayores beneficios, fué la de hacer, copiándolos de fotografías, retratos de tamaño natural al carbón. Tenía para ello Venturita extraordinarios garbo y destreza, y no pocas veces, á juicio de los propios interesados, alcanzaba con algún rasgo de artística adivinación á sobrepujar en parecido á la fotografía de donde copiaba.

Expuso en un comercio de un tendero su amigo, establecido en una calle céntrica de Madrid, un interesante retrato de una actriz francesa, muy linda por cierto, y sobre el marco dorado del dibujo

prendió un letrerito que decía: «Se hacen como la muestra por 10 pesetas.» En tan poco estimaba Venturita su pericia y arte, ó á tanto le obligaba el número de bocas abiertas en su casa.

Al principio caían los peces que era una bendición y recibió encargos á docenas. Tal vez llegó á pensar, estimulado por la fiebre del trabajo, que iba á hacerse rico si aquello seguía. Dibujaba de día y de noche, con prisa, sin descanso alguno, pero sin fatiga también, con ese brío y esa desenvoltura que dan ¡ay! los veinte años no cumplidos aún. Todavía quedan ejemplos y testimonios de aquella ilusionadora demanda, en el cuarto de trabajo de algún actor, en el gabinete de tal aristocrática damisela, en la secretaría del Ayuntamiento de algún pueblecillo castellano..., en mil sitios, en fin.

Pero como no hay bien ni mal que cien años dure, los encargos comenzaron á escasear, por causas complejas y varias (¡oh, la competencia!), y al cabo llegó un día en que Venturita contempló aterrado sus lápices y carboncillos en quietud siniestra, más parecida á la de la muerte que á la del descanso.

Y así estaba cierta mañana, dando vueltas en su dormitorio, preocupado con las veleidosas mudanzas del tiempo y de la suerte, considerando lo efímero de las modas artísticas, sin retrato alguno que hacer y pensando ya, con abnegación de verdadero mártir, en tirar la atarraya por otras aguas menos surcadas que aquellas del dibujo, cuando oyó, y el corazón se le subió á la nuez al oírlo, que llamaban á la campanilla del humilde cuarto en que vivía.

—¡Un encargo!—articuló en voz alta, dándoles un solemne mentís á los críticos de teatro que discuten la verosimilitud del *monólogo*.—¡Un encargo! ¡Lo esperaba! ¡He soñado con él esta noche! ¡Seguro! ¡Un encargo! ¡La cabeza pongo á que es un encargo!

Aplicó el oído, y llegó hasta él este dulce coloquio, entablado entre una persona desconocida y la ilustre fregona de su casa.

—¿Es aquí donde vive ese señor que pinta retratos?

—Aquí es; sí, señor. ¿Qué se le ofrece á usted?

—Dígale usted que lo antes que pueda se llegue al número 35 de esta misma calle, piso primero de la derecha, á hablar con un caballero que le necesita.

—Está bien. ¿Al 35?

—Sí; primero derecha.

—Está bien.

—Que no falte.

—Ahora mismo voy á dale el recaó.

¡Y tanto como no faltó Venturita! ¡Si aquella visita era cosa providencial! ¿Qué sería ello? Porque semejante encargo, que no llegaba á él por medio del tendero su amigo, debía de tener alguna particularidad favorable.

Venturita, sombrero en mano, en menos que se dice se halló en el comedor de la casa número 35, piso primero de la derecha, frente á un señor gordo, cano, pelado al rape, y con un bigote pequeño y mordido, quien se desayunaba tranquilamente con dos huevos pasados por agua, chocolate, leche y dulce de frutas... ¡Mucho más de lo que Venturita iba á almorzar tres horas más tarde!

—¿Usted es el artista que hace esos retratos?—preguntóle al muchacho, mirándolo con simpática curiosidad.

—Servidor de usted.

—¡Qué joven!

—¡Psche!

—Siéntese usted. ¿Usted gusta?

—Mil gracias: que á usted le aproveche.

Sentóse Venturita y esperó. El señor gordo—lo nombraremos así para darle al lance toda la envoltura novelesca que ha menester—no comía, devoraba, pero en silencio. Á sus ojos asomaban chis-

pas de una grave preocupación que agitaba su espíritu.

Acabó de engullirse el desayuno sin decir ni pío, se enjuagó la boca, mandó salir á la criada que le servía, cerró misteriosamente la puerta de la estancia, y acercándose al artista y poniéndole una mano en un hombro, dijole gravemente y un poco pálido:

—Yo necesito sus servicios de usted.

—Y yo estoy á sus órdenes—contestó Venturita, sorprendido de la extraña turbación del señor gordo, cuyo corazón latía con violencia debajo del chaleco.

Sacó el hombre del bolsillo una vieja cartera, hinchada de papeles, y de uno de sus escondrijos una fotografía pequeña y redonda, pegada á un cartón, como de haber estado en un dije. Era el retrato de una jamona respetable, no mal parecida.

—¿Podría usted hacer una buena ampliación de este retrato?

Venturita hubiera contestado en el acto que sí, sin mirarlo siquiera; pero para inspirarle confianza á aquel buen señor, lo examinó minuciosamente antes de contestarle. Un reo en capilla no espera la lectura de su sentencia con mayor ansiedad que el señor gordo esperó la respuesta de Venturita.

—Sí, señor—dijo al fin.—Me comprometo á hacer la ampliación, y quedará perfectamente.

—¿Y qué puede usted tardar?

—Dos ó tres días.

—Bien. Si quedo satisfecho, usted lo quedará asimismo. Si por desgracia no me gustara su trabajo, usted no perderá más que el tiempo.

—Entendido. Un millón de gracias. Yo haré cuanto esté de mi parte por complacer á usted. ¿Me manda otra cosa?

—Sí, señor; porque hay en este encargo una circunstancia anormal; singularísima.

—¿Cuál es?

Y el señor gordo, después de cerciorarse de que la criada no escuchaba detrás de la puerta, dijo con voz temblona:

—Esta fotografía no puede salir de mi casa.

—¿Ah, no?

—No, señor; de ninguna manera.

—Le aseguro á usted que no la pierdo.

—Esa es su voluntad de usted. Pero ¿y un descuido? ¿un incendio? ¿un robo? ¿quién puede evitarlo? Y si esta fotografía se perdiera... ¡Dios del cielo! ¡no lo quiero pensar!... ¡Hay tanto..., tanto... detrás de este pedacito de cartón!

Venturita, que estaba con la boca abierta, rompió á sudar y respondió cuando pudo:

—Entonces... tendré que venirme á trabajar aquí.

—Justamente: tal es mi deseo. Ya sé que estas molestias valen algo. Descuide usted que no se



arrepentirá de venir á mi casa. Todo, menos que salga de ella la fotografía.

La noticia se comentó grande y donosamente en la del artista. Se le calculó precio al trabajo, se hicieron cábalas y planes llenos de las esperanzas más locas, y al día siguiente por la mañanita, con la fresca, trasladó Venturita todos sus trebejos de dibujo á la casa del señor gordo y puso manos á la obra.

El señor gordo lo veía trabajar complacido. Venturita callaba, pidiéndole á Dios acierto para sus manos ágiles.

—Yo quiero—exclamó de pronto rompiendo el silencio, que sólo turbaba el roce del carboncillo en el papel,—que ponga usted sus cinco sentidos en este retrato. ¡Parecido! ¡mucho parecido, sobre todo! Dios sabe el juego que podrá dar andando el tiempo... Usted es muy joven, y no ha visto el mundo más que por un agujero todavía... Desconoce usted las complicaciones de la vida; sus luchas, sus miserias... Ya hablaremos un día despacio.

Venturita empezó á alarmarse. ¿Qué misterios y qué tapujos eran aquéllos? «Complicaciones de la vida..., luchas..., miserias»..., y todo con motivo de un rétrato que estuvo en un dije...

Tenía el dibujante la costumbre, adquirida en sus primeros é inocentes tanteos, de trazar el perfil de los retratos en un papel de escaso valor, á manera de borrador del dibujo, y luego pasarlo cuidadosamente á un segundo papel más primoroso y caro donde lo *sombreaba*—esta era la palabra—y le daba gallardo remate. Así lo hizo en aquella ocasión; y al ir á guardar, después de la delicada maniobra, y cuidadosamente doblado, el ya inútil perfil, le preguntó el señor gordo trémulo y anhelante:

—¿Qué hace usted?

—¿Eh?—murmuró asustado Venturita.

—¿Que qué hace usted?

—Guardar este perfil: ya no sirve. Por curiosidad conservo todos los perfiles de cuantos retratos he hecho.

—Menos éste.

—¿Menos éste? ¿Por qué?

—¡Porque éste hay que quemarlo!

—¿Quemarlo?

—¡Y aventar las cenizas!—añadió con voz sorda.

Aquelio ya no tenía gracia. Al dibujante, al menos, maldita de Dios la que le hizo. Pero lo que acabó de ponerlo en cuidado y zozobra fueron estas vacilantes palabras que á media voz rezongó el señor gordo, mientras hacía pedacitos el papel inútil:

—Si le digo á usted que... Hay cosas... Yo no quiero hablar todavía, pero... La familia, amigo, la

familia... Intereses..., herencias... Puede, puede que tenga usted que intervenir en algo... ¿Usted es mayor de edad?

Venturita no veía ya la hora de acabar el retrato y salir de aquella casa para siempre. Los dedos se le antojaban huéspedes al infeliz. Llegó á imaginarse complicado y cogido en las redes de algún crimen misterioso y tremendo; porque el buen señor cada mañana se mostraba más confuso, más extraño y menos dueño de lo que decía. Y, lo que era peor: el artista lo había cogido ya en varias contradicciones y mentiras. ¡Un horror!

Llegó el momento deseado.

—No le toco más—exclamó Venturita contemplando su obra.—¿Qué le parece á usted?

El señor gordo la elogió sin medida.

Entonces, el mozalbete, satisfecho también del trabajo, afiló un lápiz y...

—¿Qué va usted á hacer?—saltó el otro deteniéndole bruscamente el brazo derecho.

—Á firmar—replicó sobresaltado Venturita.

—¿Á firmar?

—Sí.

El señor gordo se puso como la cera, luego como un tomate, y después le pasaron sucesivamente por el rostro todos los colores del iris: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, añil y violado.

Venturita, que estuvo á punto de llamar á la criada para que avisase al médico de la Casa de Socorro, se atrevió á decir tímidamente, en vez de tomar tan extrema resolución:

—Los que no me salen á gusto, no los firmo, pero éste...

Y antes que el trágico lápiz del artista se posara en el blanco papel para escribir allí su nombre, el señor gordo prorrumpió, con una sonrisa que era la mueca de una careta rota y quería ser una sonrisa:

—Es que..., es que... La verdad: es que quiero decir que lo he hecho yo.

Á Venturita le entró tal risa, que no tuvo fuerzas para protestar: á duras penas las tuvo para no soltar la carcajada delante de aquel pobre hombre, al ver deshecho y roto el folletín que él tramaba en su fantasía. El señor gordo lo remuneró cumplidamente, porque además de su personalidad y de su arte, compraba su silencio.

Perdona, lector, si no te ha interesado, ni siquiera te ha entretenido, esta aventurilla candorosa. Por si algún valor pudiera ello prestarle á tu juicio, sabe que es rigurosamente histórica, y que nos une estrecha amistad al dibujante protagonista.

S. Y J. ÁLVAREZ QUINTERO.



¡AMO la noche!... En la profunda calma
Que por el mundo, bondadosa, extiende,
Se purifica la virtud del alma,
Y en su infinito anhelo se suspende.

Cesó de los afanes encontrados
La terrible y confusa gritería,
Y reposan los cuerpos fatigados
Por el continuo trajinar del día.

La hora llegó niveladora y mansa,
Que la amargura de vivir destierra,
Y en sus brazos de paz todo descansa
En el amante seno de la tierra.

Entonces el espíritu animoso,
Libre del polvo terrenal impuro,
Vuela por el espacio misterioso
Buscando la palabra del futuro.

Trabaja el sabio en soledad fecunda,
Para labrar con sus divinas manos
Una nueva verdad que se difunda
Y suavice el dolor de los humanos.

Henchido de inefables ilusiones,
El poeta, febril, su canto lanza,
Llamando á los ajenos corazones
Á un concierto de amor y de esperanza.

Enciende sus antorchas Himeneo,
Piensa la enamorada en su fortuna,
Y florece la escala de Romeo
Que acarician los rayos de la Luna.

¡Oh, noche, hermosa y triunfadora noche,
Que das vida al ensueño inmarcesible
Cuando la reina Mab pasa en su coche
Con su cortejo alado é invisible!

Cuantos se rinden á tu dulce imperio,
Sabén poblar la soledad augusta

Con las visiones, hijas del misterio
Que, á la vez, nos halaga y nos asusta.

Y escucha las estrofas ideales
De un himno arrobador, jamás escrito,
Mientras siente las ansias inmortales
De subir á perderse en lo infinito.

No es verdad que cobijes con tu manto,
Del alevoso crimen la osadía...

¡Para incubar las horas del espanto
Hay también sombras en la luz del día!

Y en cambio el alma transparente y pura,
Que con sincera devoción te nombra,
Sabe que no eres, para el mal, oscura,
¡Porque halla luz hasta en tu misma sombra!

¡Oh, cuántas veces entregué mis duelos
De tu silencio á la solemne calma,
Bajo la amplia mirada de los cielos,
Que transforma los ímpetus del alma!

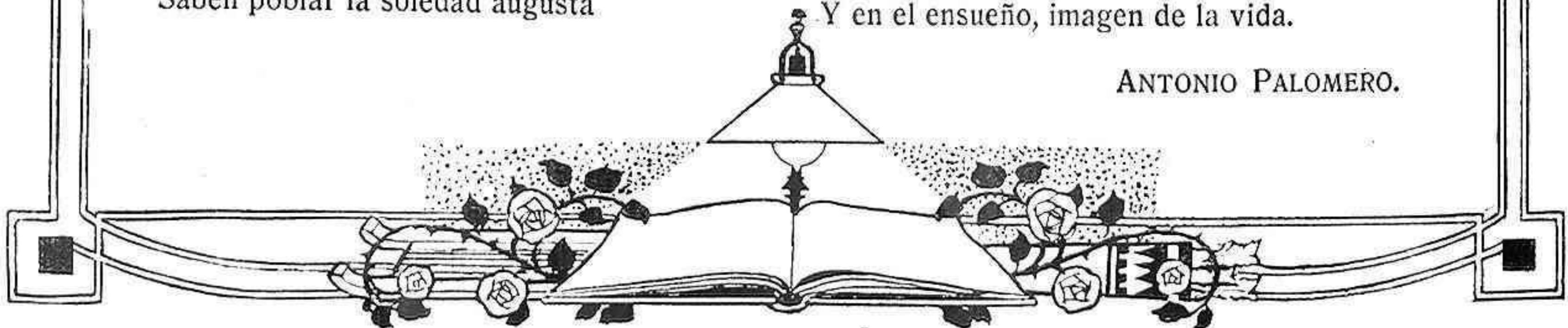
¡Cuántas, si la inquietud me consumía,
Te consagré mi corazón ferviente,
Por escuchar tu espléndida armonía,
De ritmo eterno, universal y ardiente!

Y aun buscaré tus horas perfumadas,
Para dejar mis íntimas querellas
Entre tus manos suaves, consagradas
Por el tibio fulgor de las estrellas.

Pobre enfermo, cansado peregrino
Que va con rumbo hacia el país lejano,
Contemplo las señales del camino
Que fulgen en tu reino soberano.

Porque el hombre que sabe comprenderte,
Ve que le muestras su misión cumplida
En el sueño, remedo de la muerte,
Y en el ensueño, imagen de la vida.

ANTONIO PALOMERO.

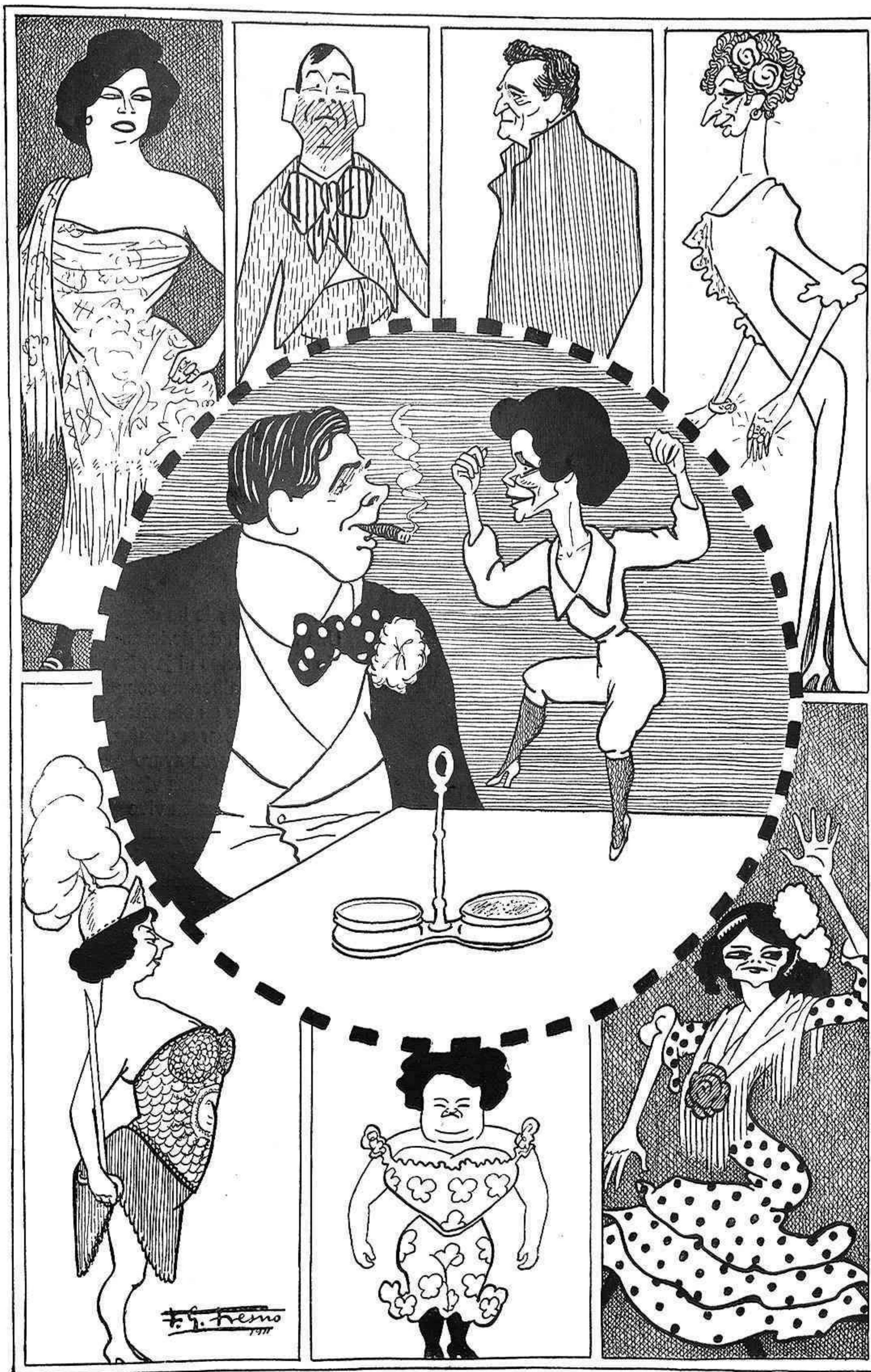


María Águila.

Julio Castro.

Jaime Ripoll.

Dolores Saavedra.



Elisa Román.

Enrique Chicote.

Matilde Franco.

Loreto Prado.

Dolores Girón.

ACTRICES Y ACTORES

por Fresno.



LAS TRES ESTRELLAS

LEYENDA GRANADINA

Á la corte de Alhamar
 Triste un rey llegado había:
 Era Aben Abid, que el cetro
 Y el alma dejó en Sevilla.
 Ni su espada ni sus ojos
 Del sol á los rayos brillan,
 Que están sus ojos nublados
 Y su espada fué vencida.
 No sonaban sus clarines
 Cuando á Granada venía,
 Pues no ha de marchar en triunfo
 Quien fugitivo camina.
 Sus riquezas y sus tropas
 Dejóse atrás en Sevilla.
 Aben Abid ya no quiere
 Más tesoro que sus hijas.

Al dolor y á la belleza
 Rinde Alhamar pleitesía
 Y abre liberal sus brazos
 Al rey moro de Sevilla.
 En su honor hácese fiestas
 En la corte nazarita;
 Si Aben Abid perdió mucho,
 Mucho en Granada conquista.
 En la colina que se alza
 Frente á la *Roja Colina*

Pródigo el rey le ha dispuesto
 Una mansión de delicias.
 No hay palacios ni jardines
 Que con su albergue compitan
 Del Albayzín en el centro,
 que Vega y Sierra domina.

De sus tesoros avaro
 Y de honda tristeza víctima,
 Junto á la Alcazaba vive
 Y por su reino suspira.
 Sólo las princesas pueden
 Ahogar su melancolía:
 Las tres hijas del rey moro,
 Del rey moro de Sevilla.

II

Nadie en el huerto encantado
 Vió nunca á las tres bellezas;
 Que es un claustro su retiro
 Y son flores sus diademas.
 Más de un doncel con su guzla
 Trovó de noche á su puerta...
 Pero amor cantado es aire
 Y el aire presto lo lleva.

No se abren los ajimeces
 Del huerto de las princesas
 Más que al sol que va á buscarlas
 Y burla el cristal por verlas.
 Al tronco regio caído
 Se unen las tres como yedra
 Y con besos de ternura
 La vida en el rey despiertan.

Xacharatadur es blanca
 Como nieve de la Sierra;
 Su continente gallardo
 Tiene majestad de reina.

Y sus ojos adormidos
 Lagos azules semejan
 Por los que en esquite de oro
 Boga la ilusión serena.
 ¡Bien te llaman, princesita,
 Que tú eres «árbol de perlas»!
 Si el nombre de *Leila* es noche,
 No otro mejor le pusieran;
 Que quien mire sus pupilas
 Con noche de amores sueña.
 Sus ojos, cual negro abismo,
 Atraen; su cabellera
 Como las alas del cuervo
 Es de brillante y de negra,
 Y entre sus labios de púrpura
 Y en su tez suave y morena
 La pasión honda y vehemente
 Sus vivos colores muestra.
 Conócese por *Amina*
 Á la otra linda princesa:
 Si es la menor por sus años,
 Es igual por su belleza;
 Que tiene los ojos verdes
 Y en su cabello flamea
 El rojo sol que en Andalus
 Torres y campos incendia.
 No en balde en sus verdes ojos
 Halla la dicha su emblema.
 Siempre sorprende la noche
 En el huerto á las princesas,
 Fijas la vista y el alma
 En la luz de las estrellas...
 ¿Quién descifrará el enigma
 Que tiene á las tres en vela?

III

La claridad de la luna
 En manto argénteo envolvía
 Á las hijas del rey moro,
 Del rey vencido en Sevilla.
 Dijérase que un hechizo
 Á las princesas cautiva;
 Que Amor les habla muy quedo
 Y á su lado nadie había.
 El geniecillo del agua,
 Que viste túnica nívea,
 Palabras dulces murmura
 En la fuente cristalina...
 Y al pie de la fuente yace,
 De amores desfallecida,
Xacharatadur la hermosa,
 Que por su amado suspira.
 Sortija de desposada
 Es la brillante sortija
 De crisólitos que el genio
 Pone en un dedo á la niña.
 Juguetón y enamorado
 Hasta *Leila* descendía
 El genio azul de los céfiros,
 Que en los espacios habita.

El cielo le dió su manto,
 Sus ecos suaves la brisa
 Y escala un rayo de luna,
 Pálido como la envidia.
 Todas las noches descende
 Y cuenta á *Leila* sus cuitas;
 Todas las noches extática
 La princesa se dormía
 Soñando con los rubies
 Que lucen en su sortija.
 Dejad que forme guirnaldas
 Con los claveles *Amina*;
 Que es el genio de las horas
 El que al alba, la visita,
 Y la orna con rojas gasas,
 Tan rojas cual sus mejillas.
 Fuego despiden sus ojos,
 Fuego en sus labios ardía;
 ¡Tate, tate, geniecico,
 Que ya es esclava la niña!
 Con azahar oloroso
 Ciñó la frente de *Amina*,
 Y con verdes esmeraldas,
 Más verdes que sus pupilas,
 Dió de su Amor el emblema
 En su preciosa sortija.
 Príncipes son y no genios
 Los que aman las princesitas:
 Príncipes son encantados
 Que á las tres bellas hechizan.
 Como estrellas resplandecen
 Las piedras de sus sortijas,
 En una noche cambiadas
 Por anillos que tenían
 El brillo de las estrellas
 Y el poder de dar la dicha
 Á las hijas del rey moro,
 Del triste rey de Sevilla.

IV

Murió *Aben Abid*, enfermo
 De aguda melancolía,
 El Edén adivinando
 Porque miraba á sus hijas.
 Y, cuando á borrar las sombras
 De aquella noche fatídica,
 Brilló, á la luz de los cielos,
 El fausto esperado día,
 Las tres hijas del rey moro,
 De los genios prometidas,
 Á tres guerreros cristianos
 Alma y belleza rendían.
 Las estrellas eran ellas,
 Que no las de las sortijas.
 Y así, á la puerta del huerto
 Los esposos esculpían
 Tres estrellas, sobre mármol,
 En memoria de su dicha.

RODOLFO GIL.

DIÁLOGO AGRESOR DE LAS ARTES PLÁSTICAS

CORIFEO.—Anda, cabeza parlante, buhonero de ideas, entretén nuestros ocios, ahuyéntanos el fastidio, contradícenos algo, haznos el *sabotage* de cualquiera doctrina reinante, esbózanos una de esas paradojas que son tu inútil especialidad..., ¡demuéstranos lo que sea más indemostrable!

POLÍLOGO.—Por ejemplo..., que sois capaces de prestarme mil pesetas...

CORIFEO.—Eso no sería *paradójico*: sería para... matarte.

POLÍLOGO.—¿Queréis que os conferencie acerca de «las guerras» como necesidad social, para invertir en ellas el sobrante de humanidad que, en la paz congestiva, se dedica á la vagancia, el suicidio, la emigración ó el anarquismo?

CORIFEO.—Ya lo has colocado, en serio, en el Ateísmo de tu pueblo.

POLÍLOGO.—¿Preferís, entonces, aprender que el verdadero sexo fuerte es el llamado débil?

CORIFEO.—No tienes *vis* para escucharlo *bis*.

POLÍLOGO.—¡Claro! ¡Conocéis todos los discos de mi ideófono! ¿Me habéis oído impugnar los mitos de la paella valenciana, del pescado frito andaluz, las tortas de Alcázar, las ensaimadas mallorquinas, los melindres de Yepes, las yemas de San Leandro y el turrón de Alicante, que se superan fácilmente en Madrid?

CORIFEO.— ¡Faltó, para persuadirnos, La prueba documental!

POLÍLOGO.—¿Os inculqué, por ventura, la sana idea de veranear en parajes cálidos, é invernar en lugares fríos, por las lecciones que, á los indígenas respectivos, ofrece la experiencia, para defenderse de ambas intemperies?

CORIFEO.—Esa es la más anciana de tus teorías, y la más transigible, por la novedad de invertir el *tourismo*... ¡Sería delicioso! Un balneario flotante, en el mar Rojo, para pasar los horrores de la canícula, y una estación invernal en Finlandia, para tomarle el pelo á las heladas de Enero... ¡Practiquéisimo! Debías numerar tu repertorio como las obras de concierto. Por ejemplo..., NADIE ES PROFETA MÁS QUE EN SU PATRIA (Op. 52). EL HOMBRE NO ES DESCENDIENTE, SINO ASCENDIENTE, DEL MONO (Op. 44).

POLÍLOGO.—No me anotes ni recuerdes esas chufas, obra de esgrima intelectual, bagatelas extravagantes, dignas de olvido. Ahora pico más alto. Llego á las cumbres del pensamiento, abordo grandes temas, generalizo, y enarboló una nueva bandera filosófica: «LA PARADOXOFÍA INTEGRAL.»

CORIFEO.—Ó la razón á contrapelo...

POLÍLOGO.—Ese pudiera ser su nombre bárbaro; pero quédese mejor para los contradictores empíricos, ó meros polemistas. Yo sistematizo: reconstruyo el andamiaje del pensamiento, y redimo á la paradoja del necio estigma con que la infama la clase media intelectual...

CORIFEO.—Te vas poniendo en ignición... ¡Venga de ahí!...

POLÍLOGO.—La paradoja no es, como vulgarmente se cree, un espejismo mental, un bello contradictorio, obra de magia del ingenio, ya que no fenómeno de daltonismo... ¡No! Es... la razón de la sinrazón que á la razón se hace, obstinándose en ver siempre las cosas desde un solo plano preconcebido. El Marqués de Salamanca ofrecía una casa de *su* novísimo barrio á cierto amigo. Y como éste se excusara porque «estaba lejos de la Puerta del Sol», replicó el Marqués: «Está usted equivocado. Es la Puerta del Sol la que está lejos del barrio de Salamanca.» Pues este admirable ejemplo, esta gloriosa paradoja, debe ser la norma de un pensamiento libre; porque la razón, maniatada por premisas inmutables, imagina muchas «Puertas del Sol» como centros definitivos del criterio: la verdad se polariza; el error heredado se consagra, y así como la ciencia destruyó un día la falsa ejecutoria de nuestro ruin planeta que se llama el centro del universo, así debemos ir exonerando todas las EGOCENTRIAS NO CONTRASTADAS... ¿Vienen los sarracenos á España? ¡Irrupción! ¿Van los españoles á Marruecos? ¡Colonización! Pues..., señor mío..., ¿por qué no ha de ser colonización, á su modo, la de los moros en España? Poneos también en el caso del toro...

CORIFEO.—Gracias; ponte tú...

POLÍLOGO.—Pero... ¿sabéis lo que más daña á la paradoja?

CORIFEO.—Que se lleva muy mal con el cocido...

POLÍLOGO.—Lo peor, aunque parezca un colmo, es que las paradojas se oyen, casi siempre, instrumentadas por el ingenio. Y el ingenio es el eterno Rigoletto: cuando habla en serio no se le cree; cuando llora hace reír. En vez de glorificar esa bella fermentación del vocablo, que nos da el pensamiento *achampañado*, prefiérense los razonamientos secos; porque así como las antigüedades, además de serlo, han de estar sucias para que se crea en ellas, así la verdad no goza de sus derechos cuando se pule y atavía con locuciones amenas; tórnase el traje de gala por disfraz; bien, como decía Heine, que el público juzgaba así: «Este señor debe de ser muy instruído, porque es muy pesado.»

CORIFEO.—¡A ver si das lugar á que te llamemos... instruído! Aligera y sintetiza.

POLÍLOGO.—Concluyo, pues, que hay que reconstruir el *idearium* de la Humanidad; ir visando, paradójicamente, todas las creencias; adoptar el sistema de las demostraciones matemáticas, cuando se dice: «Supongamos que la contraria es cierta.»

CORIFEO.—¡Magnífico! Así llegaríamos á creer que tú eres mudo, que el latín proviene del castellano, y la uva se hace del vino... ¡Mira! Al paradojista, como al bravucón, hay que llevarle al terreno; y cuando nos venga á desasnar, demostrando que el acebuche es más blando que el algodón, le daremos con el acebuche...

POLÍLOGO.—Yo te daré con la razón, que es blanda y fuerte. Repito que la verdadera paradoja no es una conclusión absurda ni grotesca, como las que me has disparado en son de burla; más que fin, es medio; es un sistema por el cual yo me pregunto si tú, en vez de hombre, como suponemos vulgarmente, eres un alcornoque, sin afirmar previamente ni lo uno ni lo otro. Es, en fin, y en serio, expatriarse del prejuicio en todo y por todo.

CORIFEO.—Bueno. Pase tu alevoso y punzante chiste; dejemos pasar el galimatías que nos has armado con tu concepto de la paradoja, que es eso y no es eso que acabas de decir. Y partiendo, por una vez, del prejuicio de que esto es un billete del Banco de España, con la atávica idea de que hay que alimentarse para vivir, dando crédito al mito de tu buen diente y suponiendo que tu conciencia paradójica no rechace, por innoble, una amistosa remuneración en especie..., seré anfitrión de un selecto y copioso ágape si nos desinfectas el espíritu de algún error malsano que no haya tenido hasta hoy seria contradicción.

POLÍLOGO.—¡Sea..., Jacob mercantilesco! ¡Compra por un cubierto la primogenitura de mi intelecto! ¡Gozad! ¡Llevaos las primicias de la más inaudita y temeraria contradicción que se ha propuesto jamás!

CORIFEO.—Soy todo oídos...

POLÍLOGO.—Además de oídos, sé también entendederas. Preparaos...

Las BELLAS ARTES no son tales cinco hermanas.

En nombre de la Poesía y de la Música, *únicas*, legítimas, y auténticas y augustas hijas de Apolo, declaro y sustento la bastardía de las ARTES PLÁSTICAS, de inferior aunque esclarecida estirpe.

Para ponerme á tono de tan alto tema, necesitaba yo dos cosas: un público y una contra-

dicción. Aquí, ante vosotros, fríamente; sin el supremo calofrío de la inspiración, que se apoya tanto en el aplauso como en la réplica iracunda, sólo puedo esbozar mi tesis. Pero... ¡viera yo ante mí *artistas*, *amateurs*, gente de esa... *exquisita*, irritada por mi atrevido pensamiento, y veríais cómo mi verbo incandescente los reducía á polvo!... Platiquemos en frío...

La Música y la Poesía son inherentes al hombre; las demás Artes no.

¡Parece imposible lo que han chocheado los historiadores de la literatura buscando, por erradas pistas, como los malos policías, los orígenes de cada género poético! ¡Si todos ellos son tan antiguos como el hombre mismo!

¡Despierta Adán al sueño de la vida, y absorto ante el ambiente *paradisiaco* que le rodea!... ¿qué hacer sino entonar inmediatamente una ODA?

¡Le habla Dios, dándose á conocer como supremo Creador de Todo!... ¿Y no entonará á renglón seguido un HIMNO?

¡Surge Eva: crúzanse entre Adán y su costilla objetiva las primeras frases de cordial afecto!... ¿Y no habrá nacido la POESÍA ERÓTICA?

¿Riñen?... ¡Ya tenemos el DRAMA!

¿Sobreviene la falaz serpiente con sus enredos?... ¡Ya tenemos el FOLLETÍN!

¿Pecan? ¿Se les arroja del Paraíso? ¿Adán llora y se lamenta? La ELEGÍA se impone.

¿Muere Abel á manos de Caín?... TRAGEDIA prima.

¿Toma Noé unas copas de más, y se *chotean* de él sus hijos?... ENTREMÉS CÓMICO.

CORIFEO.—No se te puede aguantar. ¿Á eso le llamas elevarte?... Ó disertas en serio, ó en serio desierto...

POLÍLOGO.—Tienes razón: la palabra comete abusos de confianza con el pensamiento. Si no me atajas á tiempo, ya estaba en camino de decir que en el cielo cristiano, entre otras eternas venturas, oiremos, los que vayamos, el Coro de Ángeles que alaban al Señor. Y no se dice nada de que embellezcan el Empíreo Galerías de cuadros, ni estatuas, ni frontones... Nuestro Señor Jesucristo instituyó el PADRE-NUESTRO, la más bella de las oraciones; pronunció el *Sermón de la montaña*, evangelio sobre todo evangelio de la Humanidad; dijo en la Cruz las divinas Siete palabras, pararrayos de nuestra culpa original... ¡Y no se ocupó para nada de cuadros, bajorrelieves, estatuas ni frontispicios!... ¿De qué estilo era el pórtico del portal de Belén? Del estilo supremo que corresponde á todo lo grande de la vida, que es introspectivo, recóndito, espiritual y no decorativo. No

tuvo la indignación divina mejor anatema que lanzar á los fariseos, que el de llamarles *sepulcros blanqueados*, que por fuera parecen hermosos. ¿Puede darse muestra más clara del lugar subalterno que el Padre de todos concede á las artes decorativas?...

¡Sí! ¡Todo lo esencial de nuestro culto es poético y musical: cánticos, oraciones, letanías, salmos! . . . ¡Lo demás, sin ofensa ni herejía, porque no soy iconoclasta, es *mise en scène*.

Y si de nuestra Religión pasamos á la mitología, veréis que hay dioses que tocan la lira ó la flauta; dioses que cantan, pero no dioses que pinten, esculpan ó cincelen. Ni ángeles, ni querubines, ni divinidades paganas han pretendido para sí el honor de llamarse *artistas*.

CORIFEO.—¿Todo eso es *lo que nos hubieras dicho* si yo no te llamo al orden?

POLÍLOGO.—Precisamente. Por eso diré, como en el Parlamento...: «Que no consten las anteriores palabras.» Y prosigo.

Para demostrar la supremacía de las dos únicas, legítimas y augustas hermanas, Música y Poesía, pueden desarrollarse ampliamente los siguientes puntos de vista, que ahora no hago más que esbozar:

1.º *La universalidad*. De músico, de poeta y de loco, todos tenemos un poco.

CORIFEO.—¿Vas á incluir la locura entre las Bellas Artes?

POLÍLOGO.—No. Pero hay en esa locución vulgar una certera clarividencia, un testimonio irrecusable de que la Poesía y la Música no son Artes privativas de una casta de hombres, sino de todos los hombres: que son un atributo común é inmanente de nuestra espiritualidad, y no un agregado de la civilización *al por menor*. Vedlo si no.

Suprimid toda edificación, derribad todas las imágenes, borrad todas las pinturas, destruid todos los instrumentos de Música, que desaparezcan plumas, lapiceros, imprentas, máquinas de escribir y toda clase de utensilios gráficos: dejad al hombre solo, desnudo, *neto*, en medio del desierto.... Y allí, sin el auxilio de ningún elemento extraño, hará, con su sola voz Música y Poesía. Si le amputáis sus brazos, si le amputáis sus pies, si cegáis sus ojos..., ¡aun será músico y poeta! Si le herís de muerte..., su último suspiro, su postrer aliento..., pueden ser Música y Poesía!...

2.º La emoción que producen las Artes plásticas es, muchas veces, *fiduciaria*. Creemos en la belleza de monumentos que no hemos visto, porque nos la garantizan los *touristas* estéticos. Al través de los siglos, sólo una minoría feliz

habrá gozado viendo las Afroditas de Milo y Praxíteles, el Laocoonte, el Apolo de Belvedere, etc., etc. Los demás *nos formaremos una idea* por copias ó reproducciones. Hay más *mito* que sensación verdad; más *culto* que devoción íntima.

La armonía, en cambio, se nos mete en el alma, nos acompaña, y, hasta sin voz, la tarareamos interiormente.

3.º Á la sensación producida por las Artes plásticas *no se le pueden dar tantos golpes* como á la que gozamos oyendo Música ó Poesía. Hemos visto tales obras maestras de un museo, treinta, cuarenta veces, y me pongo en razón; pero no ciento ni mil, como no seamos conserjes.... ¿Y estamos seguros de que todas las contemplaciones nos produjeron emoción artística? ¿No confundiremos con ésta *la admiración*, fenómeno reflexivo?

Á los niños, un libro *de estampas* les entretiene cinco, diez, quince veces, pero no ciento y más, como un *son* que les agrada y se les pegue.

Esto no requiere más considerandos; es de toda notoriedad.

4.º Las Artes plásticas *copian más que crean*, y reproducen más lo externo que lo interno de las cosas.

Ni ha nacido ni nacerá el artista que me pinte ó esculpa á Edipo, Hamlet, Segismundo, Don Quijote, y mucho menos á los personajes divinos, tales como los vemos y sentimos por dentro.

César me es igual con barba corrida que con bigotes á lo Kaiser.

El Juicio final, de Miguel Ángel, no me da la menor idea de cómo será el último *mitin* de la Humanidad.

Todas las famosas ilustraciones de la *Divina Comedia* desfiguran y empequeñecen el poema.

Cervantes, Rabelais, Quevedo, Hugo y Daudet, me pintan, *como no pueden hacerlo los pintores*, á Sancho, Gargantúa, el Dómine Cabra, Quasimodo y Tartarín.

5.º El deleite artístico es más convencional que efectivo en las Artes plásticas.

Reunid en una sola todas las pinacotecas; abrid un abono á diez pesetas butaca para ver, durante tres horas, varias noches ó días, cuadros ó esculturas... Os garantizo un éxito loco el día de la inauguración... ¡Pero luego! ¿Abonarse años y años (el mismo público) á ver pinturas, como acudimos á oír música? ¡Piscis!

6.º Las ideas y sentimientos que se contienen ó expresan en las Artes plásticas no se ligan tanto á su forma de expresión, como en

la Poesía y en la Música; no son tan inseparables; hay la diferencia química de *mezcla* y *combinación*. Un monumento ó un objeto artístico puede prestar muy distinto servicio de aquel para el cual fué construído.

En la Alhambra de Granada puede instalarse una horchatería... y no estaría mal... Un vaso corintio lo convierto en un buen tintero. Pero el monólogo de Hamlet no sirve para arengar á soldados; ni el *Dies irae* para amenizar el bautizo de un niño. Son lo que son y no pueden ser otra cosa.

7.º Sólo la Poesía y la Música exceden á la Naturaleza.

Siempre habrá mujeres mucho más hermosas que la Venus de Milo; paisajes mucho más bellos que cuantos se hayan pintado y puedan pintarse. Pero ningún sonido de la Naturaleza compite con las armonías extraídas de nuestra alma, y melódicamente expresadas por la Música y la Poesía.

8.º y último. No soy yo, es la vida misma quien proclama la estrecha y constante y universal alianza de la Poesía y de la Música con el hombre. Son un nimbo ideal que nos rodea; ángeles de la guarda que nos siguen, leales y dulces, en todas las etapas de nuestro tránsito terreno; en todas las ceremonias familiares, civiles, religiosas ó guerreras; en nuestras soleadas tristes ó alegres...

¿Cuáles son las Artes que llegan primero al alma del niño?

Los cantos que en la cuna le adormecen; los apólogos y consejas que en el regazo de su madre escucha; las tiernas plegarias; las canciones con que aprende en la escuela; los cánticos del templo; las coplas de sus juegos. Ora, juega, y estudia, *cantando versos*; no hay juguetes que con más permanencia le distraigan que aquellos que hacen Música más ó menos musical... Tambores y trompetas, pitos y flautas, guitarras y panderos.

Llegan juntos la juventud y el discernimiento; empiezan á marcarse las vocaciones, y unos caerán del lado de las ciencias; otros despuntarán en alguna de las Bellas Artes; muchos, por sobra ó por falta de fortuna, conservarán agreste su intelecto; pero... todos, aptos é ineptos, pobres y ricos, podrán prescindir de las Artes plásticas... ¡Y de la Música y la Poesía no! ¡Las respirarán, las vivirán bien ó mal de su grado; no podrán romper el cerco en que nos tienen de continuo!

Las campanas de la iglesia tocan á Gloria, doblan á muerto; su son nos habla del dolor ajeno, ¡nuestro mañana! Entrad; la Música ten-

drá su órgano; la Poesía su salterio. Parches y clarines, con isócronos tiempos, acompañan y avivan la marcha del soldado. Abren el paso á reyes y caudillos marchas triunfales. Cantan la libertad himnos gloriosos. Arengas y discursos guían al rebaño humano. La criada en su faena, el preso en la cárcel, el marinero en su barco, el sacerdote en el templo, el amante en la reja, el pastor en el campo, el salvaje en la selva, el mendigo en la calle, el vendedor en el mercado, el trajinante en el camino..., ¡cantan!, ¡cantan siempre!, porque, como dijo Cervantes, «la Música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu». Amáis..., y al hablar, vuestro amor, hace Poesía: con ritmos ó sin ritmos, entonáis los nativos madrigales que florecen en las almas tiernas. Llega el día festivo, y en todo tiempo y en toda nación, el alegre descanso se revela por fiestas que la Música embellece. Pueblos y regiones tienen sus cantares y leyendas como herencia poética que recibieron y transmiten. Desde la cuna al sepulcro todas las ideas y todas las pasiones están asociadas á formas musicales ó poéticas, y nunca las Artes plásticas pudieron conmover ni arrebatarse á la Humanidad del mismo modo.

Lleved á la multitud ante el cuadro que tengáis por más patético, y no la haréis llorar; mientras un son lúgubre la entristece, una escena trágica la espanta, un sermón la edifica, y un vals... la pone en movimiento. Si os condenaran á diez años de prisión, sin más alivio que un estereoscopio ó un fonógrafo..., ¿qué elegiríais?

Por eso concluyo que Música y Poesía son las únicas Artes á un tiempo divinas y humanas; no siendo *las otras*, lindas y gratas artecitas que decoran el mundo material, más que... una rama de la indumentaria... *La indumentaria ó attrezzo de las cosas*.

CORIFE0.—¡Atiza! ¡Vaya una bomba!

POLÍLOGO.—¿Me he ganado el almuerzo?

CORIFE0.—... ¡De ningún modo!

POLÍLOGO.—¡No gastes bromas!

CORIFE0.—Mi oferta fué á cambio de un tema indemostrable... Y eso no es ningún absurdo... Lo difícil y meritorio sería... demostrar lo contrario...

POLÍLOGO.—¡Pues si no es más que eso, cuando quieras! ¡Ahora mismo! La razón sirve para eso: es una olla de dos asas: se la toma por el lado que se quiere... Es un juguete que nos ha dado Dios para los ratos de ocio.

JOSE CÁNOVAS Y VALLEJO.

AIRES DE FUERA

Poquito á poco, gracias á la tenaz y salvadora labor de unos cuantos publicistas de buena voluntad y de las compañías extranjeras que caen por aquí todos los años, el público de Madrid primero y el de toda España después, ha dejado de estar en ridículo á los ojos de Europa.

Antes el espectador español era la excepción lamentable, la nota discordante en el concierto de las naciones civilizadas... ¡se asustaba por todo! Y esta pudibundez colectiva, este horror á la procacidad y al escándalo eran, naturalmente, trabas que sujetaban el ingenio de los autores, que no podían salir de sota, caballo y rey, encerrados en el círculo de hierro de las situaciones anodinas y sin substancia.

Ahora ya, por fortuna, el arte no tiene serreta y puede correr libremente por donde se le antoje, y hasta desbocarse si llega el caso.

La campaña para llegar á resultado tan feliz fué constante y ruda. Cronistas brillantes, críticos de nota y revisteros de fuste tronaron un día y otro contra la hipocresía (*tartufismo*, decían ellos) de la mayoría del ilustre senado, que se fingía en el teatro pacato y temeroso del infierno, y sabe Dios cómo sería cada *quisque* en su casa.

¡Aquí no se podían abordar los grandes problemas sociales! ¡Aquí no se podían pintar las pasiones modernas con todos sus delicados matices! Y no se debía continuar respirando esta atmósfera de confesonario, porque el mundo entero nos estaba mirando con asombro y lástima.

¡Ea!, ya se ha concluído todo y podemos mirar cara á cara á los pueblos más adelantados, y hasta darles quince tantos para treinta si á mano viene.

Antes, ¡oh tiempos ominosos!, en cuanto el galán se metía por la misma puerta por donde poco antes había entrado la dama y el público sospechaba que iban á estar un ratito solos en el cuarto de al lado, estallaban las toses y el bastoneo y la comedia se venía abajo en el mismo punto y hora, aunque fuese la flor de la maravilla.

Porque el auditorio no aceptaba el papel que el autor había tenido la comodidad de repartirle y le rechazaba brutalmente.

Pero ahora, desde que nos hemos asomado á la frontera, no sólo pueden encerrarse la dama y el galán en la situación más culminante sin que se ofenda alma viviente, sino que el público, de enfadarse con el autor, lo hará porque le ha escamoteado un plato de gusto, no atreviéndose á desarrollar á su vista el tema con todos los detalles.

Aquello del recato y el tartufismo ha pasado á la historia. El que más y el que menos se ha quitado

la careta, y detrás del gesto feroz y las cejas fruncidas ha aparecido el rostro bonachón del que no se inquieta ni alborota por nada de este mundo.

Es más: para que se acaben los billetes con tres días de anticipación y la muchedumbre se estruje en las puertas, basta con que corra la voz de que en el escenario tal ó cual una mujer se sienta en las rodillas de un hombre y se lo come á besos.

No hace muchos años el barítono no se atrevía á cantar su parte á dos centímetros de la tiple ni á estrechar su mano efusivamente, por miedo á que le tiraran un par de butacas ó un pedazo de antepecho, y en la época actual eso ha quedado para las funciones de colegio de niñas y las zarzuelitas de los sábados blancos. Lo de:

—¡Alto ahí, canastos, que estamos aquí nosotros!—ha venido á parar en lo de:

—¡Atrévete, hombre, que no nos da vergüenza!

Y si esto no es europeizarse, que venga Dios á verlo.

Claro es que todavía quedan espíritus pusilánimes y meticulosos y señores graves arrimados á la cola que protestan de que en el escenario se falte á la reunión, fundándose en que semejantes bromas no las tolerarían ellos en otra parte, pero ya se irán convenciendo, mal que les pese, de que ese concepto de la dignidad es una antigualla venerable.

Hay que ir echando gotas de agua en esta sangre meridional que se enardece fácilmente y sujetar estos pícaros nervios que se alteran ante las demasías amorosas del prójimo. Gracias á la influencia educativa del Teatro, todo se andará, si Dios quiere.

Todavía si en un salón ó en la calle vemos que un caballero sujeta por el talle á una muchacha, le tiramos á la cabeza lo que encontremos más á mano, no tanto por defender el pudor de la chica como porque nos da mucha rabia el atrevimiento; pero á fuerza de ver desde la butaca cosas parecidas, se nos irá quitando el amargor de la boca y acabaremos por encontrar el espectáculo delicioso. Á todo se acostumbra el hombre, ¡qué diantre!, incluso á que le pongan en berlina.

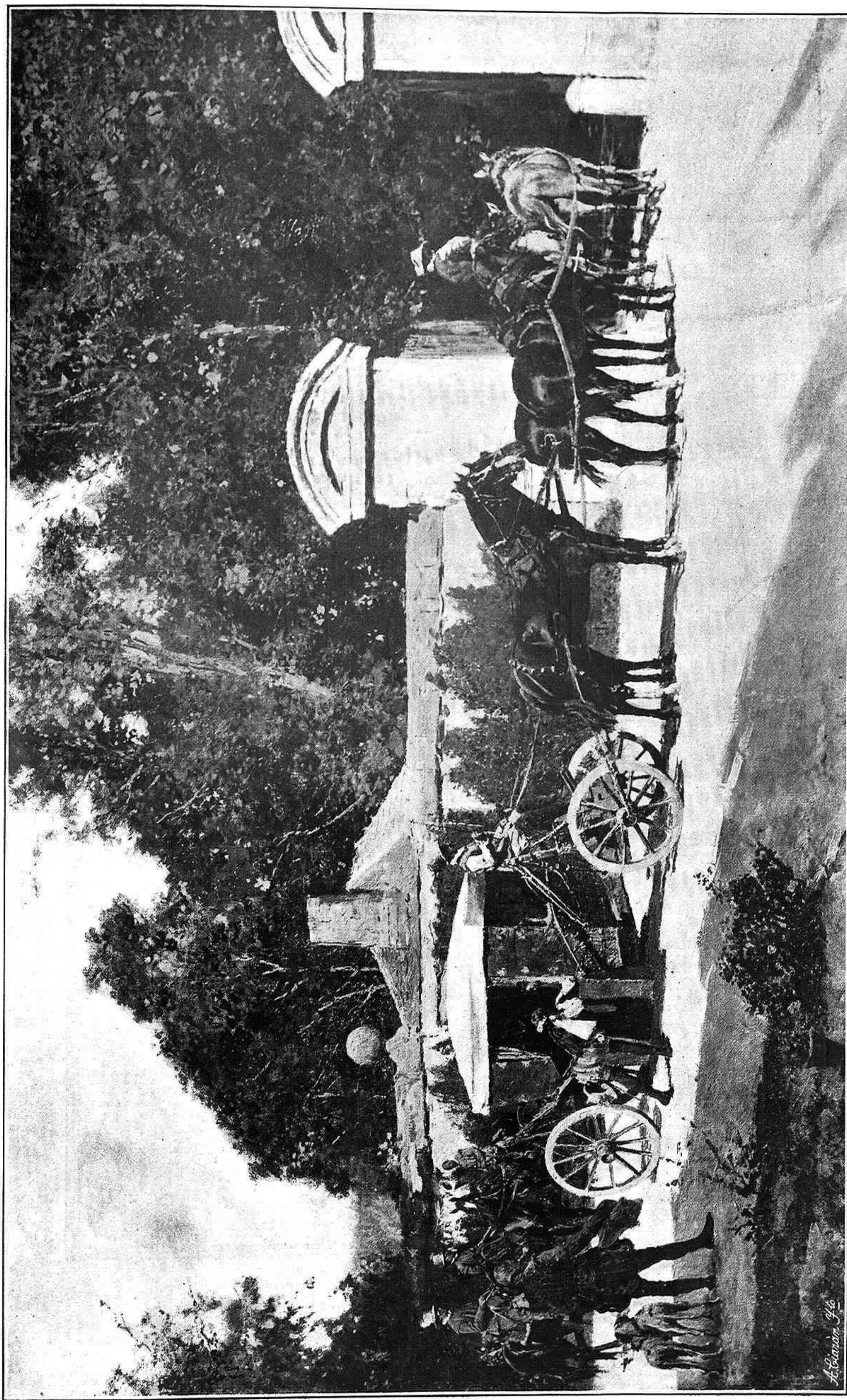
Por de pronto, y á propósito de berlinas, antes se compadecía uno instintivamente del ciudadano infeliz que, víctima de su ingrata profesión, guiaba un coche con las cortinillas echadas, y ahora el sujeto más puntilloso se gasta su dinero en una delantera de anfiteatro para hacer el papel del cochero, sin cortinillas de ninguna especie.

Y es que, entre el bufido de la dignidad ofendida y el balido de la mansedumbre tolerante y simpática, el último grito de la civilización es el balido.

Por lo cual los españoles, cansados de que se les burle Europa, se aguantan y no bufan.

SINESIO DELGADO.





“GIL BLAS DE SANTILLANA”, lib. X, cap. IX.

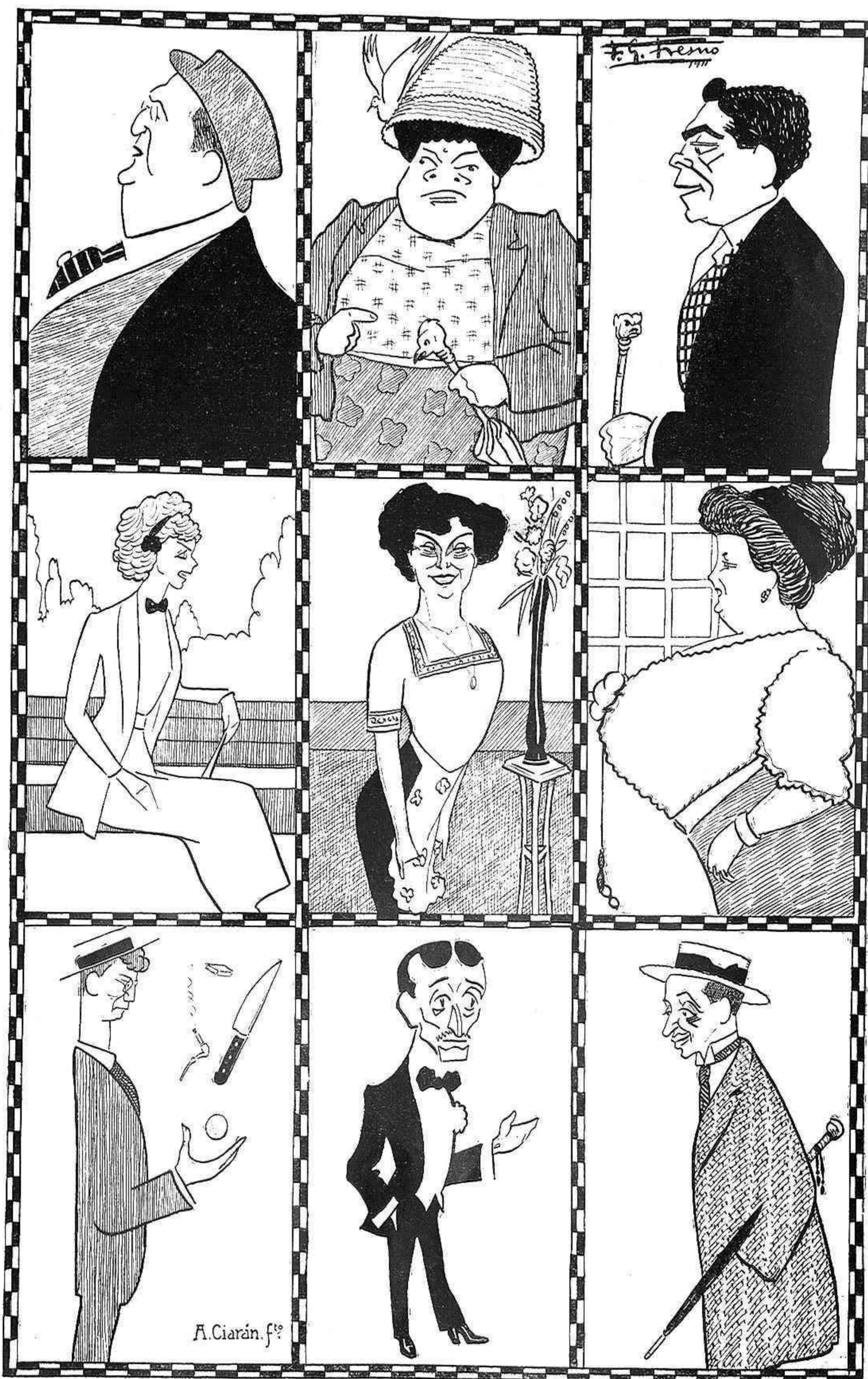
Cuadro de José Moreno Carbonero.

Fot.ª Moreno.

Francisco Palanca.

Leocadia Alba.

Salvador Mora.



Catalina Bárcena.

Mercedes Pardo.

Joaquina del Pino.

Alberto Romea.

Francisco Barraycoa

Luis Manrique.

ACTRICES Y ACTORES

por Fresno.

TARDE DE INVIERNO

La tarde es una tarde del invierno;
 La acción es en la ronda de Valencia;
 Toman el sol, que pica de lo firme,
 Cuatro niños, tres mozas y seis viejas
 Que zurcen, y critican, y regañan;
 Ríen las mozas, y los niños juegan;
 Al pie de las mocitas, dos gandules
 Duermen, sin aprensión, á pierna suelta,
 Junto á un perro de lanas, no muy limpio,
 Que hace el amor á *Linda*, noble perra
 De un trapero, que no hace mucho caso
 Del canino galán que la requiebra;
 Un poco más allá, Luis el barbero
 Hace la barba, al sol, á *Paco el Pecas*,
 Ilustre remendón que, más que barbas,
 Lo que tiene en el cutis son tachuelas;
 Dale jabón el *Figaro* ambulante
 Cantándose flamenco, al par que afeita,
 Y en el suavizador, que está averiado,
 Suaviza la navaja, que se mella;
 El parroquiano con sonoros ayes,
 No es que canta flamenco, es que se queja;
 Los niños corren, y las mozas hablan
 Del mozo tal ó cual que más *camelan*;
 Los gandules prosiguen sus ronquidos,
 Las ancianas no dejan su faena
 De coser y llevar de boca en boca
 Á la vecina que mejor les peta;
 De vez en cuando pregonar se oye:
 —¡Castañas calentitas, que ahora queman!—
 Es la célebre Pepa la *Salada*
 Que oficia ya hace un mes de castañera,
 Y que no falte, que, como ella dice:
 —Entre el *mario*, que es un sinvergüenza
 Que se pasa durmiendo, y esperando
 Á que lleguen los suyos, la existencia,
 Y los chicos, que comen que me arruinan,
 Y el casero, que cobra que da pena,
 Si no fuera por mí que me repudro...
 ¡Castañas calentitas, que ahora queman!—

.....
 Canta las tres el cuco de un ventorro,
 La tarde es fría, pero el sol calienta

Y es lo que dice un viejo marrullero:
 —Cuando se ponga el sol, ¡pa mí que nieva!—
 Todo está en calma, mas de pronto se oye
 Un ladrido muy fuerte de la perra;
 ¿Qué la ha pasado á *Linda*? La ha pasado
 Que, aquel perro galán que la corteja,
 Fué un grosero, ofendióla, y, ofendida,
 Triste ladró la pudorosa hembra.
 Al oír los lardidos lastimeros,
 Echáronse á la ronda de Valencia
 Los perros del distrito, que, indignados,
 Corrian y ladraban en defensa
 De la ultrajada *Linda*. Yo me dije
 Al verlos tan galantes:—¡Aun nos quedan
 En la raza canina nobles próceres
 Que miren *perramente* por sus perras!—
 ¡Hermosa raza de gallardos canes!
 ¡Perruno rasgo que á su raza eleva!
 Lo que allí sucedió, no es para dicho;
 El galanteador de la *doncella*,
 El chucho de las lanas no muy limpias,
 Hizo frente á la turba que en defensa
 De la perra llegó; todos gritaban
 Ante la perrería truhanesca;
 Los gandules despiértanse asustados;
 Los chiquillos, las mozas y las viejas
 Huyen de aquel combate, y el barbero
 Por milagro bendito no degüella
 Al remendón, que salta de la silla
 Con la cara, que da pánico verla.
 Los perros se devoran en la lucha;
 Aullando tristemente está la perra;
 ¡Es la causante del canino drama!
 El viejo marrullero la contempla,
 Y así murmura:—¡Qué será, Dios mío,
 Que siempre han de tener la culpa ellas!—
 El sol se pone ya, cesó la lucha,
 Todo es calma en la ronda de Valencia,
 La helada comenzó; sólo se oye
 El pregonar sonoro de la Pepa
 Que á voz en grito dice:—¡Parroquianas,
 Castañas calentitas, que ahora queman!

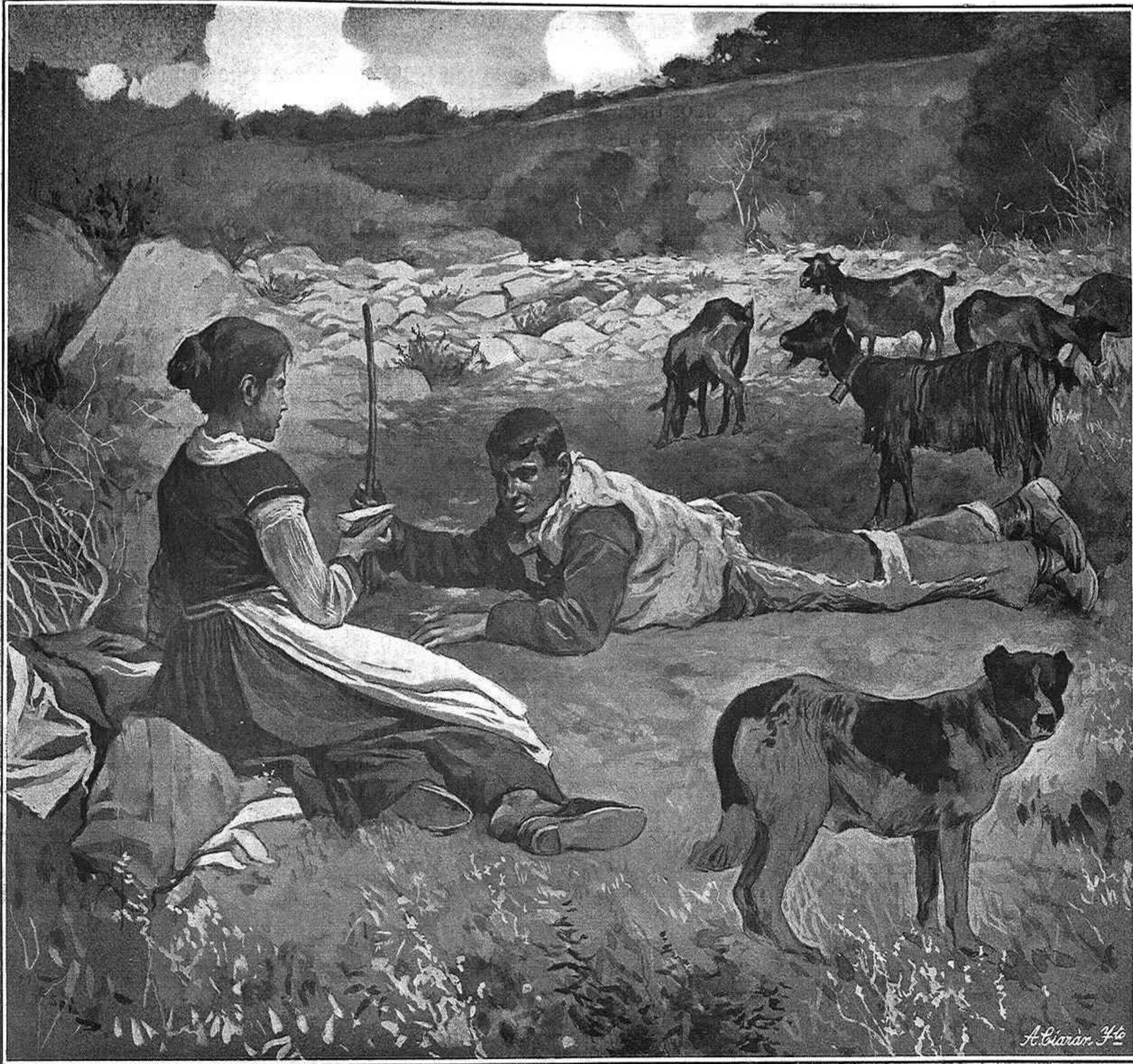
ANTONIO CASERO.





SENTIDOS CORPORALES

El Tacto, por Narciso Méndez Bringa.



La Arcadia feliz

CON el continuado trato con los poetas bucólicos, desde Boscán hasta Meléndez, dió mi buen amigo Patricio Cajigal en la más estu-
 penda é inofensiva de las locuras: en la de querer resucitar la edad dichosa aquella en la que, según Cervantes, no había *tuyo ni mío*, y «hacer» de Batilo en cualquier ignorado y apacible paraje, en el cual hubiese césped florido, arboleda rumorosa, manso arroyuelo, cabras triscadoras y pastores que ses-
 tearan en la umbría y departiesen de amores, en muy sutiles y almibarados conceptos, con zagalas que les replicaran no menos sutil y almibarada-
 mente, mientras que trenzaban sus cabellos de oro, sirviéndoles de espejo el terso cristal de una fon-

tana. Pastores estos tan galanes y enamorados que, en la soledad, mientras que el ganado paca la esmeralda de los prados, entretienen sus ocios en tejer guirnaldas para su «dulce cuanto esquivo dueño», ó en dedicarle los más melodiosos y acordados sonos de su zampoña ó caramillo.

Vivir paradisiaco y envidiable el de estos guardadores de rebaños que tan poéticamente cumplen con su oficio, suspirando desdenes de sus Filis ó lamentándose en versos académicos, claro es, de los rigores de su azarosa existencia, pasada, ¡oh infelices!, en corretear por los oteros, grabar en la corteza de los árboles los nombres de Amintas y Galateas, y jugar al amor con diosas que tienen la comodidad de disfrazarse de zagalas para que los que visten pellico poeticen á su costa y toquen rabeles, flautas y vihuelas, aun cuando por más sonoro, expresivo y adecuado, debieran tocar á toda cuerda el violón.

Un buen día mi señor D. Patricio tomó rumbo hacia la Alcarria para resucitar los venturosos tiempos que cantaban los árcades en sus merengues literarios, que por su dulzona y empalagosa composición así deben calificarse las églogas, letrillas é idilios que trazó el numen de los Batilos, Anfisios y Jovinos de la XVIII centuria.

Con la natural sorpresa hube de enterarme de que mi buen D. Patricio había retornado á sus lares contados días después de su salida.

Fuí á hacerle una visita, más por satisfacer la curiosidad que en mí despertaba su viaje «bucólico» que por cumplir con un deber amistoso.

Halléme con la lamentable novedad de ver á don Patricio metido en la cama, entrapajada la cabeza y con el remate de las narices como el de la baqueta de un bombo.

Después de saludarnos, mi hombre, con voz entre quejumbrosa é irónica, y en lenguaje un tanto arcaico—que no en balde Cajigal abusó de la lectura de los clásicos,—me dijo:

—Yazgo en el lecho del dolor, víctima de mi ansia majadera de practicar la vida pastoril, tan engañadoramente poetizada por los vates que en España pulsaron—no muy acertadamente por cierto—la lira virgiliana, rememorando, con escasa fortuna, la de nuestro Garcilaso.

Como usted sabe, elegí la Alcarria como el más adecuado paraje donde resucitar la vida pastoril serena, apacible y venturosa. Forzóme el saber «de oídas» que esta porción de tierra caracense se halla aún libre del movimiento y tráfigo del siglo, que son sus gentes humildes y sencillas, dedicadas en su mayor parte al pastoreo, siendo numerosos los rebaños de ovejas, cabras y corderos que apacentan en sus floridos valles, que perfuman el tomillo, la mejorana, la hierbabuena, el cantueso y otras múltiples plantas aromáticas.

Llegué al corazón de la Alcarria, y en un lugarejo «de cuyo nombre no quiero acordarme», hice alto, afanoso de «meterme» á pastor. Compré á un indígena un regular rebaño de cabras, me vestí el pellico, colgué á mis espaldas el zurrón repleto de provisiones de boca y de otras menudencias, tales como un caramillo, y hasta media docena de volúmenes de mis clásicos, y requiriendo un cayado, que adorné con vistosas cintas de seda, me lancé al campo al romper del alba, que, dicho sea aquí *inter nos*, es cuando se ofrece más benigna y atrayente mamá Natura.

Conduciendo mi inquieta y revoltosa grey, di en un otero, no sin que antes, por el camino, topase con otros pastores que al verme de tal guisa, rié-

ronse de tan bellaca manera, que sentí el mayor de los sonrojos y un vehemente deseo de castigar su insolencia.

Aquellos Anfisios y Nemorosos de veras, me desilusionaron completamente: eran unos astrosos zangallones, que regentaban sus mesnadas á palo limpio, tirándolo contra las reses que se detenían ó se alejaban del grueso del rebaño. ¡Y con qué pulidas razones acompañaban el envite de sus palos! Puras blasfemias y gritos de salvaje enfurecimiento.

Sentéme en el santo suelo, cabe la sombra de un árbol para resguardarme del sol, que, por ser agosto, caía como lumbre sobre la campiña.

Ni fuente murmuradora, ni manso arroyuelo, ni fronda rumorosa rompía la angustiadora calma del lugar desde el cual yo atalayaba, como pastor diligente, el apacentamiento de las cabras.

El campo, inundado de la fundente luz solar, hería mis ojos: tenía el cuerpo inundado en sudor—que por algo mi pellico, para estar más en carácter, era de auténtica piel de cordero.

Ni un soplo de refrigerante brisa templaba los rigores del ardoroso ambiente: una nube de moscas, mosquitos, tábanos, avispas y moscardones tuvieron la delicada atención de regalarme con una monótona y desesperante sinfonía estival. Y en una charca, no muy lejos, cloaban las ranas, y al borde de un caminejo chirriaban las cigarras, y en todas partes cantaban los grillos: un deliciosísimo concierto, en el cual, para que resultara aun más grato, no intervenían aves canoras ni parleros pajarillos, ni pintadas mariposas que distrajeran el ánimo con sus vuelos trazadores de líneas de oro en el espacio.

No seguiré relatándole paso á paso mi odisea de gentil pastor... de opereta.

Supina candidez la mía al creer que por aquellos andurriales alcarreños daría con alguna Flérida

«..... más hermosa
que el prado por Abril de flores lleno».

Con lo que dí fué con pastoras zafias y mal encaradas que dialogaban de colina á colina con sus cofrades, y no para expresar tiernas endechas, sino para dirigirse un chaparrón de injurias y palabrotas por cabritillo de más ó menos, ó cosa análoga referente al oficio.

Hube de acercarme á una majada, y quedéme patidifuso al oír

«el dulce lamentar de dos pastores»

que allí había... ¡hablando de política!

En el primer día de mi pastoreo volvió la luz de la razón á iluminar mi espíritu y encontréme de la peor manera que puede encontrarse uno á sí propio: en ridículo. Decidí *ipso facto* retornar á la al-

dea, revender el ganado, desembarazarme del pellico, tirar el florido cayado y volverme á mis lares.

Pero Dios quiso que mis propósitos no se realizaran tan placenteramente como yo determinase, y fué el caso que, cuando intenté reunir las cabras, me hallé con que la mayor parte había ido á engrosar otro rebaño que se encontraba en lo hondo de una cañada. El guardador del hato, tumbado panza arriba, canturreaba, ¡oh decantada inocencia pastoril!, el «¡Ay, Babilonio!»

Rióse á carcajadas de mi aparición el pastor, y al percatarse de mi intento de recobrar mis cabras—cosa harto difícil en quien, como á mí me pasaba, no sabía distinguir un chivo de otro chivo—tomándose por loco, me amenazó con tirarme una

piedra si no me alejaba más que á paso de su jurisdicción pastoril.

Protesté airado, gritó él rabioso, grité yo descompuesto; resumen: que vino sobre mí y me molió miserablemente á coces y á puñadas, dejándome en el lamentabilísimo estado en que usted me encuentra.

Abrió una corta pausa en su relato D. Patricio, y, suspirando, prosiguió con voz que parecía un lamento:

—Y sin embargo, querido amigo, ¡qué hermosura sería que la vida pastoril fuese como nos la pintan los poetas en sus églogas é idilios!...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

LA CAZA DEL OSO

Sebastián Palafox, marqués del Chopo,
Era un buen cazador
Que en los montes de Asturias, por sus hechos,
Justa fama logró.
Así como es corriente «hacer el oso»
En toda población,
Deshacerlo en el monte era el encanto
Del joven Palafox;
Y lo mismo, cazando, se cargaba
Un oso aterrador,
Que en los *juegos de cartas* se lucía
Con Rita ó Asunción.
Como era cazar osos montaraces
Su predilecto *sport*,
Una cruda mañana de Diciembre
Al monte se marchó,
No sin antes decirle á su buen padre:
—Te juro por mi honor
Venir y presentarte la piel íntegra
Del oso más feroz.—
Pertrechado de todo lo preciso
Y armado de valor,
Y seguido de un paje, que *gastaba*
El nombre de Gastón,
Internóse en el bosque solitario
Sin pizca de temor.
El paje, que á distancia respetable
Seguíale veloz,
Encontróse un pastor de mala traza
Sentado en un terrón,
Y que en vez de tañer un caramillo,

Armábaselo al Sol
Por la cosa más nimia, pues el hecho
De que gozan al son
Del dulce caramillo los pastores
Es un infundio atroz.
—Ese joven audaz, ¿qué es lo que osa?—
Dijo al paje el pastor.
—Osa matar un oso..., ¡el más terrible
De toda la región!
—¿Y á cazarlo va solo?
—Tiene dada
Su palabra de honor.
—Pues la empresa del tal es peligrosa;
Te lo aseguro yo.
—Peligrosa será; mas tú no sabes—
Replicóle Gastón —
De qué clase de hazañas estupendas
Es capaz mi señor.
Porque habrás de saber que ama á su padre
Y anoche le juró
Presentarle, al volver, la piel entera
De este bicho feroz.
—¡¡Qué fatal coincidencia, repuñaes!!—
Dijo el brusco pastor.
—¿Coincidencia fatal? ¿Por qué lo dices?—
El paje preguntó.
—¡Porque el oso terrible tiene padre,
Y oliéndose esta acción,
Le ha jurado también llevarle entera
La piel del cazador!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

EL PRIMER DÍA DEL AMOR HUMANO

ESCENA PARADISIACA

EVA.

ADÁN.

LA SERPIENTE.

EN la primitiva soledad del Paraíso, antes de conocer á Eva, Adán había conocido, sin amarlos, todos los seres, espectáculos y maravillas del mundo recién creado.

La luz del sol le admiraba; pero sus resplandores, mirados de hito en hito, le repelían.

El agua de los manantiales le refrescaba; pero, harta la sed, la aborrecía. La sombra del bosque le descansaba; pero le adormecía.

Placíanle la arrogancia del caballo, la melena del león, la gentileza del ciervo, la ternura de la paloma, la esbeltez de la palmera, la majestad del cedro.

Pero ninguno de esos seres, sus vecinos de vivienda, le pasaba de los ojos adentro. Los veía sin deseo y los dejaba sin tristeza. Adán había gozado separadamente por todos los sentidos: de los colores del campo por los ojos; del perfume de las flores por el olfato; del azúcar de los frutos por el paladar; de la música de los pájaros por el oído; de la suavidad de las auras por el tacto. Pero lo que perfumaba le sabía mal á veces, y lo que le sonaba bien no le recreaba la vista.

Sólo aquel sér nuevo, compendio de la Naturaleza, reunía las hermosuras de todos los seres: luz de sol, cuello de cisne, guedejas de león, esbeltez de palmera, majestad de cedro, ternuras de paloma, fragancia de flores, música de ruiñeñor, frescor de agua transparente. Sólo aquél le admiraba sin repelele, le encantaba sin adormecerle y le acompañaba sin cansarle. Sólo él llenaba todos los sentidos y penetraba por ellos á otro interior de existencia y de fuerza no reveladas antes. Adán conocía ya su persona corporal, reflejada en el espejo de los remansos; ahora conoció por primera vez su persona espiritual, reflejada en las pupilas de Eva. El hombre no estaba en la soledad, el alma tenía una compañera. Por esto Adán y Eva empezaron á amarse al empezar á verse.

Cuando el hombre, al despertar de su sueño, halló á su lado á la mujer, se embelesó mirándola, clavados en ella los ojos.

Ambos se sintieron atraídos por fuerza invisible que circulaba de uno á otro sin tocarles y se derramaba seguidamente por las venas como inundación de felicidad desconocida. Juntáronse sin hablar, se abrazaron sin malicia, se besaron sin beso, como se acarician las palomas, maestras y testigos de

aquel casamiento natural, y por instinto, sin voluptuosidad, se llamaron recíprocamente, ignorando cómo y para qué se solicitaban.

Al apartarse sus corazones iban impregnados de esa inquietud dulcísima del amor, más insaciable cuanto más gustado: inquietud que no llega á tristeza y dulzura que no llega á sosiego; que es ventura truncada por el temor de perderla y por el ansia de renovarla.

Aquel día primero del linaje humano la amante pareja discurrió por el Edén, como señores que visitan su señorío. Todo les parecía bello y les era grato, aunque nada sabían de lo que pasaba á su alrededor. Quizá por eso les deleitaba, que no hay dicha más tranquila ni duradera que la dicha de la ignorancia. La inocencia es más que una virtud: es un placer cerrado, sin ventanas ni resquicios por donde le entren celos ni le asalten temores.

Maravillada á cada paso con las novedades que veía, Eva no cesaba de preguntar por ellas á su compañero.

—Dime, amor mío: ¿quién me ha puesto á tu lado?

—No lo sé; yo estaba durmiendo. Presumo que te ha traído nuestro Dios.

—Mucho le debo al Dios que me ha traído junto á ti.

—Dime: aquellos dos corderos juntan sus cabezas, ¿se amarán como nosotros?

—Deben de amarse, porque son semejantes entre sí, como nosotros.

—Pues aquel tigre acaricia á aquella gacela. ¿La amará también?

—Dios ha dicho que todos los seres creados deben amarse.

—¿Qué bueno es el Dios que nos manda amar! Merece ser obedecido. Y dime: ¿estas hermosuras son solamente para nosotros?

—No lo sé; gocémonos en ellas sin cuidado, y si vienen otros seres iguales, sigamos gozando de este Paraíso, porque todos cabremos en él.

—¿Será muy grande! Dime: ¿dónde acaba?

—No lo sé; á juzgar por la vista acaba allá lejos, muy lejos, donde se junta con la línea azul del cielo.

—¿Y adónde van esos cuatro ríos que se dominan desde esta altura?

—¿Quién lo sabe! Bástenos saber que aquí nacen para apagar nuestra sed y regar nuestro jardín.

—Mira, mira: ese ojo de fuego que nos ha mirado durante el día va hundiéndose en la tierra. Ya queda poco; ya menos; ya nada; se ha enterrado. ¡Qué hermoso era! ¿Por qué no nos mirará más tiempo? ¿Qué tienen de él mis ojos que parecen sumergirse también en la sombra? Me asustaría si no estuviese contigo. ¿Nos hundiremos nosotros en la tierra como esa luz? ¿Te irás tú como ella y me dejarás en sombras y melancolía?

—Dios me ha prometido que seremos inmortales mientras le obedezcamos y le amemos.

—Amémosle para poder amarnos eternamente.

—Sí, eternamente: días incontables. Mañana te amaré como hoy. Dios ha dicho que eres carne de mi carne y hueso de mis huesos.

—Y después de muchos mañanas, ¿qué será de nosotros?

—Sólo lo sabe nuestro Dios, que me puso aquí antes y te pone á ti ahora, y después pondrá lo que quiera su poder. Alábale como yo le alabo, porque nos ha hecho señores de la tierra, y deja á su cuidado el señorío del cielo y de lo que de él descienda, que sólo allí se sabe lo que hay escondido en el espacio y en el tiempo.

Ni la vista del topo alcanza como la del lince, ni la del lince como la del águila, que mira de frente al sol, ni el hombre puede ver tanto como su creador, ni mirar la luz que alumbra sus días, ni penetrar las sombras que envuelven su sueño, ni medir la vida que espera sus pasos.

Repara, repara en aquel término del horizonte velado por la neblina del río. Sin duda lo velan para que creamos que acaba allí, cuando hay más, ó esperemos que hay más, cuando acaba allí. De verse todo claro y limpio, ó nos apenaría un límite tan cercano, ó nos asustaría una grandeza tan sin límites. Nuestro Dios mismo, cuando se digna visitarme, descende á la tierra entre nubes, y desde ellas me promete la felicidad, como si quisiera con este símbolo enseñarme que esa felicidad viene entre la nube perpetua de lo misterioso y secreto de la vida.

Eva, más inclinada á la curiosidad que á la razón, oía esto con menor interés del que había puesto en sus preguntas. Y fuese porque el sueño la venciera, ó fuese porque el razonamiento la adormeciese, sus párpados se cerraron blandamente, dejando á su amado sin la única claridad que ya quedaba en la tierra. Él se acostó también al lado, sobre el lecho de hojas secas, tálamo nupcial de nuestros padres.

Despertóse Eva cuando tocó sus párpados el primer rayo del alba, y se despertó Adán cuando tocó su frente el primer beso de Eva.

Dióselo sobresaltada, porque, viéndole dormido é inmóvil, temió que se hubiera apagado la luz de aquellos ojos.

Acordábase de la puesta del sol y quizá había soñado con la soledad de la viudez en la misma noche de las bodas.

¡Cuántos y cuán serenos días pasó la amante pareja entretenida en íntimos coloquios y en inocentes recreos; en amores que no abrasaban, porque eran dulcemente satisfechos; en trabajos que no eran trabajos, porque estaban alegremente compartidos; en ignorancia de los dolores de la vida,

porque la inexperiencia les ocultaba sus quebrantos, y en descuido de lo porvenir, porque no alcanzaban sino aquel gozoso presente, sin memorias que lo amárgaran ni previsiones que lo enturbiasen!

¡Maldecida previsión de la experiencia y del conocimiento, despertador de las zozobras, acíbar de los bienes y anticipo de los males! El bien esperado siempre llega tarde y parece escaso, comparándolo con lo que nos parecía desde lejos, y el mal previsto siempre llega pronto y nos come antes de su hora, porque aun no venido ya lo padecemos, á la manera que el sentenciado á muerte por la justicia padece dos muertes, una cuando se la notifican y otra cuando se la dan.

¡Cuánto amaba el Criador á su criatura y cómo quería su felicidad al prohibirle llegar al árbol de la ciencia del bien y del mal!

Gozando quietamente del Paraíso vivían Adán y Eva hasta que la serpiente envenenó aquel vaso de ventura y de gracia destinadas á perpetuidad.

El espíritu infernal se introdujo en el cuerpo flexible de la culebra, y arrastrándose como la lisonja, y blandamente como la seducción, habló á la mujer, sopló en su oreja con silbido que por lo que decía sonaba á música encantadora, y la tentó en la curiosidad, principio de la mala sabiduría.

—Reina del mundo—le dijo,—en poco estima tu poder quien lo limita, prohibiéndote lo mejor del Paraíso, cuando debieras de gozar por tu hermosura lo mejor del cielo, á par de los ángeles. ¿Ves la fruta de aquel árbol plantado en medio de tu Edén? Su color atrae siempre tus miradas, su forma atrae tus codicias. Pues lo exterior te parecería mezquino si pudieras compararlo con lo que tiene dentro. Su carne es aromática, como el incienso del trono de Dios; su sabor más dulce que los labios de Adán cuando te besa; su substancia más eficaz que todos los alimentos terrenales, porque está cuajada con destilaciones del cielo. Por eso Dios lo reserva para sí y para sustento de sus serafines favoritos. De su jugo sacan ellos los colores irisados de sus rostros, que resplandecen como el sol; el poder penetrante de sus miradas, que sondan en las sombras, y la fuerza de sus alas, con que vuelan adonde no alcanzáis vosotros, ¡torpes seres alimentados con las substancias míseras del suelo!

¿Que moriréis de muerte inevitable si gustáis ese fruto? No; antes bien, viviréis la vida perfecta.

Domináis ahora á los peces de esos ríos, á las aves del cielo, á los brutos de la selva. Sois sus superiores, pero estáis parejos en ignorancia, porque, ciegos como ellos, no domináis el espacio para ver lo que hay detrás de esas montañas, ni domináis el tiempo para saber lo que hay detrás de los

días. En el jugo de esa fruta, generador de la inteligencia, beberéis la sabiduría como en la fuente clarísima desentorpecéis los ojos, anublados por el sueño. Los vuestros se abrirán y seréis iguales á Dios. Conoceréis, como él, el principio y el fin de las cosas, las mudanzas de la existencia, los secretos de vuestro destino, lo que ha pasado y lo que está por venir, lo que será de los deseos que llevéis en la voluntad, de las ideas que llevéis en el cerebro, de los amores que llevéis en el corazón y de los hijos que lleves en tus entrañas.

Quedóse Eva asustada al oír cómo la serpiente le proponía la desobediencia; quedóse atenta á las razones con que la abonaba; quedóse perpleja al oír las excelsitudes que le prometía.

Alejada la serpiente y ya en la soledad, cómplice del pecado, el pensamiento de la mujer se fué al árbol prohibido; tras el pensamiento se le fueron los ojos; tras los ojos los pasos, y se acercó al árbol; tras los pasos las manos, y descolgó la fruta, y al fin las manos se le fueron á la boca, recorriendo así la cadena de sucesos, empezada en la tentación y rematada en la culpa.

Buscó luego á su compañero y le dió á probar la mitad mordida. ¡Qué fácil y grato es el pecar si el pecado se comparte entre hombre y mujer que se aman!

La serpiente no había mentado. Adán y Eva abrieron los ojos y vieron lo que los cendales castos de la inocencia les habían ocultado hasta entonces. Empezaron á conocer la verdad. No sabían qué fuese desnudez y vieron la de sus carnes, la cual antes tomaban por estado único de la Naturaleza. No sabían qué fuese pudor y vieron la vergüenza en sus ojos, que antes se miraban sin turbación. No sabían qué fuese miedo y sintieron el temblor del pecado en sus labios, que antes temblaban sólo cuando el amor los estremecía. Y en desnudez, en vergüenza y en temores se convirtieron la felicidad y la confianza en que vivieron hasta entonces.

El primer día del amor fué el primer día de conturbación de la Humanidad. Eva pecó por desear todas las venturas y sabidurías para su amado. Adán pecó por el amor de Eva.

EUGENIO SELLÉS.



LA COMUNIÓN DE LAS MONJAS

Cuadro de E. Mérida.

EL CASTIGO DE EPIALTES

I

Estremeci6se de pavor la tierra;
El lejano horizonte
Apareci6 vistiendo arn6s de guerra,
Y 6 la cima del monte
—Que cual soberbio bosque de granito
En la orilla del mar surge arrogante—
Lleg6 de todo un mundo el ronco grito,
Lleg6 un fragor de tempestad gigante
Formada por horrisonos fragores
De huracanes, de monstruos y de atletas:
Era el redoble de diez mil tambores
Y el alarido de diez mil trompetas.

Al nacer en los brazos de la aurora
Llor6 el sol en el cielo,
Como al entrar en la existencia llora
El d6bil 6 inocente peque6uelo;
Y luego, al esparcir sus llamaradas
En la extensi6n del llano,
Dos millones de flechas y de espadas
Relucieron con brillo soberano,
Cual si del sol los m6gicos fulgores
Por obra de los dioses inmortales
Se trocasen en hierros punzadores:
En lanzas, jabalinas y pu6ales.

Era un mundo, era el mundo
M6s grande y m6s terrible de la Historia;
Era el Imperio persa que iracundo
Avanzaba sediento de victoria;
Era un torrente desatado y ciego,
Era un volc6n de orgullo y de pasiones,
Era el odio hecho carne toda fuego:
¡Era Jerjes lanzando sus legiones
Sobre la peque6eñez del pueblo griego!

II

En la humilde caba6a,
Penacho de la asp6rrima montaa,
Despert6se el zagal, un peque6uelo
Que acaso por vivir siempre en la altura
Dejaba en sus ojitos ver un cielo
Y otro cielo en el alma noble y pura.

Nunca el zagal-artista
Pudo so6ar en sue6o de poeta
El cuadro colosal que ante su vista
Esbozaba la ol6mpica paleta
Del Ir6n caminando 6 la conquista
De un paso entre los riscos del Oeta.

Sin exhalar un grito
Oy6 el ni6o vibrar las amenazas
De un ej6rcito horrible 6 infinito,
Que compendiaba en su poder maldito,
Como Babel, las lenguas y las razas;
Que juntaba en su b6rbaro lenguaje,
Desde el Zendo, 6 los dioses consagrado,
Hasta el feroz aullido del salvaje,
Y que arrastraba en f6rvido oleaje,
Cual un raudal inmenso desbordado,
Desde el Ario se6or, en cuyas venas
Hay un blas6n sin tacha ni mancilla,
Hasta la estirpe abyecta que se humilla
Por llevar en la piel tinte de penas.

Y como Grecia, luz de la ma6ana,
Del Arte soberana,
Supo entregarse toda y por entero
Para gloria inmortal de las canciones
Del egregio creador, del padre Homero,
As6 el metal de todos los filones
Que la tierra guardaba en su venero,
Templ6ndose en el yunque fu6 ilusiones,
Y para armar de Persia las legiones
Floreci6 transformado en limpio acero.

Revestidos con t6nicas de malla,
Ansiosos de volar 6 la batalla,
Se agrupaban los Medos; Etiop6a
Mostraba all6 sus hijos m6s feroces;
Arabia, que empu6aba la gum6a,
Daba al viento flotantes albornoces;
El pueblo Sagastirio
Agitaba mort6feros dogales;
Herc6lea maza, el implacable Asirio;
India, sus flechas; Tracia, sus pu6ales;
Sus dardos el Escita; los Misianos,
Y los Frigios, Gandorios y Bactrianos
Y otros cien pueblos m6s, rudos y fieros,
Se empujaban all6 con sus guerreros,
Y llevaban, al cinto 6 en las manos,
Cuanto decide de la humana suerte
En la lucha re6ida,
Cuanto para oprimir discurre el fuerte,
Cuanto el odio aguz6 contra la vida,
¡Cuanto el hombre invent6 para dar muerte!

III

Con ansiedad punzante,
Desde el r6stico trono de la altura,
Eurito, el pastorzuelo, vi6 anhelante
La irrupci6n del ej6rcito pujante
Que cubri6 con sus armas la llanura;
Y entre fragor de mar que ruge y choca
Y se estrella col6rico en la roca
Y se retira y torna y se repliega
Y una vez y otra vez con rabia ciega

Vuelve á luchar con ímpetu creciente,
En el llano teñido en sangre hirviente
Miró el zagal las bárbaras legiones
Correr, chocar, ceder, tornar erguidas...
¡Y estrellarse de nuevo en los lanzones
De los trescientos héroes de Leonidas!

¡Bastaban los trescientos!
Más firmes que del monte los cimientos
Se hallaban los sublimes espartanos;
La Patria, con arrestos sobrehumanos,
Al elegir aquellos campeones
Atléticos, membrudos,
Hizo de hierro cascos y lanzones,
De hierro los escudos
Y de hierro, también, los corazones

Tres jornadas de gloria
Lucieron cual laureles celestiales;
En vano buscó Jerjes la victoria,
En vano como tigres y chacales,
Afilando las garras y los dientes,
Lucharon cuerpo á cuerpo, brazo á brazo,
De Persia los valientes.
Esparta era el león, y á su zarpazo,
Al sacudir airado la melena,
Rodaba una falange destrozada:
¡Todo un mar enfrenado por la arena!
¡Toda una tempestad esclavizada!

IV

Cuando la enhiesta cumbre
Resplandeció con vespertina lumbre,
Cuando con ansia de admirar hazañas
Asomó en las montañas
La luna derramando sus fulgores,
En el silencio de la noche pura
Nació un rumor tejido de rumores
Brotados en la hondura.
Era rumor tan leve
Como el blando quejido de la nieve
Al sentir mancillada su blancura;
No era rumor de pájaro que vuela:
Era el crujir que anuncia la cautela
Con que para dañar marchan los viles,
Era el sordo rumor de los reptiles,
Era el rumor de la traición que veía.

Pequeño fué para encerrar su espanto
El corazón del infantil cabrero,
Cuando, entre brumas de dolor y llanto,
Por oculto sendero
Vió escalar la vertiente
—Con sigilo y astucia de serpiente—
Y llegar á la cumbre codiciada,
Á la cumbre del monte inexpugnable,

Una legión soberbia y formidable
Que llevaba en el rostro y en la espada
La amenaza brutal del que por fuerte
Guarda en el pecho sangre de tiranos:
La sentencia de muerte
De Esparta y de los nobles espartanos.

El amor á la Patria en fiero grito,
Á los labios de Eurito
Batalló por salir, inútilmente,
Al contemplar de la legión al frente,
Cual símbolo de infame cobardía,
Al miserable guía
Que reveló el secreto del atajo
Á las legiones medas...
¡Era un griego! Un pastor, que, cabizbajo,
Andaba acariciando las monedas
Premio de la traición ya consumada.
Hosco el semblante, torva la mirada,
Tal vez de su vileza arrepentido,
Se irguió el traidor...
Y, con mortal desmayo,
Lanzó el niño un sollozo y un rugido
Y rodó como herido por el rayo.

V

Con extraña dulzura
—Que también en los tigres hay ternura—
Habló el pastor Efiates á su hijuelo:
—Por ti soy un traidor; por ti he vendido
La libertad del pueblo en que he nacido;
La maldición del Cielo
Hundirá en el oprobio mi memoria;
Arrancando á la Patria la victoria,
Para ti ya he logrado la riqueza;
Dispón de mi tesoro...—

Con un sublime gesto de nobleza
Suspendió el niño el lloro,
É irguiendo la cabeza,
Á las olas del mar arrojó el oro,
Fruto de la traición.

El mar gemía
Anunciando de Esparta la agonía.

Luego, con la mirada centellante,
Dejando ver un alma de diamante,
Gritó el niño espartano:
—¡Aléjate de mí! ¡Verte no quiero!—
Y de la cumbre descendiendo al llano,
Y empuñando un acero,
Como valiente segador de vidas,
Corrió..., corrió; la Patria lo llamaba
Y la Muerte gloriosa lo aguardaba
Para darle un lugar junto á Leonidas.

M. R. BLANCO-BELMONTE.

Celia Ortiz.

Dolores Bremón.

Rafaela Abadía.



Ricardo Puga.
Leovigildo Ruiz Tatay.

Enrique Borrás.

Pedro Codina.
José López Alonso.

ACTRICES Y ACTORES

por Fresno.



IDILIO HOLANDES

Cuadro de M. Benedito.

REMEDIO SOBERANO

CUENTO

ERASE que se era un Rey, señor de muchos millones de súbditos, cuya felicidad tenía á su cuidado; moraba con ellos en un territorio vasto, de variada producción y fértil suelo; el clima era dulce y agradable; el carácter de los habitantes apacible, manso y fácilmente llevadero. Rodeaban al Monarca, hombre de edad ya proveya, la consideración y el respeto de los jefes de los Estados limítrofes al suyo, tanto que, por costumbre inveterada, dilucidaba, á guisa de amigable componedor, las diferencias que surgían entre sus convecinos, quienes acataban gustosos los fallos que su alta sabiduría pronunciaba para dar término á los litigios, evitándose así apelar á la guerra.

La gobernación del país no presentaba dificultades, porque utilizaba el Rey los servicios de dos grandes agrupaciones políticas, á las que, alternativamente, entregaba el Poder para que lo ejercitasen durante períodos convenidos de antemano, y cuando vencía el plazo prefijado, apresurábase el partido gobernante á buscar pretexto honroso que justificara su retirada, traspasando el mando sin resistencias, duelos ni quebrantos.

La misión de los Gobiernos distaba mucho de ser ardua y espinosa. Reduciase á reunir el Parlamento para que aprobara las leyes mediante las cuales había de hacerse efectiva la suma que cada habitante aportaba al sostenimiento de las cargas públicas. Pero como todos estaban convencidos de lo inútil que es trastornar al país con elecciones, que suscitan luchas y conflictos, y como además el carácter bonachón y sumiso de los gobernados hacía que se aviniesen á pagar los tributos, fuese cual fuese su cuantía, sin importárseles un bledo de la aplicación que se diera al dinero que desembolsaban, habíase llegado al mayor adelanto en esta complicada materia de la representación nacional, y así publicaba preventivamente la *Gaceta* del Estado la lista de los que iban á ser padres y abuelos de la Patria, comprensiva de los adictos al Gobierno y de aquellos que formarían la oposición de S. M.; esta lista se enviaba á los jefes políticos de las provincias, los cuales, en una casilla destinada *al efecto*, inscribían el número de votos que á cada cual correspondía en vista del censo de población, y resultaban elegidas las Cámaras como quien lava.

Como se ve, ningún conflicto de gobierno podía surgir en aquel país venturoso, ya que á todos los órdenes de la vida pública llevábase ese sistema de transacción y componenda, por lo que los Estados

del Rey de nuestra historia eran una verdadera sucursal de aquellos de Jauja, tan renombrados y famosos.

Pero en medio de esta tranquilidad paradisíaca, de esta olímpica beatitud, llegaban á veces hasta las gradas del Trono síntomas reveladores del malestar en que vivían los pueblos, traducido en noticias de una emigración aterradora; de mercados que se cerraban á la producción, por falta de tratados prudentemente convenidos con las naciones amigas; de mortandad que diezaba las poblaciones; de estadísticas en las cuales aparecía claramente probado que cada vez era mayor el número de los analfabetos; ó bien de trabajos de comparación demostrativos de que otros países tenían, por el mismo dinero empleado, más escuelas y Universidades, más soldados y mejor instruidos, número superior de cañones y fusiles, escuadras poderosas y siempre en movimiento.

Y como estos lamentos rompían la armonía de su vida, turbando su augusta tranquilidad— porque el Monarca tenía íntimos deseos de hacer el bien de sus súbditos,—dióse á pensar en los medios de procurarlo y, para alcanzar este fin, mandó que le trajeran cuantos libros se escribieron acerca del arte de bien gobernar, y púsose á estudiarlos sin tregua ni reposo.

Reunió además en Consejo á los hombres más eminentes del Reino, encargándoles la formación de planes que remediaran los males apuntados; el Consejo eligió la Comisión *de su seno* que es de rigor; abrió informaciones en que oralmente y por escrito cada cual propuso lo que al caso venía, según su leal saber y entender; todos estos pareceres se compendiaron en un regular número de volúmenes; el Consejo les puso la contera de su opinión en un informe cuyos resultandos y considerandos estaban preñados de las más sanas doctrinas, y elevó todo ello á los Reales pies de S. M., como es de ritual.

No descansó el Monarca hasta que hubo leído, anotado y comentado, el contenido de los volúmenes supradichos, con más el del dictamen, que era como su remate y finiquito. Pidió seguidamente la colección de las leyes, Constituciones, reglamentos, pragmáticas y ordenaciones vigentes en el país, y pudo convencerse de que cuanto aconsejaban todos los autores, estaba en su Reino legislado, previsto y especificado hasta el más nimio detalle.

¿En qué se fundaba, pues, el descontento?

¿En qué el malestar evidente y palpable que se notaba en torno de su Trono glorioso?

¿Cómo compaginar la existencia de los males públicos con la de leyes que á remediarlos tendían y que en otras tierras eran eficaces?

Estas preguntas que á sí mismo se hizo, las repitió á los prohombres que llevaban la dirección de los

negocios públicos y cada cual las contestaba argumentando desde su punto de vista peculiar. Así, los representantes de la tendencia reaccionaria achacaban el descontento á falta de conformidad con los males que Dios envía á sus fieles para probarlos, á tibieza en la fe, signo de estos pícaros tiempos de liberalismo y descreimiento, de lo que las calamidades relatadas eran sólo el condigno castigo; y preconizaban, como remedio para aplacar las divinas justicias, la celebración de públicas rogativas, solemnes desagravios avalorados con limosnas, penitencias y peregrinaciones á los lugares santos y á los templos de más nombradía.

Los elementos avanzados, por su parte, juzgaban que la incuria, el atraso del pueblo provenían de la preponderancia que siempre se había dado en aquel país á la parte supraterrena, fiando á intervenciones de lo alto la resolución de los conflictos que el vivir trae aparejados, con olvido y menosprecio del desarrollo de cuantas facultades tiene el hombre para luchar por sí mismo y conseguir su bienestar propio, sin necesidad de que Dios ó el Estado le desbrocen el camino.

Y aquellos otros varones para quienes el prudente eclecticismo es norma de conducta, y que profesaban la teoría del término medio como solución salvadora de las situaciones difíciles, defendían con profusión de razones la conveniencia de poner una de cal y otra de arena y la necesidad de aplicar el conocido refrán que dice: «Á Dios rogando y con el mazo dando.»

Entre tan encontrados pareceres, el Monarca no sabía qué partido tomar, pues bien se le alcanzaba que ninguno de los propuestos eran remedios que pusieran término á las amarguras que sufría el pueblo.

Así las cosas, decidió recorrer sus Estados, de incógnito y acompañado solamente de dos ó tres adictos servidores.

Y visitó ciudades, atravesó campos, pernoctó en humildes aldeas, pidió albergue en las majadas de los pastores, bajó á las minas, entró en las fábricas, inquiriendo en todas partes la causa del malestar causa de sus desvelos.

Y de tales andanzas sacó una convicción.

Y vuelto á la capital de su Reino, convocó Cortes, é hizo que á ellas se unieran representaciones de los Concejos, de las Provincias, del Ejército, de la Marina, de todas las capas sociales, en fin.

Ante ese concurso magno se presentó el Rey, ceñida la venerable frente por la corona y el cuerpo por el manto de armiño, en la mano el cetro y á la cintura su espada—esa espada gloriosa con la que vencieron sus abuelos en cien combates,—y habló de esta manera:

—Quiero ver en vosotros á toda mi Nación, ya

que estáis aquí reunidos los representantes de cada una de las clases que la componen. Mi deseo hubiera sido hablar ante ella entera, y así os pido que difundáis por todos sus ámbitos las palabras que salgan de mis labios. Creí que era un buen Rey, Imaginé que para serlo excelentísimo me bastaba cumplir puntual y fielmente lo que está escrito en las Constituciones que juré observar, cuando heredé esta Corona de mi augusto padre. Nunca adopté iniciativas que ellas me prohibieran; nunca me inmiscuí en las atribuciones de los Gobiernos que han tenido mi apoyo y protección; puedo gloriarme de haber sido un espejo de reyes constitucionales. Pero las quejas que han llegado hasta mí, motivadas por el malestar que nos oprime, me han convencido de que he sido un mal Rey y quiero confesarlo á la faz de la Nación toda. No me basta cumplir por mí lo que las Constituciones y las leyes imponen, es necesario obligar á todos y cada uno á que las observen y acaten. Acabo de recorrer la Nación de extremo á extremo; he pasado entre vosotros sin que mi presencia fuese notada de nadie; me he convencido de que vuestras lamentaciones son fundadas, justísimas, y de que sus causas no están en la pobreza de nuestro suelo, ni en lo crecido de los tributos que pesan sobre vosotros, ni en la imprevisión de las leyes que nos rigen. El suelo es rico si se le cultiva bien; nuestras leyes están calcadas en las de otros pueblos que viven felices con ellas; los tributos no serían excesivos si los pagasen todos los que los deben pagar. Y como está visto y probado que la masa popular, las clases no directoras, son sufridas, obedientes, sumisas, ya que no se han levantado contra mis Gobiernos, y aun contra mí, y nos han dado nuestro merecido, juzgo que la culpa de cuanto acontece la tienen los que hasta aquí han venido mandando y obteniendo de mí una confianza que no merecían, por lo que he decidido—y esto es también lo que os quería comunicar—que mis Embajadores cerca de las Potencias extranjeras contraten, por el precio que pidan, á los más eximios estadistas que haya por esas tierras, tanto en lo financiero como en lo administrativo, en lo jurídico como en lo militar y en lo didáctico, para que vengan aquí á regirnos y gobernarnos, ya que está demostrado que en nuestra Patria, bella cual ninguna, disfrutamos de un sol hermoso, de un cielo espléndido, de un clima primaveral; que en ella se dan mujeres hermosas, frutos tempranos y sazonados, cuanto se puede desear y apetecer..., excepto hombres de gobierno. Y ahora, disolveos y marchad á vuestros hogares, y que la paz, el trabajo honrado y el bienestar, que es su recompensa, sean con vosotros como yo os lo deseo. He dicho.

E. GUTIÉRREZ GAMERO.



SENTIDOS CORPORALES

El oído, por Narciso Méndez Bringa.

NOCHE MIL Y DOS

—Hermana mía—dijo Dinarzada,—si no duermes, te ruego que, mientras viene el alba, me cuentes alguna de tus maravillosas narraciones.

—Yo bien lo haré—contestó Cheherazada,—si para ello me concede permiso el Sultán, á quien debo protección y gracia.

Otorgado por Chahriar el permiso, Cheherazada comenzó así:

—Sabed, Caudillo de los Creyentes, que hubo un tiempo en Basora dos mercaderes tan semejantes en infortunios cuanto diferentes en virtud y carácter. Resignado con su malaventura el más joven, llamado Ben Hasán, procuraba compensar con su actividad y su ingenio los golpes adversos de la suerte. Impaciente y colérico Yussuf, entregábase cada vez que el destino dejaba de mostrársele próspero á las más violentas crisis de desesperación. Un día en que Yussuf permanecía á la puerta de su tienda, cual de costumbre, inactivo y ocioso, vió acercarse á su amigo Hasán, el cual hubo de preguntarle por el estado de sus negocios.

«¡Malaventurado yo—contestó el iracundo—que habiendo anunciado ya hace tiempo su oración el Muezin, no he podido acercarme á mi boca ni un grano de simiente!»

«¡No hay más que un solo Dios!—contestóle Hasán.—Y así, en lugar de abandonarte á tales extremos de abatimiento, vende lo único que te resta de mercancía; carga el camello con tu ajuar; yo haré lo propio con mi asno y salgamos, camino de Bagdad, á buscar trabajo y á impetrar el auxilio del Caudillo de los Creyentes; tal vez encontremos en tierras ajenas lo que, inhospitalarias y crueles, parecen obstinarse en negarnos las propias.»

Plugo á Yussuf esta proposición. Convinieron ambos amigos en vender sus monturas, llegados que fuesen á la Corte de los Califas, para atender con su importe á su subsistencia en los primeros días, y, apenas comenzado el siguiente, emprendieron juntos la caminata. Ella duró el tiempo suficiente para que los amigos sintieran hambre y sed, que no pudieron apagar sino con los frutos silvestres y con el agua de los manantiales.

Ya á la vista de las murallas de Bagdad, sentáronse á la sombra de una palmera para discutir reposadamente los medios que habrían de emplear para procurarse sustento, cuando en la mitad del coloquio, les sorprendió la presencia de una anciana que, apoyada en su báculo, parecía desfallecer de cansancio y congoja. Interrogada por Hasán:

«Sabed—les dijo—que el gran visir Jiafar ha apresado á mi primogénito, acusándole de haber co-

metido un delito horrendo, y amenazado con ahorcarlo de aquí á mañana, si es que no prueba su inocencia. Para procurarme las pruebas, necesito estar hoy mismo en Hilleh; pero mis años y mis achaques me hacen temer que la fatiga me aniquile, sin conseguir salvar al fruto de mis entrañas de la deshonra y de la muerte. Así, os pido, por lo que más améis, que me prestéis uno de los animales que conducís, á fin de poder cumplir con mayor rapidez mi propósito.»

«¡Desastrada!—le increpó Yussuf.—¿Qué tengo yo que ver con tu hijo ni con sus villanías? Sigue tu camino si no quieres que termine á palos tu vida de hechicera.»

Pero, compadecido Hasán,

«Buena madre—le contestó,—ahí tienes mi asno humilde: tuyo es. ¡Quiera Alá que puedas regresar á tiempo de justificar á tu hijo ante Jiafar!»

Y, esto dicho, se apresuró él mismo á desatar la montura del tronco de una palmera y ayudó á la mendiga á cabalgar sobre sus lomos.

«¡Dios sólo es poderoso—exclamó la vieja con los ojos arrasados en lágrimas y Él premiará tu munificencia! Toma esta joya en recuerdo mío.»

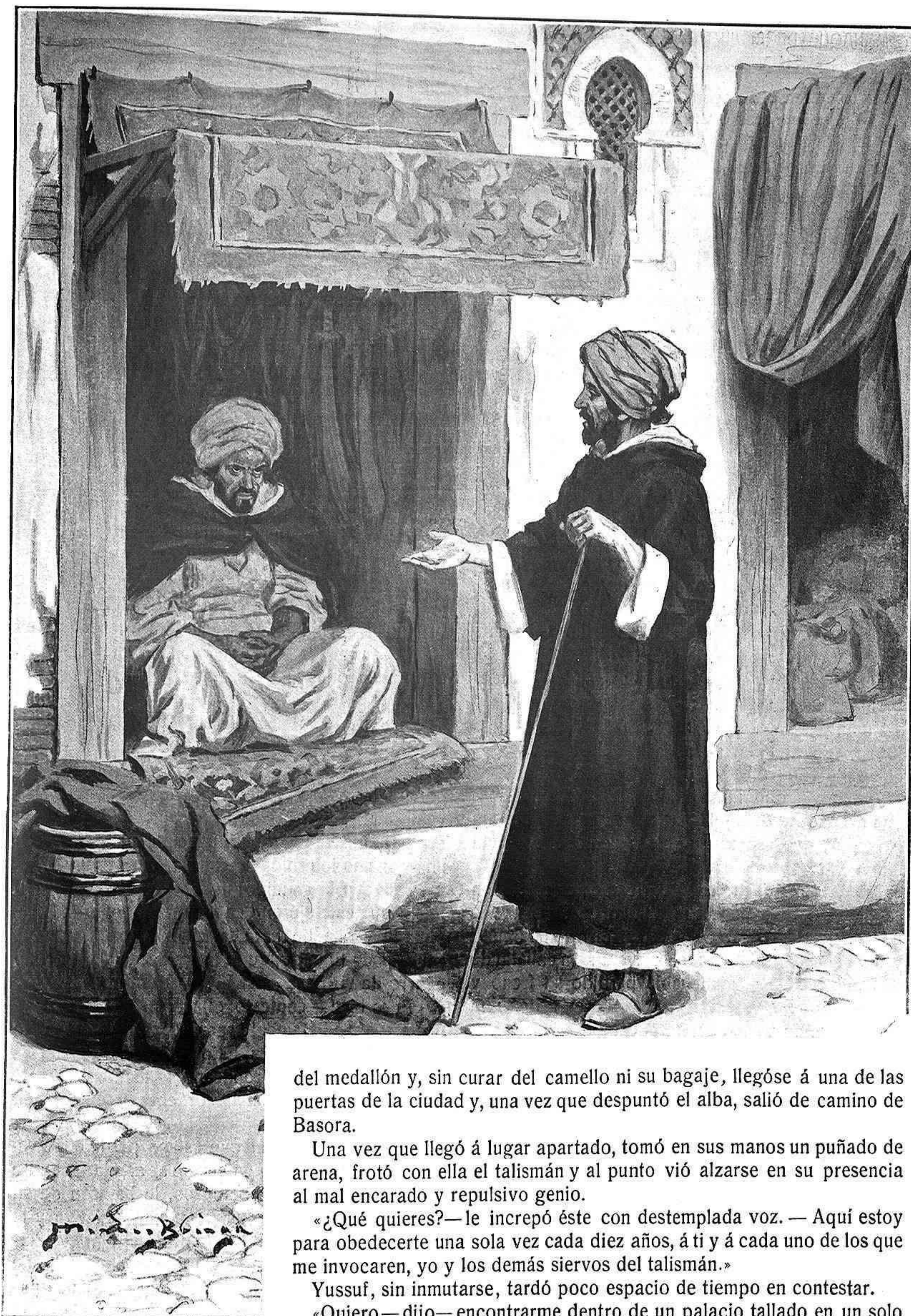
Y sacando del seno un denegrido medallón de cobre púsolo en las manos vigorosas de Hasán.

Una vez que hubo pronunciado estas frases la anciana, acució al asno con sus tacones y partió camino adelante. Yussuf examinó la joya y vió que no valdría medio zequí.

Continuaron los mercaderes su camino, y aquella noche misma llegaron á Bagdad, en donde un viejo compañero de tráfico hubo de procurarles alojamiento. Comenzaba Yussuf á conciliar el sueño, cuando oyó un ruido semejante al tableteo de un trueno, y, por la juntura de unas tablas que separaban su habitación de la de Hasán, vió que en ésta había claridad muy viva. Miró por el pequeño resquicio y ¿cuál no sería su sorpresa al ver ante Hasán á un genio horrible, de extraordinaria corpulencia, el cual pronunciaba algunas palabras que el curioso no pudo oír? Contestóle Hasán con igual mesura y parsimonia; desapareció el genio y extinguióse la luz.

Atónito en un principio Yussuf, no tardó en imaginar que tan inaudito prodigio fuera producido por el medallón regalado por la mendiga, á cuya joya diputó desde luego por digna compañera de la lámpara de Aladino. Y así, determinó usar de un expediente, el cual no fué otro que esperar á que durmiese Hasán, para entrar cautelosamente en su habitación, robarle el talismán, y huir camino de Basora, llegado que fuera el amanecer.

Todo ello hubo de realizarse á la medida de sus criminales propósitos. Durmióse Hasán, entró en la habitación quedamente el amigo traidor, apoderóse



del medallón y, sin curar del camello ni su bagaje, llegóse á una de las puertas de la ciudad y, una vez que despuntó el alba, salió de camino de Basora.

Una vez que llegó á lugar apartado, tomó en sus manos un puñado de arena, frotó con ella el talismán y al punto vió alzarse en su presencia al mal encarado y repulsivo genio.

«¿Qué quieres?—le increpó éste con destemplada voz. — Aquí estoy para obedecerte una sola vez cada diez años, á ti y á cada uno de los que me invocaren, yo y los demás siervos del talismán.»

Yussuf, sin inmutarse, tardó poco espacio de tiempo en contestar.

«Quiero — dijo — encontrarme dentro de un palacio tallado en un solo diamante.»

Al punto, se sintió Yussuf sumergido en tinieblas. Á los pocos momentos, alzó los párpados y hubo de bajarlos inmediatamente, deslumbrado por el más maravilloso espectáculo que humanamente imaginó jamás.

Estaba en el centro de un salón magnífico, todo él rodeado de columnas estriadas, sustentadoras de arcos gallardos, ornados con versículos del Korán; sobre su cabeza alzabase á los cielos una gigantesca y airosa cúpula. Las más sorprendentes maravillas aparecían junto á los muros en forma de tapices, armas, muebles, estatuas y ánforas, formando un deslumbrador y espléndido conjunto. Pero lo estupendo era que todo se le mostraba transparente y que la luz, quebrada en bien tallados prismas, se descomponía en cien mil irisados cambiantes, tales como no pudo imaginar la policromía de la más inspirada paleta. Repuesto Yussuf de su sorpresa, recorrió más de doscientas habitaciones á cuál más sorprendente y lujosa: pero, por más que lo intentó, no pudo acertar con la salida del Alcázar. Al cabo de innumerables tentativas, se le erizaron los cabellos de espanto. Comprendió que, según su deseo, estaba encerrado dentro de un gigantesco diamante y apresuróse á demandar al genio que le sacase de su prisión; frotó el talismán, pero fué inútil. El genio no compareció y, seguro Yussuf de tener que esperar diez años, cayó de rodillas, mesóse el cabello y colocó la frente junto al suelo, presa de la desesperación más terrible.

Diez años permaneció en el maravilloso y cristalino alcázar, sin ver en su recinto á ser viviente y sin que, por fortuna, y sin duda por virtud del ensalmo, experimentase hambre ni sed. Por fin un día, cumplido que fué el plazo, compareció el genio.

«Quiero — dijo inmediatamente el mercader — que me saques de aquí y me hagas esposo de una Princesa, que sea tan hermosa como el sol y la luna.»

Apenas lo dijo, encontróse, ricamente vestido, en las calles de una populosa ciudad de Persia. Vió que las gentes se arremolinaban en gran tumulto y vió venir en desenfadada carrera á un caballo de hirsutas crines, el cual había perdido su freno y sobre cuyos lomos daba desgarradores gritos una mujer. Acudió Yusuf, sujetó al caballo de la rienda y rodó con él largo trecho. Alzóse y encontró frente á sí á una beldad que le dejó maravillado y suspenso. Poco después llegó el Soberano é hizo publicar en alta voz que daba su hija en matrimonio al extranjero valeroso que, con su desnudo, la había salvado de la muerte.

Diez días después celebráronse con gran pompa las bodas de la Princesa con el comerciante Yusuf. Iban los novios montados en sendas hacaneas y precedidos de cien esclavos que arrojaban á la muchedumbre monedas de plata. Les seguían otros con ricos presentes, danzarines y músicos. Llegados al palacio preparado para su estancia, hubo fiestas durante tres días, y Yusuf llegó á considerarse el más afortunado de los hombres.

Pronto pudo desengañarse de su error. Cuando quedó solo con su compañera, ésta prorrumpió en gritos salvajes y corrió á encerrarse en su camarín. Al cabo de tres días supo Yusuf que era sorda, muda é imbecil, y que no habría medio de reducirla á una convivencia opuesta á sus instintos de rebeldía. Yusuf suplicó, lloró; pero todo fué estéril. Resplandor del Alba acabó por despertar en términos tales su iracundia, que, una noche, enfurecido y loco, sepultó un puñal en su seno y huyó luego despavorido, tanto por el horror de su crimen como por pavor al castigo del Soberano, quien seguramente no dejaría impune el afrentoso asesinato de su primogénita.

Diez años erró Yusuf, mendigando unas veces y dedicándose otras á menesteres bajos ó humildes. Durante este tiempo sus cabellos encanecieron. Por fin un día compareció el genio de alas poderosas y colmillos deformes.

«Quiero — dijo Yusuf — que me pongas al frente de un ejército tan fuerte y poderoso que sea capaz de conquistar las más inexpugnables ciudades é incapaz de sufrir la más pequeña humillación.»

No bien lo hubo dicho, cuando se encontró en pleno campo, caballero en un corcel indómito y piafante y rodeado de un ejército de más de diez mil lanzas.

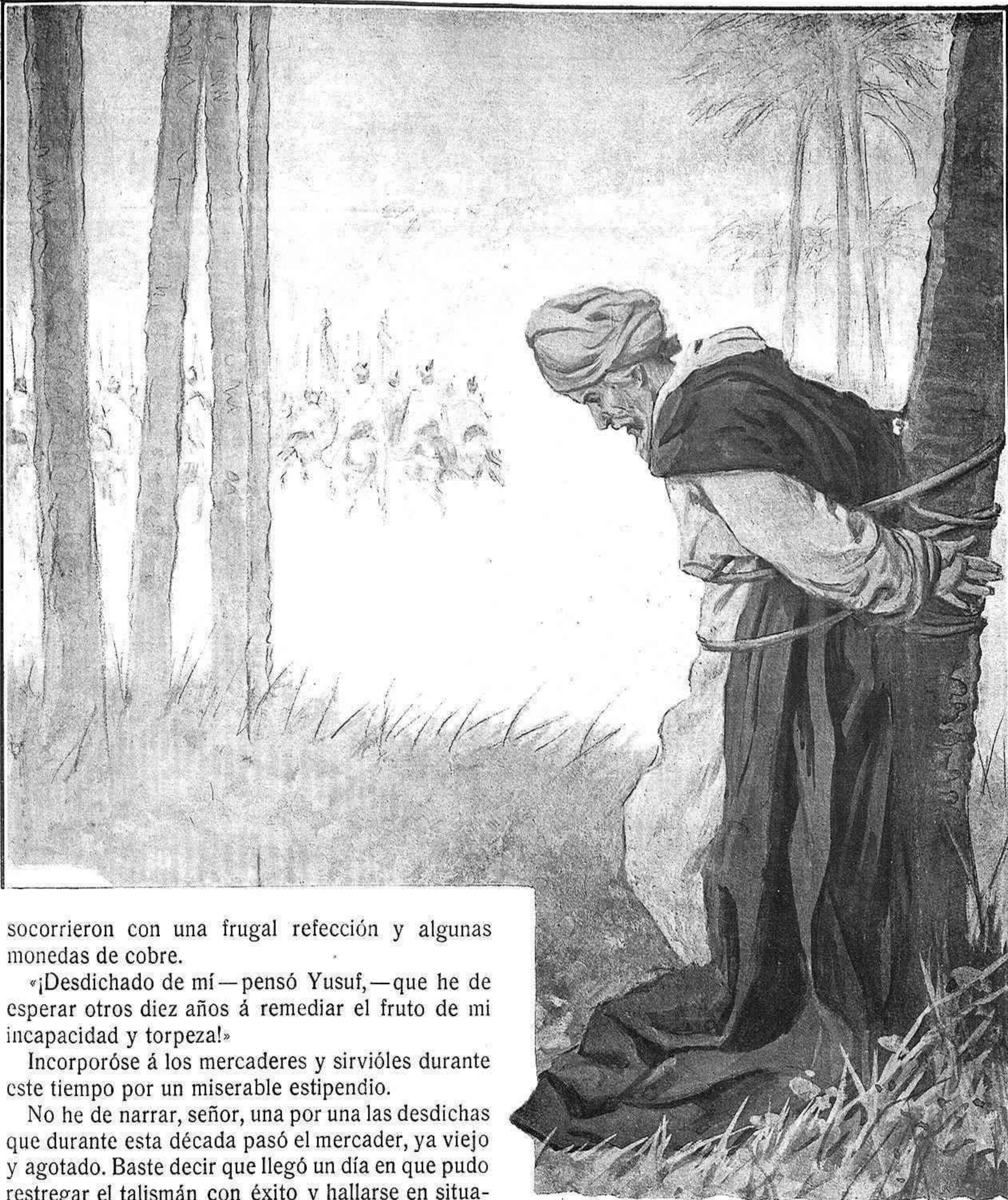
Fulgían las armaduras á los rayos del sol; surgían por doquiera ecos de atabales y de clarines belicosos, y sobre las legiones innúmeras cerníase densa polvareda. Alzóse Yusuf sobre los estribos é hizo venir á su presencia al primer capitán de las huestes para ordenarle que inmediatamente viniesen uno por uno los soldados á besar sus sandalias.

«Sabe, ¡oh caudillo! — contestóle el gallardo jefe, — que este ejército es tan fuerte como indisciplinado y que no hará tal sino después que des pruebas de tu valor, de tu magnificencia y de todo género de virtudes.»

«Pues bien — contestó el mercader colérico: — haz que inmediatamente sean decapitados noventa jefes de los principales. Esto enseñará á tener disciplina y á acatar sin replicar mis mandatos.»

Comunicó el capitán las órdenes, y, en seguida se alzó en el ejército un violento clamor de amenaza. Comprendió Yusuf que estaba perdido y desnudó su alfanje; pero en el acto se arrojaron sobre él cuatro guerreros impetuosos, le bajaron de su corcel, le ataron al tronco de una palmera y le azotaron sin piedad. Seguidamente el ejército emprendió la marcha, y, á las dos horas, el caudillo de unos instantes no vió de sus legiones sino una pequeñísima nube de polvo que se desvanecía en el horizonte.

Dos días permaneció en situación tan vil y misérrima, hasta que unos mercaderes le desataron y



socorrieron con una frugal refección y algunas monedas de cobre.

«¡Desdichado de mí — pensó Yusuf, — que he de esperar otros diez años á remediar el fruto de mi incapacidad y torpeza!»

Incorporóse á los mercaderes y sirvióles durante este tiempo por un miserable estipendio.

No he de narrar, señor, una por una las desdichas que durante esta década pasó el mercader, ya viejo y agotado. Baste decir que llegó un día en que pudo restregar el talismán con éxito y hallarse en situación de poder formular una petición nueva.

«¿Qué quieres? — pronunció el genio con voz horrisona. — Aquí estoy para obedecerte, una sola vez cada diez años, á ti y á cada uno de los que me invocaren, yo y los demás siervos del talismán.»

«Genio aborrecible — le contestó Yusuf. — Ninguno de tus dones me ha acarreado sino desdichas. ¿Qué ha sido de Hasán?»

«Hasán — contestó el genio — vive en Bagdad, rico y respetado, merced á su trabajo, sus virtudes y el dón que me pidió la primera noche.»

«¿Qué te pidió?» — interrumpió con ansia el mercader.

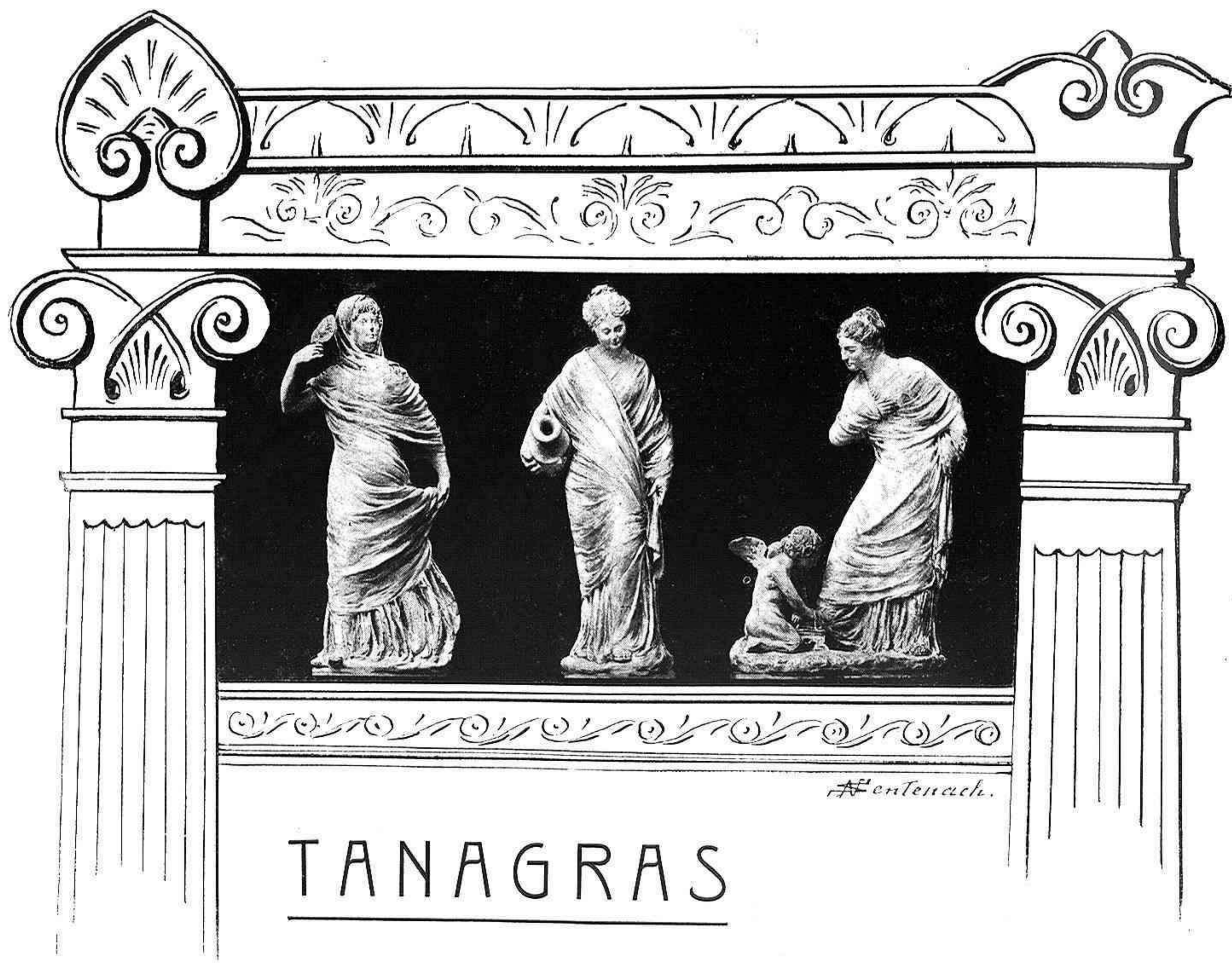
«Me pidió buen sentido y sano criterio, con el cual hubieras podido aprovechar las mercedes que hizo siempre estériles tu incapacidad.»

«Pues bien — clamó Yusuf: — siervo maldito, dame esta vez sano criterio.»

«Imposible — repuso el genio. — Eso no lo conceden los hados á los hombres sino una sola vez en cada cien años. Espera á que muera Hasán...»

Al llegar á este punto, Dinarzada...

ANTONIO ZOZAYA.



TANAGRAS

Vedlas ir á la fiesta de Atenea,
La virgen pura de marfílea frente,
Cuyo oráculo acata toda gente,
Pues, sabia, sólo para el bien lo emplea.

Á ella acuden con el alma henchida
De alegre juventud y dulce anhelo,
Que Eros les infundió, aunque consuelo
Pidan con que calmar traidora herida.

Son el ritmo y la prez de humana vida,
Cuyo garbo y soltura el alma llena
De todo amor con que la pena olvida.

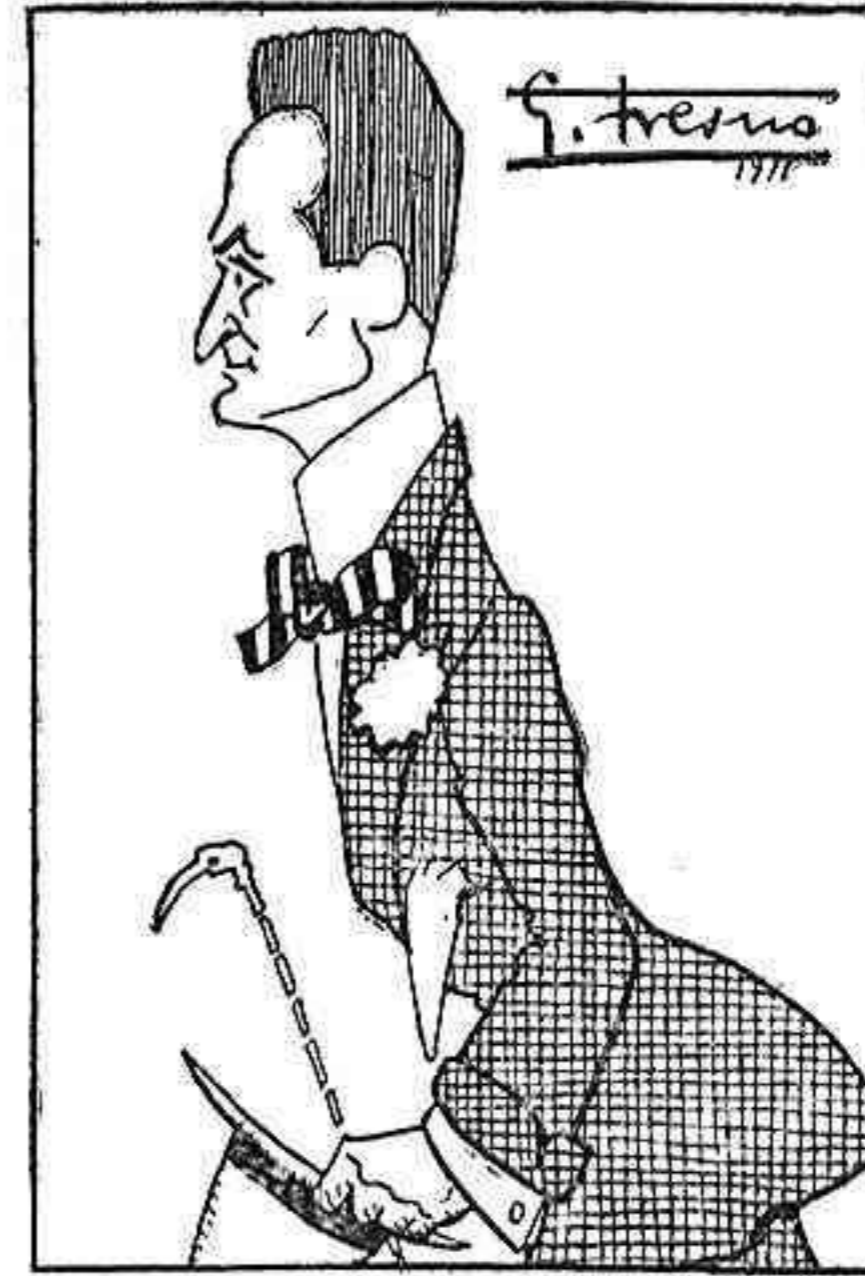
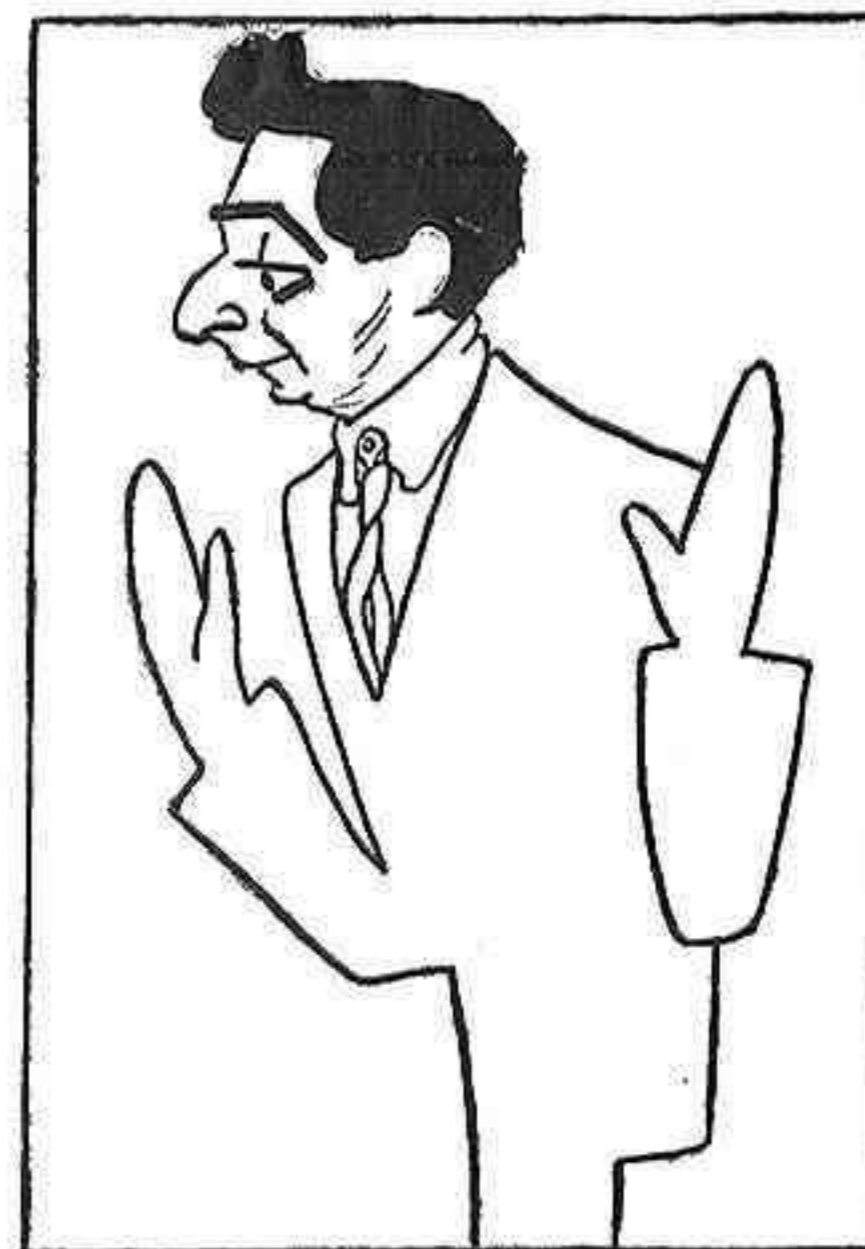
Ninfas que cruzan la terrestre escena;
Y en torno de la diosa bendecida
Son la cifra y la flor del alma helena.

N. SENTENACH

José Moncayo.

Pilar Vidal.

Salvador Videgain.



Pilar Pérez.
Carlos Rufart.

María Palou.
Vicente Carrión.

Dionisia Lahera.
Luis Manzano.

ACTRICES Y ACTORES

por Fresno.

VEGETANDO

ESTAMOS algunas veces tan poco afortunados al escoger los símiles para expresar nuestro pensamiento en sentido figurado, que es frecuente que aquel á quien preguntamos por la vida que lleva, nos conteste muy convencido: «¡Pche! *Vegetando*.»

Este gerundio quiere decir que el hombre vive sin satisfacciones ni contrariedades, atendiendo solamente á la conservación material de su persona. Pero eso que hace, ¿es vegetar? ¡Qué ha de serlo! El individuo que se concreta al mero sostenimiento de la vida animal, para ser exacto tendría que decir, no que vegeta, sino que *animalece* ó *animaliza*, si semejantes verbos existieran.

Quizá por esta falta de verbos de la escala zoológica, tenemos que recurrir al reino vegetal, como supletorio.

¡Vegetar el hombre! ¡Qué más quisiera!

Yo siento una gran envidia de los vegetales. Envidia buena, se entiende, porque no me entristece su bien, sino mi mal cuando con ellos me comparo, y siento el deseo de poseer las ventajas indudables de que ellos disfrutan.

Si á mí me hubieran dado á escoger entre ser animal racional ó vegetal racional, hubiera optado seguramente por lo segundo.

Para mí, lo de racional no me dora del todo la píldora, y me molesta bastante que la gente tenga derecho á decir de mí que soy un animal.

Un vegetal racional é inteligente, para darse cuenta exacta de las prerrogativas que disfruta, sería una gran cosa.

Un alto y oloroso cedro, pongo por árbol, ¡cuán tranquilo y satisfecho gozaría del propio bienestar, en medio del respeto y consideración de sus semejantes, ninguno de los cuales se mueve nunca de su sitio para ir á molestar al vecino!

¡Y qué idea tan triste formaría el cedro observador y reflexivo, de todos los seres del orden zoológico que viera en derredor!

¡Qué bonita y qué dichosa parece aquella mariposilla de pintadas alas que se columpia sobre una brizna de hierba! ¡Horror! ¡Ya se la ha merendado una lagartija! ¡Qué contenta corre la muy pícara! ¡Anda, salero, un pajarraco se ha comido la lagartija! ¡Digo! ¡Un ave de rapiña ha hecho trizas al pajarraco!

«Es triste cosa, se diría el cedro reflexionando; pero, después de todo, se comprende. Los animales tienen que vivir, y como no tienen la comodidad que yo disfruto, de nutrirme con oxígeno y ácido carbónico, ni engordan como yo con los jugos que

la tierra generosa me regala á mí por las raíces, se ven precisados á comerse los unos á los otros.»

Mas no tardaría en observar una encarnizada pelea entre dos lobos, no por la necesidad de comerse, sino por el placer de matarse; y como los lobos, vería luchar á las águilas y á las alimañas y hasta á las candidas palomas, por el grato motivo de que están enamorados y se han encontrado dos machos.

«¡Oh, qué bestias son los animales, diría el cedro escandalizado, y qué diferencia de sus amores á los nuestros!

»¿Quién vió nunca una trapatiesta entre vegetales enamorados?

»Casta y tranquilamente celebramos nuestras bodas sin meternos con nadie, y no por eso son menos felices y fecundos nuestros matrimonios.»

Pero ¿cuál no sería el asombro de nuestro respetable cedro al presenciar en la escala racional que dos hombres se baten á muerte por unas palabras, y otros se persiguen y se destrozan por unas pesetas? ¿Qué diría del que asesina á la mujer que se le antoja, porque no le corresponde? ¿Qué de los amantes que juntamente se suicidan..., porque se quieren mucho?

¡La verdad es que, racionales é irracionales, todos los animales *somos* terribles, y sigue molestándome tener que hablar en primera persona, porque es hablar en primer animal!

Pero aunque no descendiera á considerar estas continuas y enconadas luchas y terribles muertes de los animales, todavía habría de tenerse por muy dichoso el árbol al verse libre de ese ajeteo en que los animales pasan su existencia.

Que van á venir los fríos. ¡Bah! Á volar á climas más templados. Que van á venir los calores. ¡Alza! Á volar á parajes más frescos. Y así toda la vida. Siempre condenados á la emigración, desde las cigüeñas hasta los peces.

Creo yo de buena fe que los árboles mirarán con pena este trajín constante de mudar de domicilio, acostumbrados ellos á la reposada quietud de una existencia fija; pero no deja de asaltarme la sospecha de que puedan caer en la candidez de envidiar á esos seres la libertad de acercarse al sol que más calienta ó alejarse de él, según los casos. «¡Qué felicidad!, puede que exclamen con la candidez con que uno admira y desea aquello que no tiene. ¡Poder trasladarse al clima que á uno se le antoja! ¡Y qué talento para adivinar el momento preciso en que hay que salir *de naja!*»

Mas, si así fuera, yo le diría de todas veras:

«No admires tan pronto ni envidies tan de prisa, ¡oh, cedro cándido!, ese talento y esa libertad. Tú ignoras las peripecias y contratiempos de esos largos y penosos éxodos, y sobre ese talento de adi-

vinación de las temperaturas, habría mucho que hablar.»

Yo he visto que la prudentísima, cuanto picuda cigüeña, abandona nuestras tierras en el mes de Agosto, cuando todavía duran los calores una buena temporada, lo cual me lleva á pensar que teme de tal manera los rigores del frío, que prefiere anticiparse con mucho á su llegada. Pero he visto también que vienen á nuestros climas cuando la primavera se anuncia, pero no suele estrenarse todavía, sin duda por falta de ensayos. Yo las he visto con mis propios ojos instalarse en sus nidos en pueblos de la sierra, donde nieva todavía cuando ellas vienen, y me he dicho: «¿En qué quedamos? ¿Huís del frío, ó lo venís buscando?»

Para mí, la cigüeña sigue en sus emigraciones la secular rutina, ni más ni menos que las oficinas del Estado, donde tal día del mes se encienden los caloríferos, aunque se achicharren los pájaros, y tal día se suprimen, aun cuando se hielen las palabras.

Pero sea de ello lo que quiera, ese afán de emanciparse del curso natural de las estaciones para vivir en invierno cuando es verano, y viceversa; esa rebeldía contra el orden de la Naturaleza, la misma Naturaleza lo castiga.

¿Dónde va á compararse la solidez de vuestra salud, ¡oh árboles seculares!, con la efímera y encenque vida de los demás seres?

Y vuelvo á mi tema: ¡Qué más quisiera el hombre que poder vegetar como vosotros!

Á mí no hay quien me quite de la cabeza que vuestra completa sumisión á las leyes naturales, que los débiles humanos hemos dado en llamar las inclemencias del tiempo, os dan esa fortaleza y esa resistencia tan admirables.

Vemos un hombre del campo que muy ligero de ropa resiste la crudeza de una temperatura glacial, y cuando nos maravilla que lo soporte tan campante, nos contesta: «Estoy *acostumbrado*.»

Todos nosotros podemos también comprobar en nuestra persona la resistencia que engendra el hábito y la costumbre, cuando vemos cómo resiste el frío nuestra cara, que toda la vida llevamos al descubierto, y cómo le estremece ese mismo frío á cualquiera otra parte de nuestro cuerpo que siempre anduvo cubierta y entrapajada, y, sin embargo, todo el anhelo y el cuidado de los hombres está en desacostumbrarse todo lo posible á los rigores del tiempo, y así les va.

¡Oh árboles! Azotan los vendavales vuestros troncos y sacuden vuestro ramaje sin producir el más leve estornudo; os cubre la nieve y os envuelve la escarcha sin que vuestros órganos respiratorios se congestionen ni se inflamen; la lluvia os pone como una sopa sin causaros el más ligero reuma-

tismo, y el sol canicular os tuesta sin que el tabardillo más feroz os meta el diente.

¿Qué más? Viene el hombre con su afilada podadora y os amputa las ramas, y otras nuevas brotan con mayor vigor y lozanía.

Á nosotros, en cambio, si nos sacan una miserable muela, allí queda la mella para toda la vida, de no mediar los buenos oficios de la prótesis dentaria, rama importante de la Odontología, que se dedica á proveer de dientes de hipopótamo ó de porcelana á los que no los tienen.

¡Qué hermosura si en la peluquería pudiera la poda de un barbero inteligente lograr que retoñara lozana y frondosa nuestra perdida cabellera!

¡Quién pudiera vegetar real y positivamente!

Yo me resignaría de buen grado á perder todos los años en el otoño pelo, barbas, cejas y pestañas inclusive, y consentiría en pasar escuálido y seco todos los inviernos, con tal de recuperar en primavera con nueva lozanía lo perdido.

Yo firmaría ahora mismo la escritura en que me comprometiera á envejecer todos los inviernos, con tal de rejuvenecer todas las primaveras.

¡Digo! ¡Si á uno que tiene la experiencia de lo que es la vejez, le dieran todos los años una nueva juventud para desquitarse!

¡Así se ponen los vegetales de contentos cuando les llega la suya!

¡Qué riqueza de matices en las nuevas hojas! ¡Qué lujo de flores! ¡Qué alegría de aromas!

¡Ya lo creo! ¡Pues no serían matices y flores y aromas los que yo daría de bonísima gana á la juventud cuando me llegara la mía!

«... ¡Lástima grande

Que no sea verdad tanta belleza!»

Porque lo que hace el sér humano cuando dice y quizá cree que vegeta, no es sino declinar, decaer, envejecerse sin opción á rejuvenecimiento alguno.

¿Se siente usted viejo en Noviembre? ¡Pues ya sabe usted que en Marzo siguiente se sentirá más viejo todavía, y cuantas más primaveras vayan pasando, más y más viejo!

¡Qué bonito porvenir!

¡Ay, lector de mi alma, y qué bien se comprende la admiración deliberada ó instintiva que sentimos por los vegetales!

Lleno está nuestro lenguaje pintoresco de alusiones á sus propiedades y circunstancias.

Para afirmar enérgicamente la solidez de las virtudes ó la firmeza de las convicciones, decimos de ellas que son *arraigadas*.

Cuando acariciamos un proyecto y le consideramos en condiciones de viabilidad, aseguramos que lo tenemos *en planta*.



Cuando el esfuerzo se ve coronado por el éxito apetecido, lo expresamos diciendo que hemos trabajado *con fruto*.

Al estado próspero de alguna cosa le llamamos *florecente*.

Si examinamos prudentemente un plan ó deliberación, antes de llevarlo á la práctica, decimos que lo *maduramos*.

Aquello que por el estudio ó por la práctica consideramos perfectamente sabido, consideramos que lo tenemos *muy trillado*.

Para ponderar la confianza con que suscribimos una obligación, solemos decir que firmamos *como en un barbecho*.

Lo más señalado y notable de alguna colectividad, lo conceptuamos *lo más granado*.

Para afirmar que una idea es original de una persona, la llamamos *de su cosecha*.

Á las varias divisiones de la ciencia y aun á distintas profesiones de los hombres, las calificamos de *ramos*.

Al señalar los tiempos ó los lugares en que brillaron las personas insignes, decimos que en tal época ó en tal parte *florecieron*.

Á lo más escogido de algo lo llamamos *la flor*, y especialmente á lo mejor de nuestra existencia, *la flor de la vida*.

También á los elogios galantes que dirigimos á las damas, las llamamos *flores*.

Cuando recordamos los años felices de nuestra juventud, hablamos de nuestros *verdes años*.

La facilidad en lograr un propósito ó la perfección con que ha sido una obra llevada á feliz término, las expresamos diciendo que ha salido *como las propias rosas*.

Á lo pesado y aburrido lo llamamos *árido*.

Fértil, al ingenio fecundo.

Maduro, al hombre hecho y experimentado.

Verde, al viejo casquivano y andariego.

Á la joven bonita calificamos de *pimpollo*.

Á nuestros hijos tenemos por *vástagos*.

Del joven fuerte y esbelto decimos que es un mozo *como un pino*.

Demostramos la perfecta unión afirmando que estamos *como una piña*.

Y la intimidad de relaciones, diciendo que estamos *á partir un piñón*.

Mas no es sólo el pino nuestro árbol predilecto para las comparaciones, sino que generalizamos, y á las aptitudes especiales para alguna cosa las tenemos por *buena madera*, como á la fortuna favorable y al donoso gracejo, por *buena sombra*.

Finalmente, nuestra preferencia admirativa por los vegetales no se limita á las palabras, sino á las obras, y al escoger emblemas para premiar los méritos y virtudes insignes, hemos desdeñado el oro, los metales y las piedras preciosas que el reino mineral nos ofrecía, y buscado en los vegetales el más alto simbolismo.

Hemos puesto en las manos de la cándida pureza la blanca *azucena*.

Hemos ceñido la frente de los héroes con el verde *laurel*, y entregado al heroísmo de los mártires la esbelta *palma*.

Y hasta para negar lo que se nos exige sin ningún derecho, ó para resistirnos á creer lo que se nos dice sin fundamento, empleamos un eufemismo puramente vegetal cuando contestamos: «Sí, *¡naranjas de la China!*»

CARLOS LUIS DE CUENCA.

PARA LLENAR UN HUECO

Sí no le digo á Cuenca
Que se comprima,
Ni aun espacio me deja
Para mi firma.

Y como aun estrechándose el querido amigo Cuenca, apenas me deja, para mí solo, mayor espacio que el de un papel de fumar, me corto los vuelos y procedo á llenar este modesto hueco de la postrera página del ALMANAQUE, con el relato de un ingeniosísimo rasgo del inmortal autor de la ópera *Marina* y de tantas otras joyas musicales.

En la conmemoración del segundo Centenario de Calderón, el día de los solemnes y magníficos funerales, celebrados en la iglesia parroquial de San José, cuando la comitiva se puso en marcha para trasladarse desde aquel templo al de San Pedro de los Naturales, después de oír los severos cánticos de Thomas, del famoso Cristóbal Morales, Tapia y Eslava, se acercó uno de los asistentes al maestro Arrieta y le dijo, aludiendo al fuerte calor que sentía:

—Maestro, buen Sol vamos á tomar.

Y Arrieta se apresuró á contestarle:

—Lo peor es que va á ser un sol... sostenido.

Por la copia,

ANTONIO GARRIDO.

Articulos para regalos de Navidad



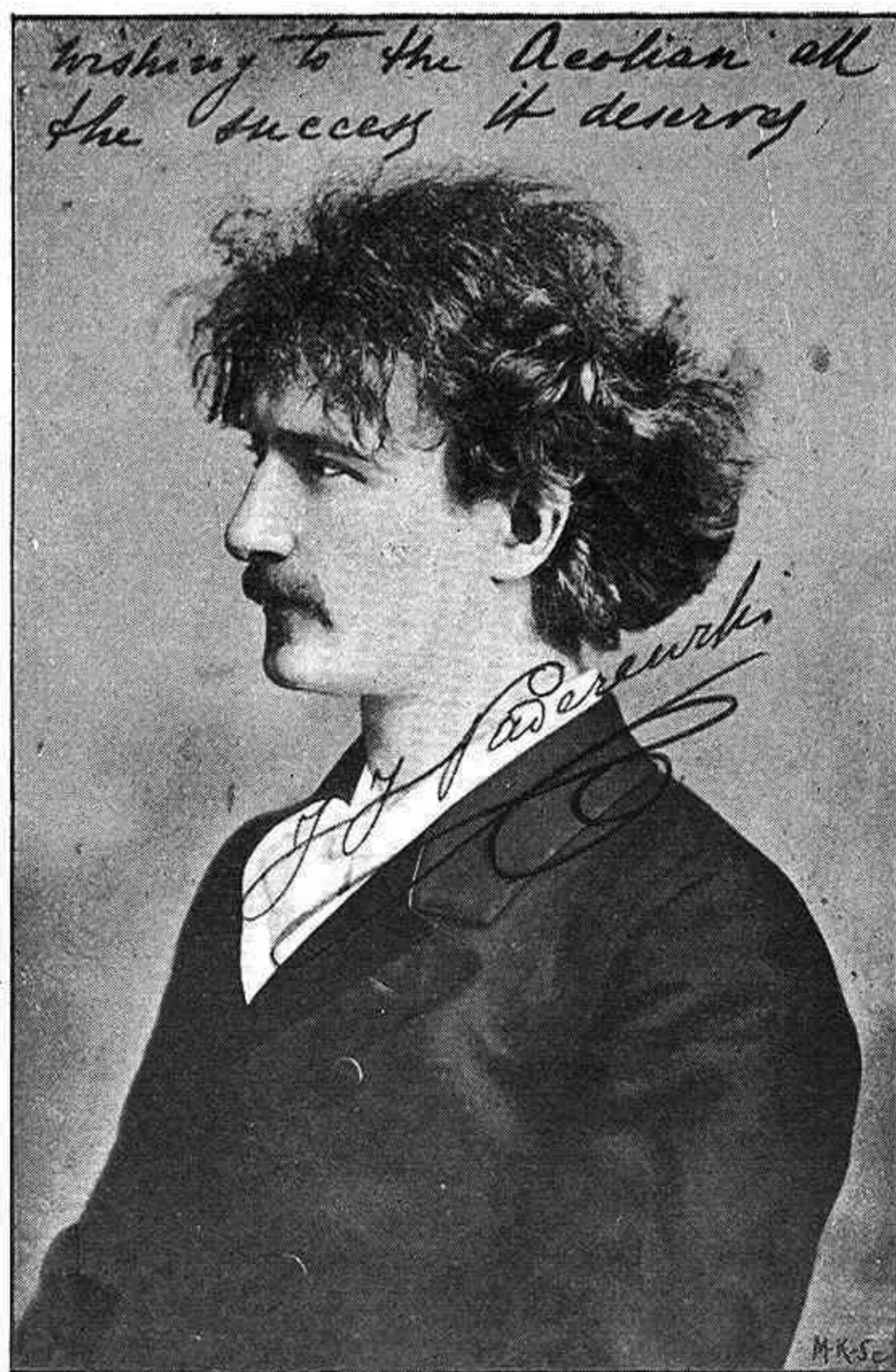
Arenal, 8 Ultramarinos. Confiteria. Madrid

UN REGALO IDEAL

PARA NAVIDAD Y AÑO NUEVO

Pianos
STEINWAY
STECK
RAYNAUD

á
 precios populares,
 sin competencia
 en
 calidad y precios.



Todo el que desee oír tocar el piano de una manera impecable, debe comprar una **PIANOLA**.

J. J. Paderewski.

Órganos
ESTEY
 sin competencia
 en precios, calidad
 y sonoridad.
 —
 Más de
380.000
 órganos **ESTEY**
 vendidos
 en el mundo.

La **PIANOLA** es un regalo muy indicado para las fiestas de Navidad y Año Nuevo, porque trae para mucho tiempo el placer y la alegría, y toda la familia se divierte é instruye, y no solamente al que se sirve de ella, sino los que la oyen. La **PIANOLA** permite á cualquiera que solamente sea devoto al gusto musical, de ejecutar de una manera artistica las composiciones más difíciles y las más variadas, desde las «Fugas de Bach» hasta

los Aires de Baile más en boga. Se adapta á todos los pianos y su repertorio es ilimitado.

Los perfeccionamientos del **METROESTILO** y **TEMODISTA**, cuya importancia ha sido reconocida por todas las celebridades musicales, no existen más que en la **PIANOLA**, y son de la propiedad exclusiva de la **COMPANIA AEOLIAN**.

Steinway -- Pianola -- Piano.



«No se puede dejar de admirar, escuchando las ejecuciones admirables de la **Pianola-Metroestilo**, su precisión y su sumisión absoluta á la persona que de ella se sirve.

«Es incontestablemente lo mejor que se ha hecho y se hará, pues el **Metroestilo**, que permite la reproducción de las interpretaciones de los virtuosos contemporáneos, lo completa definitivamente y hace de ella un factor real del Arte. - **JOAQUIN MALATS**.» Eminent pianista, profesor del Conservatorio de Madrid.

Desde hace tres generaciones, la Casa **Steinway** ha sabido mantener un prestigio y una reputación de superioridad en la fabricación de pianos, que le aseguran un sitio único en el ramo de fabricación de los pianos de lujo. La marca **Steinway** sobre un piano, ha sido siempre sinónimo de la más alta perfección en la factura de instrumentos.

Lo mismo que la **Pianola** ha sido siempre reconocida como superior á todos los aparatos automáticos, la palabra **Pianola** no es un término aplicable á todos los instrumentos tocadores de piano, sino que representa nuestra marca de fábrica, patentizada en todo el mundo. Y ¿quién no conoce ya lo que es la **Pianola**?

Obrando de común acuerdo la Casa **Steinway** y la **Compañía Aeolian**, han emprendido la fabricación del **Steinway-Pianola-Piano** con el ingenioso mecanismo de la **Pianola**, adaptando al piano **Steinway** todos los perfeccionamientos llevados á la misma.

Esta es la combinación en un solo instrumento, del piano **Steinway** con la **Pianola-Metroestilo-Temodista** á 88 notas.

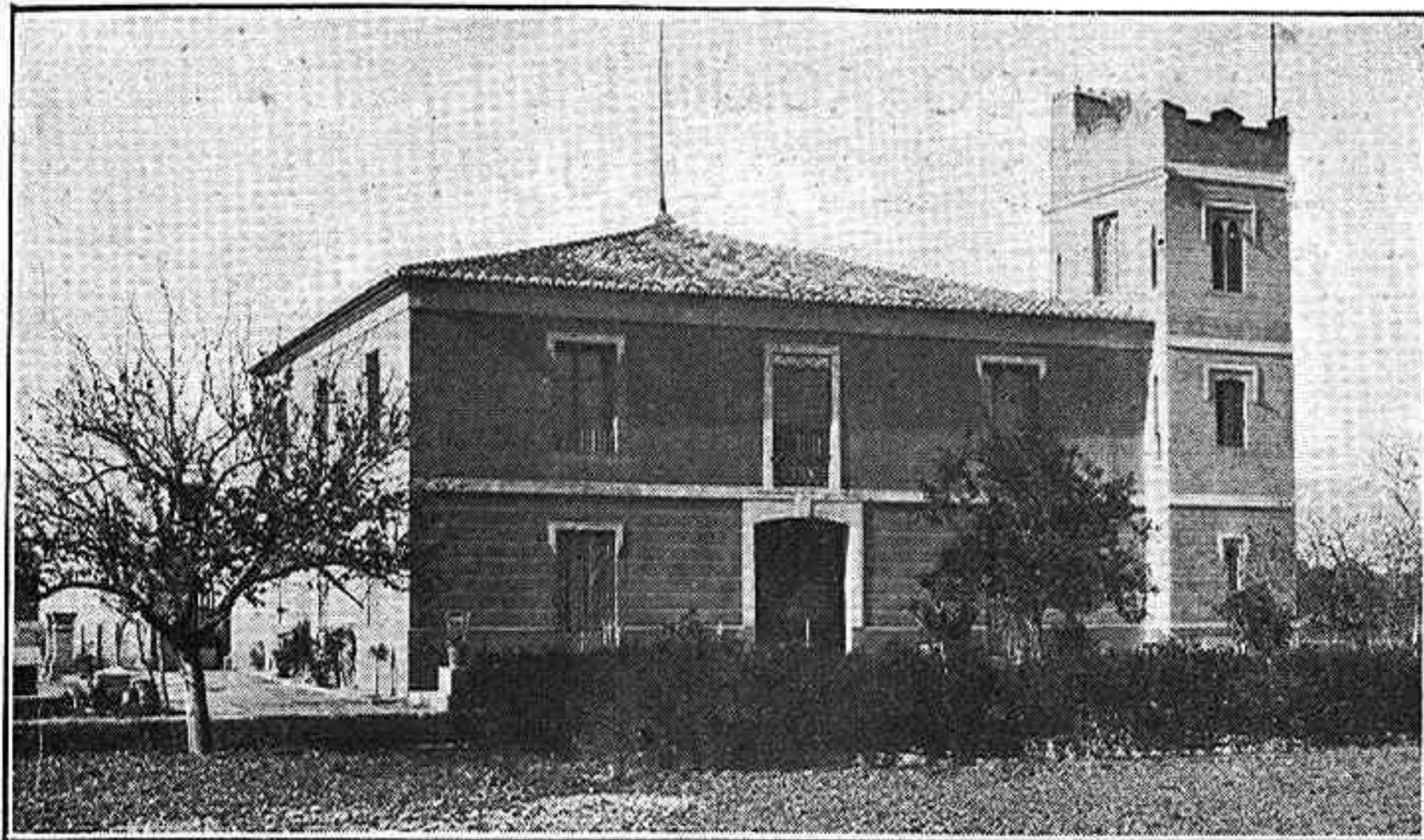
El mejor de todos los pianos no puede asociarse más que con el mejor aparato tocador. El piano **Steinway** puede ser utilizado como piano corriente y con la ayuda de la **Pianola**, sin que ningún signo exterior revele su presencia. El **Steinway-Pianola-Piano** será vendido únicamente por **The Aeolian C.º** y por sus agentes autorizados. Su precio es de 6.100 pesetas en España.

SALÓN AEOLIAN *R.* **R. CAMPOS**

Calle de Nicolás María Rivero,
 número 11. - MADRID

ESCUELAS INTERNACIONALES POR CORRESPONDENCIA

VALENCIA —
— ESPAÑA



Edificio propiedad de la Institución.

EN ESTAS ESCUELAS PUEDEN
SEGUIRSE POR **CORRESPON-**
DENCIA, MUY ECONÓMICA-
MENTE, SIN ABANDONAR EL
ALUMNO SU RESIDENCIA, SIN
SALIR DEL LADO DE LA FA-
MILIA, LOS ESTUDIOS DE

:: LABORATORIOS ::
:::: ANÁLISIS ::::
CAMPO DE PRÁCTICAS
GRANJA DE CULTIVOS

Ingeniero electricista. ∞ Ingeniero mecánico.
Ingeniero mecánico-electricista. ∞ Ingeniero
agrícola. ∞ Profesor electroterapéutico.

IDIOMAS

(CON PATENTE DE INVENCION NÚM. 48.482).



Edificio
donde están instaladas
las Oficinas Centrales
en VALENCIA

INGENIERO DIRECTOR DE LAS ESCUELAS

D. Julio Cervera Baviera.

Ex Comisario Regio Director de la Escuela Superior de Artes é Industrias de Madrid.

Ex Diputado á Cortes por Valencia.—Condecorado por el Estado.

Diploma de Honor en la "Exposición de Valencia".

NUMEROSOS ALUMNOS EN ESPAÑA Y EN AMÉRICA

Se remite **GRATIS, FRANCO POR CORREO,**
Reglamento é información completa á quien lo pida.

Para más detalles, informes, consultas y matrícula,

dirijase siempre toda la correspondencia

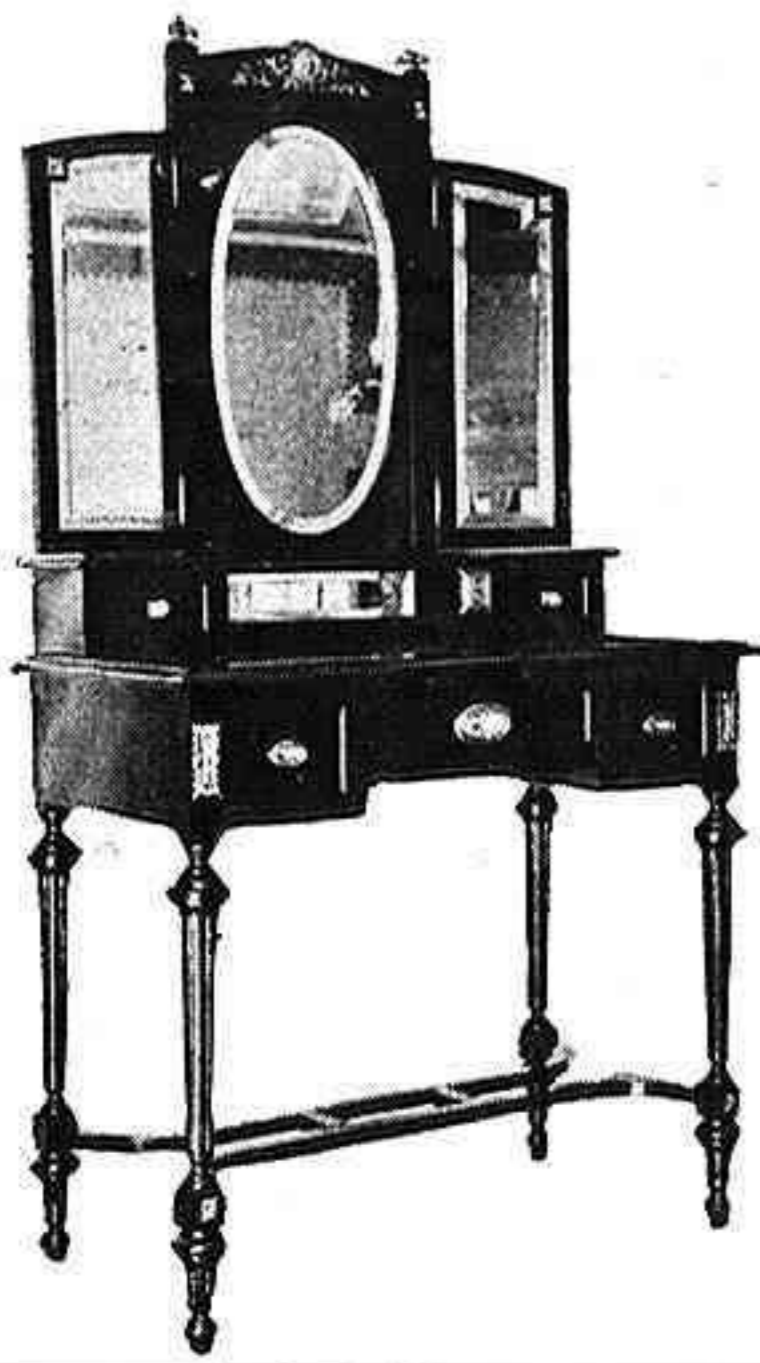
de la siguiente manera:

(ESPAÑA)

Sr. D. Julio Cervera Baviera.

Apartado 66

VALENCIA



A. Vallejo, fabricante de muebles.

ESPECIALIDAD EN LA DECORACIÓN DE HABITACIONES

: : : : : ÚLTIMOS MODELOS : : : : :

: : : PÍDANSE PROYECTOS Y PRESUPUESTOS : : :

EXPORTACIÓN Á PROVINCIAS

EXPOSICIÓN: Plaza de Celenque, 1.- (Esquina á Arenal).



Dedicada exclusivamente á la preparación para el ingreso en la Escuela especial de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. : : :

Director: **FÉLIX ALONSO-MISOL**, Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos.



En esta Academia se da la enseñanza *completa* de la preparación de la carrera, así como la del Curso preparatorio de la Escuela, que comprende: Cálculo infinitesimal, Geometría descriptiva y Física. La carrera puede ser estudiada como alumnos internos ó externos.

Para más detalles, solicitarlos del Director, quien remite gratis folleto con amplios detalles de la carrera; el Reglamento de la Academia y los Programas de ingreso.

Magdalena, 2, 2.º-MADRID

Academia MISOL

METALÚRGICA MADRILEÑA

Objetos para el culto divino, en bronce y metal blanco plateado.— Precios de fábrica.— Imágenes.— Crucifijos.—Servicio de mesa, "Plata Madrid".— Aparatos de luz eléctrica.— Lámparas "Tántalo". : : :

AMORES Y GUINEA

Barquillo, 28.-MADRID
Teléfono 3.498.



LA MODA ELEGANTE



(Modelo Drecoll.)

(Modelos Linker.)

Últimas novedades de París.

Fotografía de Félix. — París

AÑO LXXI

La Moda Elegante Ilustrada

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN MADRID

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 36 pesetas;
Seis meses, 18; Tres meses, 9;
Un mes, 3.

EDICIONES ECONÓMICAS

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 6;
Un mes, 2.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 4,50;
Un mes, 1,50.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 12 pesetas;
Seis meses, 6; Tres meses, 3;
Un mes, 1.

EN PROVINCIAS

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 40 pesetas;
Seis meses, 21; Tres meses, 11.

EDICIONES ECONÓMICAS

(Sólo para España y Portugal.)

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 8.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 5.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 14 pesetas;
Seis meses, 7; Tres meses, 4.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, 50 francos. — Seis meses, 26. — Tres meses, 14.

En PORTUGAL rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

Las suscripciones deberán empezar precisamente desde 1.º de cualquier mes.
Tanto de *La Moda Elegante Ilustrada* como de *La Ilustración Española y Americana*, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración: Preciados, 46, Madrid.

